

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Robyn Joan, que hizo todo lo posible para interferir.

Introducción

Este libro fue publicado en 1956, y la descripción de la superficie de Mercurio se hizo de acuerdo con las creencias astronómicas de la época.

Sin embargo, desde 1956 los conocimientos astronómicos del sistema solar han experimentado un considerable avance gracias al empleo del radar y de los cohetes.

En 1956, se creía que una de las caras de Mercurio estaba siempre expuesta al Sol, de modo que había una parte permanentemente iluminada y una parte permanentemente a oscuras, con algunas regiones limítrofes que a veces tenían Sol y a veces no.

Sin embargo, en 1965 los astrónomos estudiaron la reflexión de las ondas ultra-magnéticas del radar sobre la superficie de Mercurio y, con gran sorpresa, descubrieron que no era así. Mientras que Mercurio giraba en torno al Sol en 88 días, el movimiento de rotación lo hacia en 59 días. Eso significaba que todas las partes de Mercurio estaban expuestas al Sol en una u otra época y que, después de todo, no había «parte oscura»

Confío en que, de todos modos, este relato sea del agrado de los lectores, pero no querría que aceptaran como verdaderas algunas de las afirmaciones que en 1956 eran «exactas», pero que ahora resultan anticuadas.

Isaac Asimov

Noviembre de 1970

1. LOS FANTASMAS DEL SOL

Lucky Starr y su pequeño amigo, John Bigman Jones, siguieron al joven ingeniero hacia la antecámara de compresión que conducía a la superficie del planeta Mercurio.

Lucky pensó: «Por lo menos, las cosas van deprisa»

Sólo hacía una hora que estaba en Mercurio. Apenas había tenido tiempo de hacer otra cosa que ver su nave, el Shooting Starr, cuidadosamente guardada en el hangar subterráneo. Sólo había visto a los técnicos que se habían ocupado de los trámites de desembarco y del acomodo de su nave.

Es decir, a los técnicos y a Scott Mindes, el ingeniero encargado del Proyecto Luz. Fue como si el joven hubiera estado al acecho. Casi inmediatamente sugirió un viaje a la superficie.

-Para ver el panorama -explicó. Naturalmente, Lucky no le creyó. El rostro de barbilla huidiza del ingeniero expresaba cierta confusión, y su boca se fruncía al hablar. Sus ojos evitaban la serena y recta mirada de Lucky.

Sin embargo, Lucky accedió a visitar la superficie. Hasta el momento, lo único que sabía acerca de los problemas de Mercurio era que planteaban un espinoso asunto al Consejo de la Ciencia. Estaba dispuesto a dejarse llevar por Mindes y ver adónde le conducía.

En cuanto a Bigman Jones, siempre estaba dispuesto a seguir a Lucky a cualquier parte y en cualquier momento, con razón o sin ella.

Pero fue Bigman el que frunció las cejas cuando los tres se estaban poniendo los trajes, e hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible hacia la pistolera del traje de Mindes.

Por toda respuesta, Lucky movió tranquilamente la cabeza. El también se había fijado en la culata de un lanzarrayos de gran calibre que sobresalía de la pistolera.

El joven ingeniero fue el primero en pisar la superficie del planeta. Lucky Starr salió detrás de él y Bigman lo hizo en último lugar.

De momento, se perdieron absolutamente de vista en la casi total oscuridad. Sólo las estrellas eran visibles, brillantes y fuertes en la fría atmósfera insustancial.

Bigman fue el primero en recobrarse. La gravedad de Mercurio era casi exactamente igual a la de su Marte nativo. Las noches marcianas eran casi igual de oscuras. Las estrellas que titilaban en su cielo nocturno eran casi igual de brillantes.

Su aguda voz sonó claramente en los receptores de los otros.

-Oigan, ya empiezo a ver las cosas.

Lucky también, y el hecho le asombró. Era imposible que la luz de las estrellas fuera tan brillante. Había una ligera y luminosa neblina que se cernía sobre el accidentado paisaje y rozaba sus escarpados riscos con una pálida consistencia lechosa.

Lucky había visto algo parecido en la Luna durante la larga noche de dos semanas de duración. Allí también nauta un paisaje completamente árido, escabroso y áspero. Jamás, a lo largo de millones de años, ni en la Luna ni en Mercurio, había habido el suavizante contacto del viento o la

lluvia. La roca desnuda, más fría de lo que la imaginación puede concebir, se alzaba sin un toque de escarcha en un mundo sin agua.

Y en la noche lunar también había observado aquella misma consistencia lechosa. Pero allí, por lo menos en más de la mitad de la Luna, había habido luz terrestre. Cuando la Tierra estaba llena, brillaba con una luminosidad dieciséis veces más intensa que la de la Luna vista desde la Tierra.

En Mercurio, en el Observatorio Solar del Polo Norte, no había ningún planeta cercano que reflejara su luz.

-¿Es eso la luz de las estrellas? -preguntó finalmente, sabiendo que no lo era.

Scott Mindes repuso cansadamente: -Es el resplandor de la corona.

-¡Gran Galaxia! -dijo Lucky con una risita-. ¡La corona! ¡Naturalmente! ¡Debería haberlo supuesto!

-¿Supuesto qué? -preguntó Bigman-. ¿Qué es lo que pasa? Oiga, Mindes, ¡explíquese de una vez!

Mindes dijo:

-Dese la vuelta. Le está dando la espalda.

Todos se volvieron. Lucky dejó escapar un silbido entre los dientes; Bigman aulló de sorpresa. Mindes no dijo nada.

Una sección del horizonte resaltaba vivamente contra una nacarada sección del cielo. Cada una de las irregularidades de aquella parte del horizonte resaltaba claramente. Encima de ella, el cielo mostraba un suave resplandor, que se desvanecía con la altura, hasta una tercera parte de la distancia al cenit. El resplandor consistía en brillantes y curvadas franjas de pálida luz.

-Esa es la corona, señor Jones -dijo Mindes.

A pesar de su asombro, Bigman no olvidaba su propia concepción de las conveniencias. Gruñó:

-Llámeme Bigman. -Después dijo-: ¿Se refiere a la corona que hay alrededor del Sol? No pensaba que fuera tan grande.

-Tiene un millón y medio de kilómetros de altura, o quizá más -dijo Mindes-, y nosotros estamos en Mercurio, el planeta más cercano al Sol. En este momento sólo nos separan unos cuarenta y cinco millones de kilómetros del Sol. Usted es de Marte, ¿verdad?

-Allí he nacido y allí me he criado -dijo Bigman.

-Bueno, si ahora pudiera ver el Sol, comprobaría que es treinta y seis veces más grande que visto desde Marte, al igual que la corona. Así pues, es treinta y seis veces más brillante.

Lucky asintió. El Sol y la corona serían unas nueve veces más grandes que vistos desde la Tierra. Y la corona no podía verse desde la Tierra a no ser en períodos de eclipse total. Bueno, Mindes no había mentido del todo. Había hermosos panoramas que ver en Mercurio. Intentó completar la corona, imaginarse el Sol que ésta rodeaba y que estaba oculto justo debajo del horizonte. ¡Sería un panorama maravilloso!

Mindes prosiguió, con una inconfundible amargura en la voz:

-Llaman a esta luz «el fantasma blanco del Sol»

Lucky dijo:

-Me gusta. Es una frase muy lograda.

-¿Muy lograda? -replicó violentamente Mindes-. Yo no lo creo así. Se habla demasiado de fantasmas en este planeta. Es un planeta maldito. Aquí no hay nada que vaya bien. Las minas no... -Su voz se desvaneció. Lucky pensó: «Dejaremos que se calme» En voz alta dijo:

-¿Dónde está ese fenómeno que íbamos a ver, Mindes?

-Oh, sí. Tendremos que andar un poco. No es muy lejos, considerando la gravedad, pero será mejor que tengan cuidado. Aquí no tenemos caminos, y el resplandor coronario puede resultar muy desconcertante. Sugiero que encendamos las luces de los cascos.

Encendió la suya mientras hablaba, y un haz de luz surgió por encima de la placa de recubrimiento, convirtiendo el terreno en un áspero conjunto de remiendos amarillos y negros. Otras dos luces se encendieron, y las tres figuras se pusieron en marcha sobre sus botas aislantes. No hacían ningún ruido en el vacío, pero cada uno de ellos notaba las suaves vibraciones ocasionadas por cada paso en el aire dentro de su traje.

Mindes parecía reflexionar sobre el planeta a medida que andaba. Dijo, con voz baja y tensa:

-Odio Mercurio. Hace seis meses que estoy aquí, dos años de Mercurio, y ya estoy harto. Creía que no iba a estar más de seis meses; ahora ya ha pasado el tiempo y no se ha hecho nada. Nada. En este sitio todo son problemas. Es el planeta más pequeño. Es el más cercano al Sol. Sólo una de sus caras está expuesta al Sol. Por allí -y su brazo se extendió hacia el resplandor de la corona- está el lado iluminado, donde hay lugares en que el calor derrite el plomo y hace hervir el azufre. Por aquella otra dirección -su brazo volvió a extenderse- está la única superficie planetaria de todo el sistema solar que no ve nunca el Sol. No hay nada en ella que valga la pena.

Se detuvo un momento para saltar una grieta poco profunda, de unos dos metros de anchura, que había en la superficie, posible mente causada por un terremoto, que no podía cerrarse sin viento ni lluvia. Saltó con torpeza, como un terrícola que, incluso en Mercurio, se atiene a la gravedad artificial del Observatorio.

Bigman chasqueó la lengua con desaprobación al verlo. Él y Lucky dieron el salto sin hacer apenas otra cosa que alargar el paso.

Unos quinientos metros más lejos, Mindes dijo bruscamente:

-Podemos verlo desde aquí; hemos llegado justo a tiempo.

Se detuvo, tambaleándose hacia delante, con los brazos en cruz para recobrar el equilibrio. Bigman y Lucky se detuvieron con un pequeño salto que levantó una nube de polvo. La luz del casco de Mindes se apagó. Estaba señalando algo. Lucky y Bigman apagaron también sus luces y allí, en la oscuridad, donde Mindes había señalado, vieron una pequeña e irregular mancha blanca.

Era brillante, una luz solar más candente de lo que Lucky había visto jamás en la Tierra.

-Este es el mejor ángulo para verlo -dijo Mindes-. Es la cima de la Montaña Blanca y Negra.

-¿Es así como se llama? -preguntó Bigman.

-Sí. Comprenden por qué, ¿verdad? Está a la distancia justa del terminator… es la frontera entre la parte oscura y la parte iluminada.

-Ya lo sabía -dijo Bigman con indignación-. ¿Acaso cree que soy un ignorante?

-Yo me limito a dar las explicaciones. Hay este pequeño lugar alrededor del Polo Norte, y otro alrededor del Polo Sur, donde el terminator no se mueve mucho cuando Mercurio gira en torno al Sol. Ahora bien, en el ecuador, el terminator se mueve mil cincuenta kilómetros en una dirección durante cuarenta y cuatro días y otros mil cincuenta kilómetros de vuelta durante los próximos cuarenta y cuatro. Aquí no llega a moverse más de ochocientos metros, por lo cual éste es un lugar idóneo para un observatorio. El Sol y las estrellas están inmóviles.

»De todos modos, la Montaña Blanca y Negra está a la distancia suficiente como para que sólo su mitad superior esté iluminada. Después, a medida que el Sol se aleja, la luz sube por la ladera de la montaña.

-Y ahora -intervino Lucky- sólo la cima está iluminada.

-Sólo los treinta centímetros superiores, o sesenta quizá, y eso desaparecerá muy pronto. Reinará la más completa oscuridad durante un espacio de tiempo equivalente a un día terrestre, y entonces la luz volverá, poco a poco, nuevamente.

A medida que hablaba, la mancha blanca se fue convirtiendo en un punto que brillaba como una estrella.

Los tres hombres aguardaron.

-Aparten la vista -aconsejó Mindes- para que sus ojos se acostumbren a la oscuridad.

Y tras unos minutos que les parecieron siglos, dijo:

-Muy bien, ya pueden volver a mirar.

Lucky y Bigman así lo hicieron y al principio no vieron nada.

Y después fue como si el paisaje se hubiera convertido en una mancha de sangre. O, en cualquier caso, una parte de él. Primero, sólo había la sensación de algo rojo. Después, podía verse una escarpada montaña que trepaba hasta la cima. La cima era de un rojo vivo, y el rojo se oscurecía y desvanecía a medida que el ojo bajaba de nivel hasta que todo era negro.

-¿Qué es? -preguntó Bigman.

-El Sol -dijo Mindes- está ahora tan bajo que, desde la cima de la montaña, todo lo que hay por encima del horizonte es la corona y las prominencias. Las prominencias son chorros de hidrógeno que se levantan miles de kilómetros sobre la superficie del Sol, y son de color rojo. Su luz permanece constantemente en el mismo lugar, pero la luz del Sol la borra.

Lucky volvió a asentir con la cabeza. Las prominencias también eran algo que desde la Tierra sólo podía verse durante un eclipse total o con instrumentos especiales, debido a la atmósfera.

-De hecho -añadió Mindes en voz baja-, lo llaman «el fantasma rojo del Sol»

-Ya tenemos dos fantasmas -dijo súbitamente Lucky-; uno blanco uno rojo. ¿Es a causa de los fantasmas que leva usted un lanzarrayos, señor Mindes?

Mindes exclamó:

-¿Qué? -Después, violentamente-: ¿De qué está hablando?

-Digo -repuso Lucky- que ya es hora de que nos cuente la verdadera razón por la que nos ha traído hasta aquí. No es sólo por la vista, estoy seguro, pues entonces no llevaría un lanzarrayos en un planeta vacío y desolado.

Mindes tardó un rato en contestar. Cuando lo hizo, dijo:

-Usted es David Starr, ¿verdad?

-Exactamente -repuso Lucky con paciencia.

-Es miembro del Consejo de la Ciencia. Es el hombre que llaman Lucky Starr.

Los miembros del Consejo de la Ciencia rehuían la publicidad, y fue de bastante mala gana que Lucky dijo de nuevo: -Exactamente.

-Así que no estoy equivocado. Usted es uno de sus mejores investigadores, y está aquí para investigar el Proyecto Luz.

Los labios de Lucky se convirtieron en una línea fina y apretada. Hubiera preferido no ser reconocido tan fácilmente. Dijo:

-Quizá sí, quizá no. ¿Por qué me ha traído hasta aquí?

-Sé que es cierto, y le he traído hasta aquí -Mindes jadeaba- para explicarle toda la verdad antes de que los demás le llenen la cabeza de... mentiras.

-¿Acerca de qué?

-Acerca de los fracasos que han estado «embrujando» -odio esa palabra- los fracasos del Proyecto Luz.

-Pero hubiera podido decirme lo que quisiera en el Observatorio. ¿Por qué traerme hasta aquí?

-Por dos razones -dijo el ingeniero. Su respiración continuaba siendo rápida y difícil-. En primer lugar, todos ellos creen que es culpa mía. Creen que no soy capaz de llevar el proyecto adelante, y que estoy malgastando el dinero de los impuestos. Quería mantenerle apartado de ellos, ¿entiende? Quería evitar que les escuchara a ellos en primer lugar.

-¿Por qué iban a creer que es culpa suya?

-Consideran que soy demasiado joven.

-¿Cuántos años tiene?

-Veintidós.

Lucky Starr, que no era mucho mayor, preguntó:

-¿Y la segunda razón?

-Quería que captara la sensación de Mercurio. Quería que absorbiera la... la... -Se interrumpió y guardó silencio.

La figura de Lucky se levantaba rígida e imponentemente en la superficie prohibitiva de Mercurio, y el metal de uno de sus hombros atrajo y reflejó la lechosa luz de la corona, «el fantasma blanco del Sol»

Dijo:

-Muy bien, Mindes. Supongamos que acepto su afirmación de que no es usted responsable de los fracasos ocurridos en el proyecto. ¿Quién lo es?

Al principio, la voz del ingeniero no fue más que un murmullo indistinto. Este murmullo se convirtió gradualmente en palabras.

-No lo sé... Por lo menos...

-No le comprendo -dijo Lucky.

-Mire. -repuso desesperadamente Mindes-. He estado investigando. He perdido horas de sueño tratando de averiguar quién es el culpable. He vigilado los movimientos de todos. He anotado la hora en que ocurrían los accidentes, se rompían cables o se destrozaban placas de conversión. Y estoy seguro de una cosa...

-¿Cuál?

-De que nadie del Observatorio puede ser directamente responsable. Nadie. Sólo hay unas cincuenta personas en el Observatorio, cincuenta y dos para ser exactos, y las últimas seis veces en que ha fallado alguna cosa, he podido dar razón de cada uno de ellos. No había nadie cercó del lugar de los accidentes. -Su voz había ido aumentando de intensidad.

Lucky dijo:

-Entonces, ¿a qué cree que se deben los accidentes? ¿A terremotos? ¿A la acción solar?

-¡A los fantasmas! -exclamó apasionadamente el ingeniero, agitando los brazos-. Hay un fantasma blanco y un fantasma rojo. Ustedes los han visto. Pero también hay fantasmas de dos piernas. Yo los he visto, pero ¿me creerá alguien? -Sus palabras habían perdido toda coherencia-. Se lo digo... se lo digo...

Bigman dijo:

-¡Fantasmas! ¿Es que se ha vuelto loco?

Mindes se apresuró a replicar:

-Usted tampoco me cree, pero yo se lo demostraré. Acabaré con el fantasma. Acabaré con todos los que no me creen. Acabaré con todos. ¡Con todos!

Con una penetrante carcajada sacó la pistola y, con frenética velocidad, antes de que Bigman pudiera detenerle, apuntó a Lucky a quemarropa y apretó el gatillo. Su invisible campo disruptivo salió disparado...

2. ¿LOCO O CUERDO?

Aquello habría sido el final de Lucky si él y Mindes se hubieran encontrado en la Tierra. A Lucky no le había pasado desapercibida la creciente locura que encerraba la voz de Mindes. Había estado esperando atentamente algún cambio, alguna acción que justificara la violencia contenida en las entrecortadas frases del ingeniero. Sin embargo, no esperaba un ataque de frente con la pistola.

Cuando la mano de Mindes se acercó a la pistolera, Lucky saltó hacia un lado. En la Tierra, este movimiento hubiera llegado demasiado tarde.

No obstante, en Mercurio las cosas eran diferentes. La gravedad de Mercurio era dos quintos de la de la Tierra, y los músculos contraídos de Lucky desplazaron su cuerpo insólitamente ligero (incluso con el traje que llevaba), a considerable distancia. Mindes, poco acostumbrado a una gravedad tan baja, tropezó al volverse con demasiada rapidez para seguir con la pistola el movimiento de Lucky.

Por lo tanto, la energía de la pistola se estrelló contra el suelo, a pocos centímetros del cuerpo de Lucky. Abrió un agujero de treinta centímetros de profundidad en la frígida roca. Antes de que Mindes pudiera recobrarse y apuntar de nuevo, Bigman le había golpeado con la gracia natural de un marciano acostumbrado a la escasa gravedad.

Mindes se desplomó. Lanzó un grito ininteligible y después calló, bien inconsciente como resultado de la caída o a causa de su imposibilidad para expresar el clímax de sus febriles emociones.

Bigman no creía en ninguna de las dos posibilidades.

-Está fingiendo -exclamó-. El muy tramposo se hace el muerto. -Arrancó la pistola de la mano inerte del ingeniero, y le apuntó a la cabeza.

Lucky repuso vivamente: -Nada de eso, Bigman.

Bigman titubeó:

-Ha intentado matarte, Lucky. -Era evidente que el pequeño marciano no habría estado la mitad de enfadado si hubiera sido él mismo quien se hubiese encontrado en peligro de muerte. Sin embargo, retrocedió.

Lucky se había arrodillado y examinaba el rostro de Mindes a través de la placa visora, enfocando la luz de su casco sobre las pálidas y contraídas facciones del otro. Verificó el indicador de presión del traje de Mindes, para asegurarse de que el golpe de la caída no había aflojado ninguna de sus articulaciones. Después, cogiendo el cuerpo caído por una muñeca y un tobillo, se lo cargó sobre los hombros y se puso en pie.

-Regresemos al Observatorio -dijo- y dispongámonos a enfrentarnos con un problema que, mucho me temo, será algo más complicado de lo que el jefe cree.

Bigman lanzó un gruñido y siguió de cerca a Lucky, adaptándose a sus largas zancadas con un ligero trotecillo facilitado por la gravedad. Mantuvo la pistola preparada, colocándose de modo que, en caso de necesidad, pudiera disparar a Mindes sin tocar a Lucky.

El «jefe» era Héctor Conway, presidente del Consejo de la Ciencia. En ocasiones más informales Lucky le llamaba tío Héctor, puesto que Héctor Conway, junto con Augustus Henree, eran los tutores del joven Lucky tras la

muerte de sus padres acaecida durante un ataque pirata cerca de la órbita de Venus.

Una semana antes, Conway había dicho a Lucky con acento indiferente, casi como si le ofreciera unas vacaciones

-¿Te gustaría ir a Mercurio, Lucky?

-¿Qué pasa, tío Héctor? -preguntó Lucky.

-En realidad, nada -dijo Conway, frunciendo el ceño-, a excepción de cierta política barata. Estamos financiando un proyecto bastante caro en Mercurio, uno de esos asuntos de investigación básica que quizá no lleve a ninguna parte, ya sabes y, por otro lado, quizá sea verdaderamente revolucionario. Hay que correr el riesgo, como en todas esas cosas.

Lucky dijo:

-¿Es algo que yo sepa?

-No lo creo. Es bastante reciente. De todos modos, el senador Swenson lo ha utilizado como ejemplo de cómo malgasta el Consejo el dinero de los contribuyentes. Ya conoces el paño. Está presionando para que se realice una investigación, y uno de sus muchachos salió hacia Mercurio varios meses atrás.

-¿El senador Swenson? Comprendo -asintió Lucky.

Aquello no era nada nuevo. El Consejo de la Ciencia había ido destacándose durante las pasadas décadas en la lucha contra los peligros que amenazaban a la Tierra desde dentro y desde fuera del sistema solar. En aquella época de civilización galáctica, con la humanidad extendida por todos los planetas de todas las estrellas de la Vía Láctea, sólo los científicos podían enfrentarse debidamente con los problemas del género humano. De hecho, sólo los científicos especialmente adiestrados del Consejo podían hacerlo.

Sin embargo, algunos hombres del gobierno de la Tierra temían el creciente poder de este Consejo de la Ciencia y otros utilizaban este recelo para sus propias ambiciones. El senador Swenson era el miembro más destacado de este último grupo. Sus ataques, generalmente dirigidos contra el derroche de que hacía gala el Consejo en su labor de financiar la investigación, le estaban haciendo famoso. Lucky dijo:

-¿Quién está a cargo del proyecto en Mercurio? ¿Alguien que yo conozca?

-Por cierto, se llama Proyecto Luz, y el hombre encargado de él es un ingeniero llamado Scott Mindes. Un joven brillante, pero no el más apropiado para este puesto. Lo más desconcertante es que, desde que Swenson empezó a. protestar, se han producido toda clase de fracasos en el Proyecto Luz.

-Iré a dar un vistazo si lo deseas, tío Héctor.

-Estupendo. Los accidentes y malas roturas no son nada, estoy seguro, pero no quiero que Swenson nos ponga en un aprieto. Averigua lo que se propone. Y ten cuidado con el hombre que envió allí. Su nombre es Urteil y tiene fama de ser un tipo capaz y peligroso.

Así fue como empezó todo. Sólo una investigación insignificante para prevenir dificultades políticas. Nada más.

Lucky aterrizó en el Polo Norte de Mercurio sin esperar otra cosa, y al

cabo de dos horas se encontraba en la trayectoria del rayo de una pistola.

Mientras regresaba al Observatorio con Mindes sobre los hombros, Lucky pensó: «Aquí hay algo más que una simple cuestión política»

El doctor Karl Gardoma salió de la pequeña enfermería y miró sombríamente a Lucky y Bigman. Se estaba secando las manos en una toalla de esponjoso y absorbente tejido, que tiró a un cubo de basura en cuanto acabó. Su rostro moreno, casi tostado, parecía inquieto, y sus espesas cejas estaban fruncidas. Incluso su cabello negro, que llevaba muy corto v erizado, acentuaba su expresión preocupada.

-¿Y bien, doctor? -preguntó Lucky.

El doctor Gardoma repuso

-Está bajo el efecto de un calmante. Estará perfectamente cuando se despierte. No sé si recordará claramente lo ocurrido.

-¿Había tenido algún ataque parecido antes de ahora?

-No desde que llegó a Mercurio, señor Starr. No sé lo que pudo ocurrir antes de entonces, pero durante estos últimos meses ha estado sometido a una gran tensión.

-¿Por qué?

-Se siente responsable de los accidentes que han estado interfiriendo con el progreso del Proyecto Luz.

-¿Acaso lo es?

-No, claro que no. Pero usted mismo ha comprobado cuáles son sus sentimientos. Está seguro de que todo el mundo le culpa. El Proyecto Luz es vitalmente importante. En él se ha enterrado gran cantidad de dinero y muchos esfuerzos. Mindes es responsable de muchísimo equipo y está a cargo de diez hombres, todos ellos de cinco a diez años mayores que él.

-¿Cómo se explica que sea tan joven?

El doctor sonrió tristemente, pero a pesar de su tristeza, sus blancos dientes le dieron un aspecto agradable, incluso encantador. Dijo:

-La óptica subetérea, señor Starr, es una rama de la ciencia completamente nueva. Sólo los hombres jóvenes, recién salidos de la universidad, saben lo suficiente de ella.

-Parece como si también usted supiera algo de ella.

-Sólo lo que Mindes me explicó. Llegamos a Mercurio en la misma nave, ¿sabe?, y enseguida me fascinó, me conquistó por completo por lo que con su proyecto espera realizar. ¿Sabe algo acerca de él?

-Ni una palabra.

-Bueno, atañe al hiperespacio, esa porción del espacio que está fuera de los límites ordinarios del espacio que nosotros conocemos. Las leyes de la naturaleza que se ajustan al espacio ordinario no se ajustan al hiperespacio: Por ejemplo, en el espacio ordinario es imposible ir a mayor velocidad que la luz, de modo que se necesitarían por lo menos cuatro años para llegar a la estrella más cercana. Yendo a través del hiperespacio cualquier velocidad es posible... -El médico se interrumpió con una repentina sonrisa de disculpa-. Estoy seguro de que ya sabe todo esto.

-Supongo que la mayoría de la gente sabe que el descubrimiento de los vuelos hiperespaciales hizo posible los viajes a las estrellas -dijo Lucky-; pero ¿qué hay del Proyecto Luz?

-Bueno -repuso el doctor Gardoma-, en el espacio ordinario, la luz viaja en línea reta en el vacío. Sólo puede desviarse por medio de una enorme fuerza de gravedad. Por el contrario, en el hiperespacio puede desviarse con la misma facilidad que si fuera un hilo de algodón. Se la puede enfocar, dispersar y doblarla sobre sí misma. Esto es lo que dice la teoría de la hiperóptica.

-Y supongo que Scott Mindes está aquí para verificar esta teoría.

-Así es.

-¿Por qué aquí? -preguntó Lucky-. Quiero decir, ¿por qué en Mercurio?

-Porque no hay ninguna otra superficie planetaria en el sistema solar donde exista tal concentración de luz en una zona tan amplia. Los efectos que Mindes busca pueden detectarse mucho más fácilmente aquí. Sería cien veces más caro realizar el proyecto en la Tierra, y los resultados serían cien veces más inseguros. Es lo que me dijo Mindes.

-Sólo que ahora estamos teniendo esos accidentes.

El doctor Gardoma dio un resoplido.

-No son accidentes. Y, señor Starr, tienen que cesar. ¿Sabe lo que significaría el éxito del Proyecto Luz? -prosiguió, entusiasmado con la visión-: La Tierra dejaría de ser esclava del Sol. Las estaciones espaciales que giran alrededor de la Tierra podrían interceptar la luz del Sol, desviarla a través del hiperespacio, y desparramarla equitativamente por toda la Tierra. El calor desértico y el frío polar desaparecerían. Las estaciones serían redistribuidas a nuestro antojo. Controlaríamos el clima si controláramos la distribución de la luz solar. Podríamos tener luz solar perpetua donde quisiéramos; noche de cualquier duración donde nos placiera. La Tierra sería un paraíso de aire acondicionado.

-Me imagino que eso requeriría tiempo.

-Muchísimo, pero esto es el principio... Escuche, quizá me equivoque, pero ¿no es usted el David Starr que clarificó el problema de los envenenamientos por comida en Marte?

Había un acento de nerviosismo en la voz de Lucky al contestar, y sus cejas se contrajeron ligeramente.

-¿Qué le hace pensar así?

-Después de todo, soy médico. Los envenenamientos parecían ser una enfermedad epidémica al principio, y yo me interesé mucho por el asunto. Corrían rumores acerca de la participación de un joven miembro del Consejo en la solución del misterio, y se mencionaron algunos nombres.

Lucky dijo:

-¿Qué le parece si dejamos el tema? -Estaba disgustado, como siempre que le insinuaban que se estaba haciendo famoso. Primero Mindes, ahora Gardoma.

El doctor Gardoma dijo:

-Pero si es usted ese Starr, confío en que estará aquí para detener esos presuntos accidentes.

Lucky pareció no oírle. Dijo:

-¿Cuándo podré hablar con Scott Mindes, doctor Gardoma?

-Por lo menos no hasta dentro de doce horas.

-¿Y se portará cuerdamente?

-Estoy seguro de ello.

Una nueva y gutural voz de barítono le interrumpió.

-¿De verdad, Gardoma? ¿Es acaso porque sabe que nuestro joven Mindes nunca ha estado loco?

El doctor Gardoma se volvió al oír el sonido y no hizo ningún esfuerzo para ocultar la expresión de desagrado que apareció en su rostro.

-¿Qué está haciendo aquí, Urteil?

-Tener los ojos y los oídos bien abiertos, aunque supongo que usted preferiría que los mantuviera cerrados -dijo el recién llegado. Tanto Lucky como Bigman le observaron con curiosidad. Era un hombre corpulento; no muy alto, pero sí ancho de espaldas y musculoso. Sus mejillas estaban cubiertas de pelos, y todo él respiraba un aire de seguridad en sí mismo que era bastante desagradable.

El doctor Gardoma dijo:

-No me importa lo que haga con sus ojos y sus oídos, pero no lo haga en mi oficina, si no le molesta.

-¿Por qué no en su oficina? -preguntó Urteil-. Usted es médico. Los pacientes tienen derecho a entrar. Es posible que yo sea un paciente.

-¿Cuál es su enfermedad?

-¿Qué hay de esos dos? ¿Qué enfermedad tienen ellos? Deficiencia hormonal, en primer término, supongo -y sus ojos se posaron indolentemente sobre Bigman Jones mientras hablaba.

Hubo un instante en el que todos aguantaron la respiración y Bigman se puso mortalmente pálido. Se levantó pausadamente de su asiento, con los ojos muy abiertos. Sus labios se movieron como si formaran las palabras «deficiencia hormonal», y tratara de convencerse de que realmente había oído estas palabras y que no era una ilusión.

Entonces, con la velocidad de una cobra, el cuerpo de un metro cincuenta y siete centímetros y músculos de acero de Bigman se lanzó sobre la corpulenta figura que había frente a él.

Pero Lucky se le adelantó. Bajó rápidamente las manos, y agarró a Bigman por los hombros.

-Tranquilo, Bigman.

El pequeño marciano se debatió desesperadamente: -Tú mismo lo has oído, Lucky. Lo has oído.

-Ahora no, Bigman.

Las carcajadas de Urteil eran como una serie de agudos ladridos.

-Suéltale, compañero. Lanzaré al muchachito por los, suelos con un solo dedo.

Bigman lanzó un alarido y se retorció bajo las manos de Lucky.

Lucky dijo:

-No diré nada más, Urteil, pero es muy posible que se meta en un lío del que su amigo senador no pueda sacarle.

Su mirada se había ido haciendo fría mientras hablaba y su voz era cortante como el filo de un cuchillo.

Los ojos de Urteil se clavaron un momento en los de Lucky, y apartó enseguida la mirada. Murmuró algo acerca de estar bromeando. La entrecortada respiración de Bigman se calmó un poco, y cuando Lucky

le soltó, el marciano volvió a ocupar su asiento, aún temblando de rabia.

El doctor Gardoma, que había contemplado la escena con inquietud, dijo:

-¿Conoce usted a Urteil, señor Starr?

-Sólo de nombre. Es Jonathan Urteil, el investigador particular del senador Swenson.

-Bueno, podríamos decirlo así -murmuró el médico.

-Yo también le conozco, David Starr, Lucky Starr, o como se llame -repuso Urteil-. Usted es el particular niño prodigio del Consejo de la Ciencia. Envenenamientos en Marte. Piratas en los asteroides. Telepatía venusiana. ¿Tengo la lista completa?

-La tiene -dijo Lucky con voz inexpresiva.

Urteil sonrió triunfalmente.

-No hay mucho que la oficina del senador no sepa acerca del Consejo de la Ciencia. Y no hay mucho que yo no sepa acerca de las cosas que ocurren aquí. Por ejemplo, sé que han atentado contra su vida, y he venido a verle por esta razón.

-¿Por qué?

-Porque quiero hacerle una advertencia, una pequeña advertencia de amigo. Supongo que el matasanos aquí presente les habrá estado hablando de lo fantástico que es Mindes. Únicamente el efecto momentáneo de una irresistible tensión, supongo que les habrá dicho. Son grandes amigos, Mindes y él.

-Sólo les he dicho... -empezó el doctor Gardoma.

-Deje que sea yo el que les diga algo -interrumpió Urteil-. Déjeme decirles esto: Scott Mindes es tan inofensivo como un asteroide de dos toneladas dirigiéndose hacia una nave espacial. No estaba temporalmente loco cuando le apuntaba con una pistola. Sabía lo que hacía. Ha tratado de matarlo a sangre fría, señor Starr, y si no tiene usted cuidado, la próxima vez lo logrará. Puede apostar cualquier cosa a que volverá a intentarlo.

3. LA MUERTE AGUARDA EN UNA HABITACIóN

El silencio que siguió no pareció agradable más que a Urteil.

Después Lucky dijo:

-¿Por qué? ¿Qué motivo tiene?

Urteil repuso tranquilamente:

-Porque tiene miedo. Está aquí con millones en efectivo invertidos, efectivo que le ha sido dado por un negligente Consejo de la Ciencia, y no puede lograr que sus experimentos den resultado. Llama accidentes a su incompetencia. Es posible que regrese a la Tierra y hable de la mala suerte que reina en Mercurio. Entonces obtendrá más dinero del Consejo, o, mejor dicho, de los contribuyentes, para algún otro proyecto estúpido. Ahora usted ha venido a Mercurio a investigar, y él tiene miedo de que el Consejo, a pesar suyo, averigüe algo de la verdad... Ya puede imaginarse el resto.

Lucky dijo:

-Si ésta es la verdad, usted ya la sabe.

-Sí, y espero probarla.

-Pero, en este caso, está usted en peligro ante Mindes. Por su razonamiento, es a usted a quien él debería intentar eliminar.

Urteil sonrió ampliamente y sus mejillas se ensancharon tanto que su delgado rostro pareció más ancho que largo. Dijo:

-Ha intentado eliminarme. Es la pura verdad. Pero me he encontrado en situaciones más difíciles trabajando para el senador. Sé cuidar de mí mismo.

-Scott Mindes nunca ha intentado matarle, ni a usted ni a nadie -dijo el doctor Gardoma, con el rostro pálido y contraído-. Usted lo sabe muy bien.

Urteil no le contestó directamente. En cambio, se dirigió a Lucky.

-Y no pierda de vista al buen doctor, tampoco. Como le he dicho, él y Mindes son grandes amigos. Si yo estuviera en su lugar, no me pondría en sus manos ni para un dolor de cabeza. Las píldoras e inyecciones pueden... -Chasqueó los dedos con crujiente ruido.

El doctor Gardoma. encontrando con dificultad las palabras precisas, dijo:

-Algún día, alguien le matará por...

Urteil repuso despreocupadamente:

-¿Sí? ¿Acaso piensa ser usted? -Se volvió para marcharse, y entonces dijo por encima del hombro-: Oh, me olvidaba. He oído decir que el viejo Peverale quería verle. Está muy molesto por el hecho de que no haya habido bienvenida oficial. Está preocupado. Así que vaya a verle y acaríciele cariñosamente la cabeza... Y, Starr, otra pista. A partir de ahora, no use ningún traje protector, sea del tipo que sea, sin buscar antes alguna fuga. ¿Sabe a lo que me refiero? -Con estas palabras, finalmente, se fue.

Transcurrieron unos momentos antes de que Gardoma volviera a la normalidad y pudiera hablar sin tartamudear. Entonces dijo:

-Me saca de quicio cada vez que le veo. Es un lengua larga, mentiroso...

-Un tipo muy astuto -dijo secamente Lucky-. Parece evidente que uno de sus métodos de ataque es decir exactamente lo que supone que encolerizará más a su oponente. Un oponente enfadado está en inferioridad de condiciones... Y, Bigman, eso va por ti. No puedes liarte a golpes con el primero que te insinúe que mides menos de un metro sesenta.

-Lucky -gimió el diminuto marciano-, ha dicho que tenia una deficiencia hormonal.

-Pues aprende a esperar el momento adecuado para demostrarle lo contrario.

Bigman gruñó con rebeldía, y descargó uno de sus puños sobre el resistente plástico de sus botas altas de color plata y bermellón, las botas altas hasta la cadera que no llevaría nadie más que un granjero marciano y que ningún granjero marciano dejaría de llevar. Bigman tenia una docena, a cuál más llamativa.

Lucky dijo:

-Bueno, iremos a ver al doctor Peverale. Es el director del Observatorio, ¿verdad?

-El director de todo el Centro -repuso el médico-. Ahora es viejo y ha perdido facultades. Me alegro de poder decirles que odia a Urteil tanto como cualquiera de nosotros, pero no puede hacer nada contra él. No puede oponerse al senador. Me pregunto si el Consejo de la Ciencia podrá -concluyó tristemente. Lucky dijo:

-Creo que sí. No olvide que quiero ver a Mindes cuando se despierte.

-Muy bien. Cuídese.

Lucky le miró con curiosidad.

-¿Que me cuide? ¿Qué quiere decir?

El doctor Gardoma se sonrojó.

-Era un modo de hablar. Es algo que siempre digo. No he querido decir nada.

-Ya. Bueno, ya nos veremos. En marcha, Bigman, y deja ya de poner esa cara de enfadado. .

El doctor Lance Peverale les estrechó la mano con una fuerza que resultaba sorprendente en un hombre tan viejo. Sus ojos oscuros expresaban preocupación y parecían aún más oscuros por las cejas blancas que los enmarcaban. Su cabello, todavía abundante, conservaba gran parte de su color original y no había sobrepasado el gris acerado. Sus mejillas rugosas y fláccidas, encima de las cuales sobresalían unos pómulos prominentes, eran las que denunciaban su edad.

Habló lenta y amablemente:

-Lo siento, caballeros, estoy consternado de que hayan pasado por tan lamentable experiencia no más llegar al Observatorio. Es culpa mía.

-No diga eso, doctor Peverale -protestó Lucky.

-La culpa es mía, señor. Si hubiera estado aquí para recibirles como debería... Pero verán, estábamos siguiendo una importante y anómala prominencia, y mucho me temo que he dejado a mi profesión que me apartara de los más elementales deberes de la hospitalidad.

-En cualquier caso, está usted perdonado -dijo Lucky, y miró de reojo a Bigman con expresión divertida, al ver que escuchaba con la boca abierta las palabras del anciano.

-No tengo perdón -dijo el astrónomo-, pero le agradezco sus intenciones. Mientras tanto, he ordenado que les preparen sus habitaciones. -Les cogió por el brazo, empujándoles a lo largo de los bien iluminados, pero estrechos pasillos del Observatorio-. Nuestras instalaciones están

abarrotadas, en articular desde que llegaron el doctor Mines y sus ingenieros y... y otros. Sin embargo, me imagino que querrán refrescarse y quizá dormir. Estoy seguro de que les apetecerá comer, de modo que les enviaré alguna cosa. Mañana tendrán tiempo suficiente para conocernos a todos en plan social, y nosotros podremos averiguar sus intenciones al venir aquí. En cuanto a mí, el hecho de que el Consejo de la Ciencia les respalde me basta. Daremos una especie de banquete en su honor.

El nivel del pasillo descendía a medida que andaban, y se internaban en las entrañas de Mercurio en dirección al nivel residencial del Observatorio.

Lucky dijo:

-Es usted muy amable. Quizá también tenga la oportunidad de inspeccionar el Observatorio.

Peverale pareció encantado.

-Estaré a su disposición, y estoy seguro de que no lamentará hacer tal inspección. Nuestros aparatos principales están montados sobre una plataforma movible diseñada para ponerse en movimiento con el avance o retroceso del terminator. De esta manera, una porción particular del Sol está siempre enfocada a pesar de los movimientos de Mercurio.

-¡Magnífico! Pero ahora, doctor Peverale, voy a hacerle una pregunta. ¿Qué opina del doctor Mindes? Le agradecería que me diera una respuesta sincera, sin consideraciones por cosas tales como la diplomacia.

Peverale frunció el ceño.

-¿Acaso es usted también un ingeniero subtemporal?

-No exactamente -repuso Lucky-, pero estábamos hablando del doctor Mindes.

-Eso es. Bueno... -y el astrónomo pareció pensativo-, es un joven agradable, muy competente creo, pero nervioso, muy nervioso. Se ofende con facilidad, con demasiada facilidad. Es algo que he ido observando a medida que pasaba el tiempo y las cosas no salían tal como él deseaba, pues no me parece capaz de llevar el proyecto adelante. Una lástima, pues como le digo, es un joven agradable, si no fuera por eso. Naturalmente, yo soy su superior mientras está en el Observatorio, pero no interfiero su trabajo. Su proyecto no tiene conexión con las investigaciones del Observatorio.

-¿Y su opinión sobre Jonathan Urteil?

El anciano astrónomo se detuvo en seco.

-¿Qué pasa con él?

-¿Cuál es su comportamiento aquí?

-No estoy interesado en hablar de ese hombre -dijo Peverale.

Siguieron andando unos momentos en silencio.

Lucky preguntó:

-¿Hay algún otro extraño en el Centro? Están usted y sus hombres, Mindes y los suyos, y Urteil. ¿Alguien más?

-El doctor, naturalmente. El doctor Gardoma.

-¿No le considera uno de sus propios hombres?

-Bueno, él es médico, no astrónomo. Hace el único servicio que el Centro debe tener y para el que no puede utilizar sus instrumentos. Cuida de nuestra salud. Es nuevo aquí.

-¿Cómo nuevo?

-Reemplazó a nuestro antiguo médico después del turno anual de éste. En realidad, el doctor Gardoma llegó en la misma nave que trajo al grupo de Mindes.

-¿Un turno anual? ¿Es así como funcionan los médicos aquí?

-Y la mayoría de los hombres. Eso hace difícil mantener una continuidad, es difícil adiestrar a un hombre y tener que dejarlo partir; pero claro, Mercurio no es el lugar idóneo para establecerse, y nuestros hombres deben ser reemplazados con frecuencia.

-Entonces, ¿cuántos hombres han pasado por aquí en los últimos seis meses?

-Quizá veinte. Tenemos las cifras exactas en los archivos, pero son alrededor de veinte.

-Sin embargo, usted debe hacer mucho tiempo que está aquí.

El astrónomo se echó a reír.

-Muchos años. Prefiero no acordarme de cuántos. Y el doctor Cook, mi subdirector, lleva seis años aquí. Claro que hacemos vacaciones frecuentemente... Bueno, aquí están sus habitaciones, caballeros. Si desean alguna cosa, no tienen más que decírmelo.

Bigman miró en torno a él. La habitación era pequeña, pero tenía dos camas que podían meterse en un receptáculo de la pared cuando no se usaban; dos sillas con las cuales podía hacerse lo mismo; un mueble de una sola pieza que servía de silla y mesa; un pequeño armario empotrado; y un lavabo contiguo.

-Bueno -comentó-, de todos modos, está mucho mejor que la nave, ¿eh?

-No está mal -repuso Lucky-. Probablemente ésta es una de sus mejores habitaciones.

-¿Por qué no? -dijo Bigman-. Me imagino que sabe quién eres.

-Yo creo que no, Bigman -contestó Lucky-. Pensó que era un ingeniero subtemporal. Todo lo que sabe es que el Consejo me ha enviado.

-Todos los demás saben quién eres -dijo Bigman.

-No todos. Mindes, Gardoma, y Urteil... Mira, Bigman, ¿por qué no entras en el lavabo? Pediré algo de comida y haré que nos traigan la caja de herramientas del Shooting Starr.

-Me parece muy bien -repuso alegremente Bigman.

Bigman se duchó sin dejar de cantar atronadoramente. Como era habitual en un mundo sin agua, el agua del baño estaba estrictamente racionada, con severos letreros en la pared acerca de la cantidad que se podía usar. Pero Bigman había nacido y crecido en Marte. Tenía un gran respeto por el agua y para él hubiera sido tan absurdo malgastarla como bañarse en caldo. De modo que empleó abundante detergente, poca agua, y cantó atronadoramente.

Se colocó frente al secador de aire caliente que le causó un hormigueo en la piel con sus chorros de aire completamente seco y se friccionó el cuerpo con las manos para intensificar el efecto.

-Oye, Lucky -gritó-, ¿está ya la comida en la mesa? Tengo hambre.

Oyó la voz de Lucky hablando en voz baja, pero no pudo descifrar las palabras.

-Oye, Lucky -repitió, saliendo del lavabo. Encima de la mesa había dos humeantes platos de ternera asada y patatas. (Un olor ligeramente acre indicaba que, por lo menos, la carne era realmente una imitación fermentada de los jardines submarinos de Venus.) Sin embargo, Lucky no estaba comiendo, sino que, sentado en la cama, hablaba por el interfono de la habitación.

El rostro del doctor Peverale le contemplaba desde la pantalla receptora.

Lucky dijo:

-Bueno, pues, ¿era del dominio público que ésta iba a ser nuestra habitación?

-No del dominio público, pero di la orden de que prepararan su habitación por una red abierta de circuitos. Que yo sepa, no había ninguna razón para mantenerlo en secreto. Supongo que cualquiera pudo haberlo oído. Además, su habitación es una de las pocas que están reservadas para huéspedes distinguidos.

-Comprendo. Gracias, señor.

-¿Ocurre algo malo?

-Nada en absoluto -dijo Lucky, sonriendo, y cerró la conexión. Su sonrisa desapareció y su expresión se hizo pensativa.

-Nada malo, ¡qué barbaridad! -explotó Bigman-. ¿Qué pasa, Lucky? No me digas que no ocurre nada malo.

-No te lo diré porque no sería verdad. He estado inspeccionando el equipo. Hay trajes aislantes especiales para usar en el lado iluminado, me imagino.

Bigman descolgó uno de los trajes que estaban en un pequeño receptáculo enclavado en la pared. Era asombrosamente ligero para su tamaño, y eso no podía atribuirse a la gravedad de Mercurio, puesto que la gravedad del Centro se mantenía igual a la de la Tierra.

Meneó la cabeza. Como de costumbre, si tenía que utilizar un traje de serie, que no hubiera sido hecho a su medida, debería acortarlo al mínimo e incluso así no se encontraría cómodo dentro de él. Suspiró con resignación. Eran los inconvenientes de no ser exactamente alto. Siempre lo miraba desde este punto de vista: «no exactamente alto» No pensaba que medir un metro cincuenta y siete fuera ser «bajo»

Dijo:

-Arenas de Marte, nos lo tenían todo preparado y esperando nuestra llegada. Cama. Baño. Comida. Trajes.

-Y también algo más -dijo gravemente Lucky-. La muerte está esperando en esta habitación. Mira esto.

Lucky levantó un brazo del traje más grande. La articulación del hombro se movía fácilmente, pero en el lugar donde se unía con el tronco había un diminuto y casi imperceptible agujero. Hubiera pasado completamente desapercibido si los dedos de Lucky no lo hubieran desgarrado.

¡Era un roto! ¡Evidentemente, hecho a propósito! Podía verse el tejido aislante.

Dijo Lucky:

-En la superficie interna hay un corte similar. Este traje habría durado el tiempo suficiente para dejarme llegar al lado iluminado, y después me hubiera matado limpiamente.

Librodot

4. EN TORNO A LA MESA DE BANQUETES

-¡Urteil! -gritó inmediatamente Bigman con una ferocidad que puso rígidos todos los músculos de su pequeño cuerpo-. Esa alimaña...

-¿Por qué Urteil? -preguntó Lucky con calma.

-Nos advirtió que miremos nuestros trajes, Lucky. ¿No te acuerdas?

-Claro que sí. Y es exactamente lo que he hecho.

-Naturalmente. Él preparó la jugada. Encontramos un traje roto y creemos que es un gran tipo. Así, la próxima vez nos desharemos en amabilidades para agradecérselo. No caigas en la trampa, Lucky. Es un...

-¡Espera, Bigman, espera! No vayas tan deprisa. Considéralo de esta forma. Urteil dijo que Mindes también había intentado matarle. Supongamos que le creemos. Supongamos que Mindes intentara sabotear el traje y que Urteil se diera cuenta a tiempo. Urteil nos advertiría que tuviéramos cuidado con el mismo truco. Quizá el culpable sea Mindes.

-Arenas de Marte, Lucky, no puede ser. Ese tipo, Mindes, está atiborrado de píldoras somníferas, y antes de estarlo no le perdimos de vista ni un minuto desde que pusimos los pies en esta repugnante roca.

-De acuerdo. ¿Cómo sabemos que está dormido y bajo medicación? -preguntó Lucky.

-Gardoma dice... -empezó Bigman, y se calló.

-Exactamente. ¡Gardoma dice! Sin embargo, no hemos visto a Mindes. Sólo sabemos lo que nos dijo el doctor Gardoma, y el doctor Gardoma es muy amigo de Mindes.

-Están los dos metidos en esto -dijo Bigman, con instantánea convicción-. Cometas saltadores...

-Espera, espera, no saltes tú también. Gran Galaxia, Bigman, estoy tratando de poner en orden mis pensamientos, y tú no dejas de interrumpirme. -Su tono era todo lo desaprobador que podía ser con respecto a su pequeño amigo. Prosiguió-: Te has quejado una docena de veces de que no te explico todo lo que me pasa por la imaginación hasta que las cosas están solucionadas. Es por eso, bobalicón. En cuanto expongo una teoría, tú vas a la carga, con todas tus armas amartilladas y dispuestas.

-Lo siento, Lucky -dijo Bigman-. Continúa.

-Muy bien. Resulta fácil sospechar de Urteil. No gusta a nadie. Ni siquiera al doctor Peverale. Ya viste cómo reaccionó al mencionar su nombre. Sólo le hemos encontrado una vez y tú ya le tienes antipatía...

-Digamos que sí -murmuró Bigman.

-... mientras que a mí tampoco me resulta precisamente simpático. Cualquiera pudo romper este traje y esperar que las sospechas recayeran en Urteil si es que la cosa llegaba a descubrirse, y se hubiera descubierto después de matar a alguien, si no antes.

-Te sigo, Lucky.

-Por otra parte -continuó Lucky en tono conciliador-, Mindes ya ha tratado de librarse de mí con una pistola. Si la tentativa fue seria, no parece un tipo capaz de hacer algo tan indirecto como rasgar un traje. En cuanto al doctor Gardoma, no creo que llegue a matar a un consejero sólo por amistad hacia Mindes.

-Así pues, ¿qué decides? -exclamó Bigman con impaciencia.

-Por ahora nada -dijo Lucky-, a excepción de que hemos de dormir un poco.

Abrió la cama y fue al lavabo.

Bigman le siguió con la mirada y se encogió de hombros.

Scott Mindes estaba sentado en la cama cuando Lucky y Bigman entraron en su cuarto a la mañana siguiente. Parecía cansado y estaba pálido.

-Hola -dijo-. Karl Gardoma me contó lo ocurrido. No saben cuánto lo lamento.

Lucky dejó pasar el tema con un encogimiento de hombros.

-¿Cómo se encuentra?

-Estrujado, pero bien, si es que sabe a lo que me refiero. Asistiré a la cena de gala que el viejo Peverale ofrece esta noche.

-¿Cree que es razonable?

-No dejaré que Urteil lleve la voz cantante -dijo Mindes, con la cara momentáneamente arrebolada, por el odio- y diga a todo el mundo que estoy loco. O bien al doctor Peverale, que para el caso es lo mismo.

-¿El doctor Peverale duda de su cordura? -preguntó Lucky en voz baja.

-Bueno. Mire, Starr, he estado explorando el lado expuesto al Sol en una pequeña motocicleta a propulsión desde que los accidentes se agravaron. Tenía que hacerlo. Es mi proyecto. Por dos veces he... he visto algo.

Mindes hizo una pausa y Lucky le apremió.

-¿Qué ha visto, doctor Mindes?

-Ojalá pudiera decírselo con exactitud. Las dos veces, lo he visto desde cierta distancia. Algo que se movía. Algo que tenia apariencia humana. Algo enfundado en un traje espacial. No uno de nuestros trajes aislantes, ya sabe cuáles. Se parecía más a un traje espacial ordinario. De metal ordinario, ¿comprende?

-¿Intentó acercarse a él?

-Sí, y lo perdí. Las fotografías tampoco muestran nada. Sólo manchas de luz y sombras que tanto pueden ser algo como nada. Pero era algo, estoy seguro. Algo que se movía bajo el Sol como si no le afectara ni el calor ni la radiación. Incluso permaneció inmóvil bajo el Sol durante unos minutos una de las veces. Esto fue lo que me llamó la atención.

-¿Verdad que es raro? ¿Que permaneciera inmóvil, quiero decir?

Mindes soltó una carcajada.

-¿En la cara de Mercurio expuesta al Sol? Claro que lo es. Nadie permanece inmóvil. Con traje aislante y todo, haces tu trabajo con la mayor rapidez posible y cuanto antes te largues, mejor. Tan cerca del terminator el calor no es lo peor. Sin embargo, está la radiación. Lo mejor es exponerte a ella lo menos posible. Los trajes aislantes no te protegen completamente de los rayos gamma. Si tienes que estar quieto, te pones a la sombra de una roca.

-¿Cómo se explica todo esto?

La voz de Mindes se convirtió en un avergonzado susurro.

-No creo que sea un hombre.

-No irá a decirnos que es un fantasma de dos piernas, ¿verdad? -dijo súbitamente Bigman, antes de que Lucky pudiera imponerle silencio.

Pero Mindes se limitó a menear la cabeza. -¿Dije esta frase en la superficie? Me parece recordarlo... No, creo que es un mercuriano.

-¿Qué? -exclamó Bigman, como si considerara esta posibilidad mucho peor que cualquier otra.

-¿De qué otra forma podría soportar la radiación solar y el calor?

-Entonces, ¿por qué iba a necesitar, un traje espacial? -preguntó Lucky.

-Pues, no lo sé. -Los ojos de Mindes llamearon, y un salvaje desvarío se adueñó de su mirada-. Pero es algo. Cuando regresé al Centro, pude localizar a todos los hombres y todos los trajes ambas veces. El doctor Peverale no autorizará una expedición para buscarlo. Dice que no estamos equipados para hacerlo.

-¿Le ha dicho a él lo mismo que a mí?

-Cree que estoy loco, estoy seguro. Cree que veo reflejos y que los convierto en hombres con la imaginación. ¡Pero no es así, Starr!

Lucky dijo:

-¿No se ha puesto en contacto con el Consejo de la Ciencia?

-¿Cómo iba a hacerlo? El doctor Peverale no me hubiera respaldado. Urteil hubiera dicho que estaba loco y le hubieran escuchado a él. ¿Quién me hubiera escuchado a mí?

-Yo -repuso Lucky.

Mindes se incorporó de un salto. Extendió la mano como si se dispusiera a agarrar al otro por la manga, pero se contuvo. Con. voz ahogada, dijo:

-Entonces, ¿lo investigará?

- A mi manera -prometió Lucky-; lo haré.

Aquella noche, todos los demás ya estaban congregados en torno a la mesa del banquete cuando llegaron Lucky y Bigman. Por encima de las presentaciones y del murmullo de salutaciones que se levantó cuando entraron, hubo signos inequívocos de que la reunión no era totalmente afable.

El doctor Peverale se sentó a la cabecera de la mesa, con los finos labios apretados y las hundidas mejillas temblando, como el prototipo de la dignidad mantenida con dificultades. A su izquierda estaba la corpulenta figura de Urteil, repantigado cómodamente en su silla, y jugando delicadamente con la copa de agua.

Hacia la otra cabecera de la mesa estaba Scott Mindes, que parecía lamentablemente joven y cansado al mirar con colérica frustración a Urteil. Junto a él se hallaba el doctor Gardoma, vigilándole con ansiedad como si estuviera dispuesto a intervenir en caso de que Mindes perdiera los estribos.

Los asientos restantes, a excepción de los vacíos a la derecha del doctor Peverale, estaban ocupados por varios de los veteranos del Observatorio. Uno en particular, Hanley Cook, el segundo al mando en el Centro, inclinó su cuerpo alto y enjuto hacia delante y estrechó firmemente la mano de Lucky entre las suyas.

Lucky y Bigman se sentaron y las ensaladas fueron servidas. Urteil se apresuró a decir, con una voz ronca que efectivamente acalló todas las conversaciones: -Justo antes de que llegaran, nos estábamos preguntando si el joven Mindes no debería hablarles de las maravillas que para la Tierra supondría el éxito de sus experimentos.

-Nada de eso -replicó Mindes-; yo hablaré de lo que me plazca, si a usted no le importa.

-Oh, vamos, Scott -dijo Urteil, sonriendo abiertamente-, no sea tímido. Bueno, en este caso, yo mismo se lo diré.

La mano del doctor Gardoma se posó, como por casualidad, en el hombro de Mindes, y el joven ingeniero reprimió una exclamación de cólera y guardó silencio.

Urteil dijo:

-Le advierto, Starr, que esto valdrá la pena. Se trata...

Lucky le interrumpió:

-Sé algunas cosas acerca de los experimentos. Creo que el gran logro de un planeta con aire acondiciona es muy posible.

Urteil frunció el ceño.

-¿Qué me dice? Me alegro de que sea tan optimista. El pobre Scott ni siquiera puede llevar a cabo el trabajo experimental piloto. O, por lo menos, eso es lo que dice, ¿no es verdad, Scott?

Mindes hizo ademán de levantarse. Pero el doctor Gardoma volvió a dejar caer la mano sobre su hombro.

Los ojos de Bigman se pasearon de un interlocutor a otro, deteniéndose en Urteil con sombría repugnancia. No dijo nada.

La llegada del plato fuerte interrumpió momentáneamente la conversación, y el doctor Peverale trató por todos los medios de desviarla hacia cauces menos explosivos. Tuvo éxito durante un rato, pero después Urteil, con el último pedazo de ternera asada pinchado en el tenedor se inclinó hacia Lucky v dijo:

-¿Así que confía usted en el proyecto de Mindes?

-Creo que es razonable.

-Tiene que creerlo así, puesto que es miembro del Consejo de la Ciencia. Pero ¿y si le dijera que los experimentos que se realizan aquí son una farsa? ¿Que podrían llevarse a cabo en la Tierra por una centésima parte del coste si el Consejo estuviera ligeramente interesado por el dinero de los contribuyentes? ¿Qué me contestaría si le dijera tal cosa?

-Lo mismo que le contestaría si me dijera cualquier otra cosa -replicó Lucky serenamente-. Le contestaría, señor Urteil, que todas las probabilidades indican que está usted mintiendo. Tiene usted gran talento para hacerlo y, según creo, le gusta.

Instantáneamente, un gran silencio reinó entre los comensales, incluyendo a Urteil. Sus gruesas mejillas parecieron hundirse por la sorpresa y sus ojos se hincharon. Con súbita pasión, se inclinó justo por encima del sitio del doctor Peverale, levantándose del asiento y dejando caer fuertemente la palma de la mano derecha junto al plato de Lucky.

-Ningún lacayo del Consejo... -empezó con un rugido.

Librodot

Pero al mismo tiempo, Bigman también se movió. Nadie pudo ver los detalles de aquel movimiento, pues fue tan rápido como el de una serpiente al atacar, pero el rugido de Urteil finalizó en un grito de desaliento.

La mano de Urteil, que con tanta fuerza había caído sobre la mesa, tenía ahora el cincelado mango metálico de un cuchillo energético saliendo de ella.

El doctor Peverale apartó ruidosamente su silla, y todos los hombres presentes lanzaron un grito o una exclamación excepto el mismo Bigman. Incluso Lucky parecía desconcertado. La voz de tenor de Bigman se alzó por encima de las demás con acento satisfecho.

-Separa los dedos, tonel de petróleo. Sepáralos y después acomódate otra vez en tu silla.

Urteil se quedó mirando unos momentos a su pequeño verdugo sin comprender y después, muy lentamente, separó los dedos. En su mano no había ninguna herida, absolutamente ningún rasguño en la piel. El cuchillo energético siguió balanceándose en la dura superficie plástica de la mesa, con sólo unos milímetros de su luminiscente hoja energética (no tenía importancia, sólo era un fino campo de fuerza inmaterial) a la vista. El cuchillo había penetrado en la mesa, abriéndose paso limpia y certeramente entre los dedos índice y medio de la mano de Urteil.

Urteil apartó bruscamente la mano como si de pronto estuviera en llamas.

Bigman dio un grito de entusiasmo y dijo: -Y la próxima vez que adelante una mano en dirección a Lucky o a mí, maldita alimaña, se la corto de un tajo. ¿Qué contestaría si le dijera esto? Y diga lo que diga, dígalo con educación.

Cogió el cuchillo energético, desactivando la hoja al asir el mango, y lo devolvió a su disimulada funda del cinturón.

Lucky, con un ligero fruncimiento de cejas, dijo:

-No sabía que mi amigo estuviera armado. Estoy seguro de que lamenta haber interrumpido la comida, pero creo que el señor Urteil puede tomarse este incidente a pecho.

Alguien se echó a reír y apareció una sonrisa forzada en los labios de Mindes.

Urteil paseó su mirada encendida de una para otra. Dijo:

-No olvidaré este trato. Veo claramente que el senador está recibiendo muy poca cooperación, y tendré que darle cuenta de ello. Y mientras tanto, me quedaré aquí. -Se cruzó de brazos como si desafiara a cualquiera que quisiera hacerle marchar.

Poco a poco, la conversación se hizo general.

Lucky dijo al doctor Peverale:

-¿Sabe, señor, que su rostro me parece familiar?

-¿De verdad? -El astrónomo esbozó una sonrisa de circunstancias-. No creo que nos hayamos visto antes de ahora.

-Escuche, ¿ha estado alguna vez en Ceres?

-¿Ceres? -El anciano astrónomo miró a Lucky con cierta sorpresa. Evidentemente aún no se había recobrado del episodio del cuchillo

energético-. El mayor observatorio del sistema solar está en ese asteroide. Trabajé allí de joven, e incluso ahora lo visito con frecuencia.

-Entonces es posible que le viera allí.

Lucky no pudo dejar de pensar, mientras hablaba, en aquellos emocionantes días en que se dedicó a la caza del capitán Anton y sus piratas, que habían establecido su madriguera en los asteroides. Y particularmente en el día que las naves piratas atacaron el mismo corazón del territorio del Consejo, en la superficie, del propio Ceres, venciendo temporalmente gracias a la audacia de su empresa.

Pero el doctor Peverale le meneaba la cabeza con simpático buen humor.

-Me acordaría, señor, si hubiera tenido el placer de verle a usted allí. Estoy seguro de que no fue así.

-¡Qué lástima! -repuso Lucky.

-La mala suerte fue mía, se lo aseguro. Pero es que tuve una mala racha. A causa de una enfermedad intestinal, me perdí toda la agitación que resultó del ataque pirata. Me enteré por las conversaciones de las enfermeras.

El doctor Peverale paseó la mirada por la mesa, nuevamente de buen humor. El postre estaba siendo servido por el carrito mecánico.

-Caballeros, ha habido cierta discusión sobre el Proyecto Luz.

Hizo una pausa para sonreír bondadosamente, y prosiguió.

-No podemos decir que sea un tema agradable bajo las actuales circunstancias, pero he estado pensando mucho sobre los accidentes que han afectado a tantos de nosotros. Me parece que ha llegado el momento de confiarles mis reflexiones sobre la cuestión. Después de todo, el doctor Mindes está aquí. Hemos disfrutado de una buena comida. Y, finalmente, tengo algo interesante que decirles.

Urteil rompió un prolongado silencio para inquirir sombríamente:

-¿Usted, doctor Peverale?

El astrónomo repuso dulcemente:

-¿Por qué no? He tenido cosas interesantes que decir muchas veces en mi vida. Y les diré lo que he pensado. -Se revistió de una súbita gravedad-. Creo que sé toda la verdad, la verdad exacta. Sé quién es el responsable de la destrucción en conexión con el Proyecto Luz y sus motivos.

5. LA DIRECCIón DEL PELIGRO

El rostro bondadoso del anciano astrónomo parecía complacido al mirar alrededor de la mesa, posiblemente por haber obtenido de un modo tan absoluto la atención de todos. Lucky también miró alrededor de la mesa. Sorprendió las expresiones que recibieron la declaración del doctor Peverale. Había desprecio en las grandes facciones de Urteil, un ceño de asombro en el rostro del doctor Gardoma, y uno aún mayor en el de Mindes. Los demás expresaban diversas actitudes de curiosidad e interés.

Un hombre llamó particularmente la atención de Lucky. Era Hanley Cook, el segundo al mando del doctor Peverale. Contemplaba las yemas de sus dedos, y parecía inquieto. Cuando alzó la vista, su expresión había cambiado trocándose en una de prudente inexpresividad.

Sin embargo, Lucky pensó: «Tendré que hablar con él»

Y entonces volvió a centrar su atención en el doctor Peverale.

El doctor Peverale estaba diciendo: -Naturalmente, el saboteador no puede ser uno de nosotros. El doctor Mindes me dice que ha hecho investigaciones y que está seguro de ello. Incluso sin ninguna clase de investigación, yo estoy seguro de que ninguno de nosotros es capaz de tal acción criminal. No obstante, el saboteador debe ser inteligente, puesto que la destrucción es demasiado sistemática, demasiado exclusivamente dirigida contra el Proyecto Luz, para ser el resultado de la casualidad o de alguien no inteligente. Así pues...

Bigman interrumpió excitadamente: -Oiga, ¿quiere decir que hay vida en Mercurio? ¿Acaso los mercurianos son los responsables?

Se produjo una repentina algarabía de confusos comentarios y algunas risas, que hicieron sonrojar a Bigman.

-Bueno -dijo el pequeño marciano-, ¿no es eso lo que el doctor Peverale está diciendo?

-No exactamente -repuso el doctor Peverale con amabilidad.

-No hay vida de ninguna clase en Mercurio -dijo uno de los astrónomos con énfasis-. De esto sí que estamos seguros.

Lucky intervino

-¿Cómo pueden estar seguros? ¿Ha salido alguien a inspeccionar?

El astrónomo que había hablado pareció desconcertado. Dijo:

-Ha habido partidas de exploradores; naturalmente.

Lucky sonrió. En Marte había conocido a seres inteligentes de los que nadie sospechaba su existencia. En Venus había descubierto seres semi-inteligentes a los que nadie había visto jamás. Él, por su parte, no estaba dispuesto a admitir que algún planeta carecía de vida, e incluso inteligencia.

Dijo:

-¿Cuántas partidas de exploradores? ¿Hasta qué grado de minuciosidad llegó cada una de las exploraciones? ¿Se ha buscado metro por metro cuadrado?

El astrónomo no contestó. Desvió la mirada, alzando las cejas como si dijera: «¿para qué?» Bigman sonrió, y su rostro se transformó en una caricatura de gnómico buen humor. El doctor Peverale dijo:

-Mi querido Starr, las exploraciones no han descubierto nada. Aunque no garantizamos que la posibilidad de vida en Mercurio esté

completamente excluida, la probabilidad de su existencia es muy escasa. Debemos suponer que la única vida inteligente de la Galaxia es la raza humana. Por lo menos, es la única que conocemos.

Acordándose de los seres inteligentes marcianos, Lucky no podía estar de acuerdo con esta teoría, pero guardó silencio y dejó que el anciano prosiguiera.

Fue Urteil, que había ido recobrando poco a poco la serenidad, el que intervino.

-¿Qué pretende dar a entender? -preguntó, con el acento característico de un hombre que no puede resistir el añadir: «¿si es que pretende algo?»

El doctor Peverale no contestó directamente a Urteil. Miró, a un rostro tras otro, no haciendo caso deliberadamente del investigador del Congreso. Dijo:

-La cuestión es que hay humanos en otros lugares que no son de la Tierra. Hay humanos en muchos sistemas estelares. -Un extraño cambio se produjo en la cara del astrónomo. Se contrajo, palideció, y sus fosas nasales se hincharon como si se encontrara súbitamente dominado por la cólera-. Por ejemplo, hay humanos en los planetas de Sirio. ¿Y si ellos son los saboteadores?

-¿Por qué iban a serlo? -preguntó rápidamente Lucky.

-¿Por qué no? Ya han llevado a cabo otras agresiones contra la Tierra antes de ahora.

Esto era cierto. El propio Lucky Starr habla contribuido, no hacía mucho tiempo, a repeler una flotilla de invasión siriana que había aterrizado en Ganímedes, pero en aquel caso abandonaron el sistema solar sin llegar a una confrontación armada. No obstante, por el contrario, muchos terrícolas tenían la costumbre de culpar a los sirianos de cualquier cosa que fuera mal.

El doctor Peverale decía con energía:

-Yo he estado allí. He estado en Sirio hace sólo cinco meses. Tuve que pasar por interminables trámites burocráticos porque Sirio no ve con buenos ojos ni a los inmigrantes ni a los turistas, pero se trataba de una convención astronómica interestelar, y logré obtener un visado. Estaba decidido a verlo por mí mismo, y debo decir que no me decepcionó.

»Los planetas de Sirio están escasamente poblados y extremadamente descentralizados. Viven en unidades aisladas de familias individuales, cada una de ellas con su propia fuente de energía y servicios. Cada una tiene su grupo de esclavos mecánicos -no hay otra palabra posible-, esclavos en forma de robots positrónicos, que hacen el trabajo. Los humanos de Sirio se mantienen como una aristocracia luchadora. Cada uno de ellos tiene un crucero espacial. No descansarán hasta que destruyan la Tierra.

Bigman se removió agitadamente en su asiento.

-Arenas de Marte, que lo intenten. Que lo intenten, es todo lo que tengo que decir.

-Lo harán cuando estén preparados -dijo el doctor Peverale- y, a menos que salgamos al paso del peligro, nos vencerán. ¿Qué tenemos para oponerles? Una población de miles de millones, es cierto, pero ¿cuántos de ellos pueden salir al espacio? Nosotros somos seis mil millones de

Librodot

conejos y ellos, un millón de lobos. La Tierra está indefensa y cada año lo está más. Nos alimentamos con grano de Marte y levadura de Venus. Obtenemos nuestros minerales de los asteroides, y los extraíamos también de Mercurio, cuando las minas trabajaban.

»Pues bien, Starr, si el Proyecto Luz tiene éxito, la Tierra dependerá de las estaciones espaciales por la forma en que reciba cada rayo de sol. ¿No comprende que esto nos haría muy vulnerables? Una incursión por parte de los sirianos, atacando los puestos de avanzada del sistema, podría causar el pánico y la muerte por inanición en la Tierra sin necesidad de luchar directamente con nosotros.

»¿Y podemos desquitarnos de algún modo? No importa cuántos de ellos matemos, los restantes sirianos siempre son autónomos y autosuficientes. Cualquiera de ellos podría continuar la guerra.

El anciano estaba casi sin aliento. Era imposible dudar de su sinceridad. Parecía que estuviera librándose de algo que llevase cavado en su interior.

La mirada de Lucky se desvió nuevamente hacia el segundo del doctor Peverale, Hanley Cook. El hombre tenía la frente apoyada en los prominentes nudillos de una de sus grandes manos. Su rostro estaba congestionado, pero a Lucky no le pareció que se debiera a la ira o a la indignación. Más bien parecía desconcierto.

Scott Mindes preguntó escépticamente. -¿Qué interés podrían tener, doctor Peverale? Si están tan bien en Sirio, ¿por qué iban a venir a la Tierra? ¿Qué obtendrían de nosotros? Aun suponiendo que conquistaran la Tierra, sólo lograrían tener que mantenernos...

-¡Tonterías! -exclamó el astrónomo-. ¿Por qué iban a hacerlo? Querrían las riquezas de la Tierra, no la población de la Tierra. Métase esto en la cabeza. Nos dejarían morir de hambre. Sería parte de su política.

-Oh, vamos -dijo Gardoma-. Esto es increíble.

-De la crueldad todo puede esperarse -dijo el doctor Peverale-, igual que de la política. Nos desprecian. Nos consideran como animales. Los sirianos son tremendamente racistas. Desde que los terrícolas colonizaron Sirio, han estado apareándose cuidadosamente hasta estar libres de enfermedades y diversas características que consideran indeseables.

»Tienen un aspecto uniforme, mientras que los terrícolas son de todas las formas, tamaños, colores, y variedades. Los sirianos nos consideran inferiores. Esta es la razón de que no nos permitan emigrar a Sirio. No me dejaron asistir a la convención hasta que el gobierno puso en juego todas sus influencias. Los astrónomos de los otros sistemas fueron todos bien recibidos excepto los procedentes de la Tierra.

»Y, de todos modos, la vida humana, cualquier clase de vida humana, no significa demasiado para ellos. Su civilización está centrada en las máquinas. Para ellos tiene más importancia un robot siriano que un hombre siriano. Consideran que un robot vale tanto como cien hombres de la Tierra. Miman a esos robots. Los quieren. Nada es demasiado bueno para ellos.

Lucky murmuró:

-Los robots son caros. Hay que tratarlos con mucho cuidado.

-Quizá sí -dijo el doctor Peverale-, pero los hombres que se acostumbran a preocuparse por las necesidades de unas máquinas, se vuelven insensibles respecto a las necesidades de los hombres.

Lucky Starr se inclinó hacia delante, con los codos en la mesa, una mirada de gravedad en sus ojos oscuros y las suaves líneas verticales de su rostro apuesto y juvenil contraídas en una expresión de seriedad. Dijo:

-Doctor Peverale, si los sirianos son racistas y se están apareando para alcanzar una uniformidad, acabarán por destruirse a sí mismos. Es la variedad de la raza humana lo que conlleva el progreso. Es la Tierra y no Sirio lo que constituye la vanguardia de la investigación científica. Los terrícolas se asentaron en Sirio en primer lugar, y somos nosotros, no nuestros primos sirianos, los que avanzamos todos los años en nuevas direcciones. Incluso los robots positrónicos que usted ha mencionado fueron inventados y desarrollados en la Tierra por terrícolas.

-Sí -repuso el astrónomo-, pero los terrícolas no hacen uso del robot. Trastornaría nuestra economía, y colocamos la comodidad y la seguridad de hoy por encima de la seguridad de mañana. Empleamos nuestros adelantos científicos para hacernos más débiles. Sirio emplea los suyos para hacerse más fuerte. Esta es la diferencia y éste es el peligro.

El doctor Peverale se retrepó en la silla, con aspecto sombrío. El carrito mecánico quitó la mesa.

Lucky lo señaló.

-Si usted quiere, eso es una especie de robot -dijo.

El carrito mecánico siguió haciendo lentamente su tarea. Era una cosa de superficie plana que se movía suavemente sobre un campo diamagnético, de modo que su base ligeramente curvada nunca tocaba el suelo. Sus flexibles tentáculos sacaban los platos con cuidadosa delicadeza, colocando algunos en su superficie superior, y otros dentro de un armario que había en uno de sus costados.

-Esto es un simple autómata -replicó el doctor Peverale-. No tiene un cerebro positrónico. No puede adaptarse a ningún cambio en su labor.

-Bueno -repuso Lucky-, ¿está usted diciendo que los sirianos se proponen sabotear el Proyecto Luz?

-Sí. Exactamente.

-¿Por qué iban a hacerlo?

El doctor Peverale se encogió de hombros. -Quizá esto forme parte de un plan más amplio. No sé qué problemas hay en otros lugares del sistema solar. Estos pueden ser los primeros experimentos que conduzcan a la invasión y conquista definitivas. El Proyecto Luz en sí mismo no significa nada, el peligro siriano lo es todo. Ojalá pudiera convencer de ello al Consejo de la Ciencia, al gobierno, y a la gente.

Hanley Cook tosió, y después habló por vez primera.

-Los sirianos son humanos igual que todos nosotros. Si están en el planeta, ¿dónde se encuentran?

El doctor Peverale repuso fríamente: -Esto debe averiguarlo una expedición exploradora. Una expedición bien preparada y bien equipada.

-Espere un momento -dijo Mindes, con los ojos brillantes de emoción-. Yo he estado en el lado expuesto al Sol, y juraría que...

-Una expedición bien preparada y bien equipada -repitió firmemente el anciano astrónomo-. Su vuelo individual no significa nada, Mindes.

El ingeniero tartamudeó unos instantes y se encerró en un turbado silencio.

Lucky dijo súbitamente:

-Parece muy afectado por todo lo que aquí se ha dicho, Urteil. ¿Cuál es su opinión acerca de la teoría del doctor Peverale?

El investigador alzó los ojos y los clavó en Lucky durante un largo minuto con odio olvidado, desafío. Era evidente que no había olvidado, ni olvidaría, el enfrentamiento ocurrido poco antes en la mesa.

Dijo:

-Me reservo mi opinión. Pero quiero decirles una cosa, no voy a dejarme engañar por nada de lo que suceda aquí esta noche.

Cerró de golpe la boca y Lucky, tras aguardar unos momentos para dar lugar a otros comentarios, se volvió a Peverale y dijo:

-Me pregunto si realmente necesitamos una expedición completa, señor. Si suponemos que los sirianos están en Mercurio, ¿no podemos deducir dónde se hallan?

-Adelante, Lucky -exclamó Bigman inmediatamente, Muéstrales cómo.

El doctor Peverale inquirió: -¿Cómo piensa hacerlo?

-Bueno, ¿qué sería lo mejor para los sirianos? Si han estado saboteando el Proyecto Luz a intervalos frecuentes desde hace meses, lo más conveniente para ellos sería tener una base cerca del proyecto. Pero, al mismo tiempo la base no debería ser fácilmente detectable. Sea como fuere, deben haber tenido éxito en el segundo requerimiento. Ahora bien, ¿dónde podría estar esta base cercana, pero secreta?

»Dividamos a Mercurio en dos partes, parte iluminada y parte oscura. Yo creo que estarían locos si establecieran una base en la parte iluminada. Demasiado calor, demasiada radiación, demasiado inhóspita.

Cook gruñó:

-No más inhóspita que la parte oscura.

-No, no -se apresuró a contestar Lucky-, en esto se equivoca. La parte expuesta al Sol presenta un medio ambiente muy insólito. Los humanos no están acostumbrados a él en absoluto. El lado oscuro constituye algo muy conocido. No es más que un terreno expuesto al espacio, y las condiciones del espacio son muy conocidas. El lado oscuro es frío, pero no más frío que el espacio. Es oscuro y carece de brisa, pero no es más oscuro que cualquier porción del espacio que no reciba directamente la luz del Sol e indudablemente no más falto de aire. Los hombres han aprendido a vivir cómodamente en el espacio, y pueden vivir en el lado oscuro.

-Continúe -dijo el doctor Peverale, cuyos cansados ojos brillaban de interés-. Continúe, señor Starr.

-Pero establecer una base que sirva durante un período de varios meses no es algo fácil. Han de tener una o más naves para regresar algún día a Sirio. O, en el caso de que deba recogerlos alguna nave del exterior, han de tener amplias reservas de comida y agua, así como una fuente de energía. Todo esto requiere espacio y, sin embargo, tienen que asegurarse de que no serán descubiertos. Sólo existe un lugar donde puedan estar.

-¿Dónde, Lucky? -preguntó Bigman, a punto de empezar a saltar de impaciencia. Él, por lo menos, no abrigaba ninguna duda respecto a la veracidad de lo que Lucky dijera-. ¿Dónde?

-Bueno -repuso Lucky-, cuando acababa de llegar, el doctor Mindes eme habló de unas minas que no se explotaban. Hace sólo unos momentos, el doctor Peverale se ha referido a unas minas que en otro tiempo estuvieron en funcionamiento. De todo lo cual deduzco que debe de haber algunos pozos mineros y corredores vacíos en el planeta, y han de estar aquí o en el Polo Sur, ya que las regiones polares son los únicos sitios donde las temperaturas extremas no son demasiado grandes. ¿Me equivoco?

Cook titubeó.

-Sí, es cierto que hay minas. Antes de que se estableciera el Observatorio, este lugar era el centro minero.

-Así que estamos aposentados en la parte superior de un gran agujero vacío de Mercurio. Si los sirianos ocultan una gran base, ¿en qué otro sitio iba a estar? Allí está la dirección del peligro.

Un murmullo de comentarios se elevó alrededor de la mesa, pero fue cortado bruscamente por los tonos guturales de Urteil.

-Todo esto está muy bien -dijo-, pero ¿adónde nos lleva? ¿Qué piensa hacer al respecto?

-Bigman y yo -dijo Lucky- tenemos la intención de entrar en las minas tan pronto como nos hayamos preparado. Si allí hay algo, lo encontraremos.

6. PREPARATIVOS

El doctor Gardoma dijo vivamente: -¿Pretenden ir solos?

-¿Por qué no? -intervino Urteil-. Las heroicidades son baratas. Claro que irán solos. Allí no hay nada ni nadie, y ellos lo saben.

-¿Le gustaría acompañarnos? -preguntó Bigman-. Si deja su lengua larga quizá entre dentro de un traje.

-Usted no llenaría uno ni siquiera con la suya -replicó Urteil.

El doctor Gardoma volvió a decir: -No hay necesidad de ir solos si...

-Una investigación preliminar -dijo Lucky- no estará de más. De hecho, Urteil puede tener razón. Es posible que allí no haya nadie. En el peor de los casos, nos mantendremos en contacto con el Centro, y espero que podamos arreglárnoslas con cualquier siriano que nos encontremos. Bigman y yo estamos acostumbrados a las dificultades.

-Aparte de lo cual -añadió Bigman, contrayendo su rostro gnómico en una sonrisa-, a Lucky y a mí nos gustan las dificultades.

Lucky sonrió y se puso en pie. -Si quieren disculparnos...

Urteil se levantó de un salto, dio media vuelta, y se alejó rápidamente. Lucky le siguió con mirada pensativa.

Lucky detuvo a Hanley Cook cuando éste pasaba junto a él. Le tocó ligeramente el codo. Cook alzó la vista, mostrando su expresión inquieta.

-Sí. ¿Qué desea, señor?

Lucky dijo serenamente:

-¿Puede venir a nuestra habitación, lo antes posible?

-Estaré allí dentro de quince minutos. ¿Le va bien?

-Estupendamente.

Cook no se retrasó demasiado. Entró silenciosamente en la habitación, con la misma cara de preocupación que parecía serle característica. Era un hombre aborde de los cincuenta, con un rostro angular y escaso cabello castaño que empezaba a poblarse de hebras plateadas. Lucky dijo:

-Me he olvidado de decirle dónde estaba nuestra habitación. Lo siento.

Cook pareció sorprendido.

-Ya sabía dónde estaban alojados.

-¡Ah, bueno! Gracias por acceder a nuestra petición.

-Oh. -Cook hizo una pausa. Después, dijo apresuradamente-: Encantado, encantado.

Lucky dijo:

-Se trata de los trajes aislantes que hay en esta habitación; los que se utilizan en el lado iluminado.

-¿Los trajes aislantes? No habremos olvidado la película de instrucciones, ¿verdad?

-No, no. Ya la he proyectado. Es algo muy distinto.

Cook preguntó: -¿Algo malo?

-¿Algo malo? -exclamó Bigman-. Mírelo usted mismo. -Alzó los brazos a fin de mostrar los cortes.

El rostro de Cook permaneció inexpresivo, después se ruborizó lentamente y acabó por adquirir una expresión de horror.

-No comprendo..., es imposible... ¡Aquí en el Centro!.

Lucky dijo:

-Lo que ahora importa es reemplazarlo.

-Pero ¿quién puede haber hecho tal cosa? Tenemos que averiguarlo.

-No vale la pena molestar al doctor Peverale.

Y Cook se apresuró a decir como si no hubiera pensado en ello con anterioridad: -No, no.

-Ya averiguaremos los detalles en el momento oportuno. Mientras tanto querría que lo reemplazaran.

-Desde luego. Me ocuparé enseguida de ello. No me extraña que quisiera verme. Gran Espacio... -Se puso en pie como si fuera incapaz de seguir hablando e hizo ademán de marcharse.

Pero Lucky le detuvo.

-Espere, esto es sólo una cosa insignificante. Tenemos otras cosas de qué hablar. Por cierto, antes de que me olvide..., me ha parecido que no estaba de acuerdo con la opinión del doctor Peverale sobre los sirianos.

Cook frunció el ceño.

-Preferiría no hablar de eso.

-Le he estado observando mientras él exponía su punto de vista. Creo que no está usted de acuerdo con él.

Cook volvió a sentarse. Sus huesudos dedos se enlazaron en un fuerte apretón y dijo: -Es ya muy viejo. Está obsesionado con los sirianos desde hace años. Es una verdadera psicosis. Los ve hasta debajo de su cama. Les echa la culpa de todo. Si nuestras placas están sobreexpuestas, ellos tienen la culpa. Desde que ha vuelto de Sirio está peor que nunca, por lo que, según él, tuvo que pasar.

-¿Y qué tuvo que pasar?

-Ninguna cosa horrible, me imagino. Pero le pusieron en cuarentena. Le asignaron un edificio aparte. A veces eran demasiado educados. Otras veces eran demasiado bruscos. No había forma de contentarle, me imagino. Después le asignaron un robot positrónico para que se encargara de su servicio personal.

-¿Tampoco eso le gustó?

-Dice que lo hicieron para no tener que acercarse a él. Lo que yo creo es que se lo tomaba todo como un insulto.

-¿Estaba usted con él?

Cook meneó la cabeza.

-Sirio no hubiera aceptado a más de un representante, y él es mi superior. Tendría que haber ido yo. Él es demasiado viejo, realmente... demasiado viejo.

Cook hablaba con una especie de ensimismamiento. De pronto, levantó los ojos. -Por cierto, todo esto es confidencial.

-Completamente -le aseguró Lucky.

-¿Y su amigo? -preguntó Cook con inseguridad-. Es decir, no dudo de su sentido del honor, pero es un poco, uh, impulsivo.

-Oiga -dijo Bigman, poniéndose en tensión.

La mano de Lucky se posó cariñosamente sobre la cabeza del pequeño marciano y le revolvió el cabello.

-Es verdad que es un poco impulsivo -dijo-, tal como ha visto usted en la mesa. No siempre puedo detenerle a tiempo y a veces, cuando está

Librodot

irritado, usa la lengua y los puños en vez de la cabeza. Es algo que nunca puedo evitar. Sin embargo, cuando le pido que guarde silencio acerca de algo concreto él guarda silencio, y no hay nada más de qué hablar.

-Gracias -dijo Cook.

Lucky prosiguió

-Para volver a mi primera pregunta: ¿Está de acuerdo con el doctor Peverale respecto a los sirianos en este caso particular?

-No. ¿Cómo iban a haberse enterado del Proyecto Luz, y para qué les interesaría? No creo que vayan a enviar naves y hombres, arriesgándose a tener problemas con el sistema solar, sólo para romper unos cuantos cables. Claro que, debo decirle que el doctor Peverale se siente herido desde hace tiempo...

-¿En qué forma?

-Bueno, Mindes y su grupo se establecieron aquí mientras él estaba en Sirio. Al volver los encontró aquí. Ya sabía que vendrían algún día, porque hace años que está planeado así. Sin embargo, para él fue un choque muy grande volver y encontrarlos aquí.

-¿Ha intentado librarse de Mindes?

-Oh, no, nada de eso. Ha sido muy amable con él. Es sólo que todo esto le hace pensar que algún día, quizá muy pronto, será reemplazado y supongo que no quiere imaginárselo siquiera. Así que para él representa una gran satisfacción iniciar un paran ataque contra los sirianos. Es su punto débil, ¿comprende?

Lucky asintió, y después dijo:

-Óigame, ¿ha estado alguna vez en Ceres?

Cook pareció sorprendido ante el cambio de tema, pero repuso:

-Ocasionalmente. ¿Por qué?

-¿Con el doctor Peverale? ¿Solo?

-Normalmente, con él. Va con más frecuencia que yo.

Lucky esbozó una sonrisa.

-¿Estaba usted allí cuando los piratas atacaron Ceres el año pasado?

Cook también sonrió.

-No, pero el viejo sí. Hemos oído la historia más de una vez. Se puso furioso. No está prácticamente nunca enfermo, y aquella vez se encontraba fuera de combate. Se lo perdió todo.

Lucky dijo sonriendo:

-Bueno, es la vida... Y ahora, creo que lo mejor será ocuparnos de lo más importante. No querría molestar al doctor Peverale. Como usted mismo ha dicho, es ya muy viejo. Usted es su segundo y mucho más joven...

-Sí, naturalmente. ¿Qué desea?

-Se trata de las minas. Me imagino que en alguna parte del Centro debe haber mapas, gráficas, archivos, algo que nos informe sobre a disposición de los principales pozos y galerías. Evidentemente, no podemos buscarlos al azar.

-Estoy seguro de que algo hay -convino Cook.

-¿Puede usted conseguirlos y, si no es demasiado pedir, estudiarlos con nosotros?

-Sí, naturalmente.

-Que usted sepa, doctor Cook, las minas están en buenas condiciones, ¿verdad? Quiero decir, ¿no hay peligro de derrumbamiento o algo así?

-Oh, no, estoy seguro de que no. Nosotros estamos situados justo encima de algunos pozos, y tuvimos que recurrir a la ingeniería cuando levantamos el Observatorio. Los pozos están bien reforzados y son absolutamente seguros, en particular con la gravedad de Mercurio.

-¿Y puede usted decirme -preguntó Bigman- por qué se clausuraron las minas, si estaban en tan buenas condiciones?

-Una buena pregunta -dijo Cook, y una pequeña sonrisa alteró su expresión de constante melancolía-. ¿Qué quiere: la explicación verdadera o la interesante?

-Las dos -dijo Bigman sin vacilar.

Cook, tras ofrecer sendos cigarrillos que fueron rechazados, golpeó el suyo contra la palma de la mano y lo encendió con aspecto abstraído.

-La verdad es ésta: Mercurio es muy denso, y esperábamos que constituyera una rica fuente de metales pesados: plomo, plata, mercurio y platino. Resultó serlo, quizá no tan rica como habíamos supuesto, pero sí bastante. Desgraciadamente, no fue rentable. El mantenimiento de las minas y el transporte del mineral a la Tierra e incluso a la Luna para su proceso encareció demasiado los precios.

»En cuanto a la explicación interesante, es una cuestión totalmente distinta. Cuando se estableció el Observatorio hace cincuenta años, las minas ya constituían un verdadero problema, a pesar de que algunos de los pozos estaban ya cerrados. Los primeros astrónomos: se enteraron de algunas historias por medio de los mineros y las comunicaron a los recién llegados. Forman parte de la leyenda mercuriana.

-¿Qué historias? -inquirió Bigman.

-Parece ser que algunos mineros fallecieron en los pozos. .

-¡Arenas de Marte! -exclamó Bigman con irritación-. Esto es algo que ocurre en todas partes. ¿Acaso cree que viviremos eternamente?

-Murieron helados.

-¿Cómo?

-Fue una congelación misteriosa. En aquellos días, los pozos estaban bastante bien acondicionados y sus unidades caloríficas funcionaban normalmente. Al pasar de boca en boca, las historias fueron exagerándose, y llegó un momento en que los mineros no querían bajar a los pozos principales sin ir en grupo, se negaban a bajar a los pozos secundarios, y las minas tuvieron que clausurarse.

Lucky asintió. Dijo:

-¿Nos conseguirá los planos de las minas?

-Enseguida. También me ocuparé de cambiarle el traje aislante.

Se llevaron a cabo los preparativos como si de una gran expedición se tratara. Se obtuvo y probó un nuevo traje aislante, para reemplazar al que había sido cortado. Al fin y al cabo, en el lado oscuro sólo se necesitaban trajes espaciales normales.

Se encontraron y estudiaron los mapas. Junto con Cook, Lucky esbozó una posible ruta de expedición, siguiendo los pozos principales.

Lucky dejó que Bigman se encargara de empaquetar las unidades adjuntas con comida homogeneizada y agua (que podía tragarse incluso estando dentro del traje), comprobara la carga de las unidades energéticas y la presión de los tanques de oxígeno, e inspeccionara el funcionamiento de la unidad de eliminación y el reciclador de humedad.

Por su parte, él hizo un pequeño viaje a su nave, la Shooting Starr. Hizo el viaje por la superficie, llevando un paquete, de cuyo contenido no habló con Bigman. Regresó sin él pero llevando dos pequeños objetos que parecían gruesas hebillas de cinturón, ligeramente curvadas, de acero opaco, y un rectángulo de color rojo vidrioso en el centro.

-¿Qué es eso? -preguntó Bigman.

-Micro ergómetros experimentales -repuso Lucky-. Ya sabes, como los ergómetros de la nave, a excepción de que ésos están atornillados al suelo.

-¿Qué pueden detectar esas cosas?

-Nada a un par de cientos de miles de kilómetros, igual que el ergómetro de una nave, pero puede detectar energía atómica a más de quince kilómetros. Mira, Bigman, se activa por aquí. ¿Lo ves?

Lucky ejerció presión con la uña del pulgar sobre una pequeña ranura a un lado del mecanismo. Una astilla de metal entró en ella, salió, e instantáneamente el fragmento rojo de la superficie se iluminó. Lucky giró el minúsculo ergómetro en una y otra dirección. En una posición específica, el fragmento rojo brilló con la energía de una nova.

-Probablemente -dijo Lucky- ésta sea la dirección de la planta de energía del Centro. Ahora ajustaremos el mecanismo en el cero. Es un poco delicado.

Ajustó laboriosamente dos pequeños controles tan escondidos que eran casi invisibles y sonrió mientras lo hacía, con el simpático rostro iluminado de placer.

-¿Sabes, Bigman? No hay vez que visite a tío Héctor y no me cargue con los últimos aparatos del Consejo. Dice que, con los peligros que tú y yo corremos continuamente (ya sabes cómo habla), los necesitamos. Sin embargo, a veces creo que sólo quiere utilizarnos como probadores de sus instrumentos. No obstante, éste puede ser útil.

-¿Para qué, Lucky?

-Para una cosa, Bigman; si hay sirianos en las minas, tendrán una pequeña central de energía atómica. Han de tenerla. Necesitan energía para calefacción, para electrolizar el agua, y cosas por el estilo. Este ergómetro la detectará a cierta distancia. Y para otra cosa...

Guardó silencio, y los labios de Bigman se contrajeron de disgusto. Sabía lo que ese silencio significaba. Lucky tenía ciertas ideas que, según diría más tarde, eran demasiado vagas para comentar.

-¿Es para mí uno de los ergómetros? -preguntó.

-Por supuesto -dijo Lucky, tirándole uno de los ergómetros que Bigman atrapó en el aire.

Hanley Cook estaba aguardándoles cuando salieron de su habitación, con los trajes puestos v los cascos debajo del brazo,

Dijo:

-He pensado conducirles hasta la entrada más cercana a los pozos.

-Gracias -repuso Lucky.

Era la fase final del período de reposo establecido en el Centro. Los seres humanos siempre fijaban una alternativa de sueño y trabajo similar a la terrestre, incluso donde no había días ni noches para guiarles. Lucky había escogido esta hora a propósito, ya que no quería entrar en las minas a la cabeza de una procesión de curiosos. En esto, el doctor Peverale había cooperado.

Los pasillos del Centro estaban vacíos. Las luces se hallaban amortiguadas. Y mientras andaban, un pesado silencio pareció envolverlos mientras el ruido de sus pasos sonaba aún más fuerte.

Cook se detuvo.

-Esta es la Entrada Dos.

Lucky respondió:

-Muy bien. Espero que volvamos a vernos pronto.

-Eso espero yo también.

Cook abrió la puerta con su gravedad habitual, mientras Lucky y Bigman se ponían los cascos, introduciéndolos firmemente a lo largo de las junturas paramagnéticas. Lucky aspiró la primera bocanada de aire envasado casi con placer, tan acostumbrado estaba a él.

Lucky entró primero, seguido por Bigman, en la esclusa de aire. La puerta se cerró tras ellos.

Lucky dijo: -¿Listo, Bigman?

-Por supuesto, Lucky.

Sus palabras resonaron en el receptor radiofónico de Lucky, y su pequeña figura no fue más que una sombra en la extrema penumbra de la esclusa. Entonces se abrió la pared opuesta. Sintieron el chorro de aire que se disolvía en el vacío, y volvieron a pasar a través de la abertura.

Con un simple toque a los controles exteriores, la pared se cerró nuevamente tras ellos. Esta vez, la luz desapareció totalmente.

Rodeados por la más completa oscuridad, se encontraron en el interior de las vacías y silenciosas minas de Mercurio.

7. LAS MINAS DE MERCURIO

Encendieron las luces de sus trajes y la oscuridad disminuyó a lo largo de un reducido espacio. Iluminaron un túnel que se extendía ante ellos, aunque el final quedó sumido en la oscuridad. El haz de luz tenía el habitual filo vivo inevitable en el vacío. Todo lo que se hallaba fuera del campo directo de la luz permanecía completamente negro.

El hombre alto procedente de la Tierra y su bajo compañero procedente de Marte se enfrentaron con esa oscuridad y siguieron adentrándose en las entrañas de Mercurio.

Al resplandor, de las luces de sus trajes, Bigman examinó curiosamente el túnel, que se parecía a los que había visto en la Luna. Era suavemente redondeado por el uso de lanzarrayos y procedimientos desintegradores y se extendía en línea recta y continua. Las paredes eran curvas y acababan en un techo rocoso. El corte transversal oval, ligeramente achatado arriba y muy achatado abajo, contribuía a una mayor fuerza estructural.

Bigman podía oír sus propios pasos a través del aire de su traje. Percibía los pasos de Lucky como una pequeña vibración a lo largo de la roca. No era un verdadero sonido, pero para una persona que había pasado tanta parte de su vida en el vacío y el casi vacío como Bigman resultaba casi significativo. «Oía» la vibración de toda materia sólida tal como cualquier terrícola oye la vibración de aire que se denomina «sonido»

Periódicamente veían columnas de roca que no habían sido demolidas y servían de contrafuertes para las capas de roca entre el túnel y la superficie. Esto se hacía también en las minas de la Luna, aunque aquí los contrafuertes eran más gruesos y numerosos, lo cual resultaba lógico, ya que la gravedad de Mercurio, con todo y ser baja, era dos veces y media superior a la de la Luna.

Otros túneles partían del pozo que estaban siguiendo. Lucky, que parecía no tener prisa, se detenía en cada una de las aberturas para consultar el mapa que llevaba.

Para Bigman, el aspecto más melancólico de las minas eran los vestigios de la anterior ocupación humana: los enchufes donde en otro tiempo debieron conectarse las ilumino-placas para mantener los corredores iluminados con la luz del día, las débiles marcas donde en otro tiempo los relevadores paramagnéticos debieron suplir la tracción de las vagonetas de mineral, ocasionales receptáculos laterales donde debieron existir habitaciones o laboratorios, donde los mineros debían hacer una pausa para comer en cocinas de campaña o donde se analizaban las muestras de mineral.

Ahora todo estaba desmantelado, todo demolido, y no quedaba más que la roca desnuda.

Pero Bigman no era hombre que se preocupara largo rato por tales cuestiones. Al contrario, empezó a inquietarse por la falta de acción. No había ido hasta allí para dar un paseo.

Dijo:

-Lucky, el ergómetro no señala nada.

-Lo sé, Bigman. Desconecta.

Librodot

Lo dijo tranquilamente, sin ningún énfasis especial, pero Bigman sabía lo que significaba. Giró el mando de su radio hasta la muesca particular que activaba un campo para la onda transmisora y desmodulaba el mensaje. No era un equipo de reglamento que tuvieran los trajes espaciales, pero constituía una rutina para Lucky y para Bigman. Éste había añadido el desmodulador a los mandos de la radio al preparar los trajes casi sin darse cuenta de lo que hacía.

El corazón de Bigman empezó a latir un poco más de prisa. Cuando Lucky solicitaba una emisión desmodulada entre ellos dos, el peligro estaba cerca. Más cerca, en cualquier caso. Dijo:

-¿Qué pasa, Lucky?

-Ya es hora de hablar. -La voz de Lucky tenía un ligero sonido remoto, como si procediera indeterminadamente de todas direcciones. Esto era debido a la inevitable falta de perfección de la parte del desmodulador receptor, que siempre dejaba una pequeña fracción de «ruido»

Lucky dijo:

-Según el mapa, éste es el túnel 7a. Conduce a uno de los pozos verticales que llevan a la superficie por un camino bastante fácil. Voy a seguirlo.

Bigman preguntó, estupefacto: -¿Qué dices? ¿Por qué, Lucky?

-Porque quiero llegar a la superficie y... -Lucky se echó a reír alegremente-. ¿Por qué iba a ser?

-¿Qué pretendes?

-Ir por la superficie hasta el hangar donde está el Shooting Starr. Cuando fui a la nave la última vez, llevé el nuevo traje aislante conmigo.

Bigman pasó esto por alto y preguntó lentamente.

-¿Significa eso que piensas ir al lado solar?

-Exacto. Me dirigiré hacia el gran Sol. Por lo menos, no puedo perderme, puesto que sólo necesito seguir el resplandor de la corona en el horizonte. Esto lo simplifica todo.

-¡No me vengas con eso, Lucky! Pensaba que era en las minas donde se escondían los sirianos. ¿Acaso no lo probaste en el banquete?

-No, Bigman, no lo probé. No hice más que simularlo.

-Entonces, ¿por qué no me lo dijiste?

-Porque ya lo hemos discutido otras veces y no quiero seguir haciéndolo. No puedo arriesgarme a que pierdas los estribos en el momento más inoportuno. Si te hubiera dicho que bajar hasta aquí no era más que parte de un plan más profundo y si, por cualquier razón, Cook te hubiera hecho enfadar, podrías habérselo dicho.

-No lo hubiera hecho, Lucky. Lo que pasa es que no te gusta explicar las cosas hasta el último momento.

-También es verdad -admitió Lucky-. De todos modos, la situación es ésta. Quería que todo el mundo creyera que íbamos a bajar a las minas. Quería que todo el mundo creyera que no teníamos ni la más remota intención de dirigirnos al lado solar. El modo más seguro de lograrlo era hacer que nadie, pero nadie, ni siquiera tú, pensara de otro modo.

-¿Puedes decirme por qué, Lucky? ¿O también eso es un secreto?

Librodot

-Puedo decirte una cosa. Sospecho que alguien del Centro está detrás del sabotaje. No creo en la teoría siriana.

La decepción de Bigman fue enorme. -¿Quieres decir que en las minas no hay nada?

-Es posible que me equivoque, pero estoy de acuerdo con el doctor Cook. Es demasiado improbable que Sirio realizara todos los esfuerzos necesarios para establecer una base secreta en Mercurio con la única finalidad de hacer un poco de sabotaje. Sería mucho más probable que, si querían hacer tal cosa, sobornaran a un terrícola para hacerlo. Al fin y al cabo, ¿quién rasgó el traje aislante? Esto, por lo menos, no es culpa de los sirianos. Ni siquiera el doctor Peverale ha sugerido que haya sirianos dentro del Centro.

-¿Así que buscas un traidor, Lucky?

-Busco al saboteador. Puede ser un traidor pagado por Sirio, o puede estar trabajando independientemente. Espero que la respuesta esté en el lado solar. Y, además, espero que mi cortina de humo respecto a una invasión de las minas sirva para que el culpable no tenga tiempo de esconderse ni de prepararme una recepción incómoda.

-¿Qué esperas encontrar?

-Lo sabré cuando lo encuentre.

-De acuerdo, Lucky. Estoy convencido. En marcha. Vámonos.

-No tan de prisa -exclamó Lucky con verdadera inquietud-. ¡Gran Galaxia! He dicho que yo me voy. Sólo hay un traje aislante. Tú te quedarás aquí.

Ahora comprendió Bigman la importancia de los pronombres que Lucky había usado. Lucky había dicho «yo», «yo» Ni una sola vez había dicho «nosotros» A pesar de lo cual Bigman, con la serena confianza de una larga amistad, había supuesto que «yo» significaba «nosotros»

-¡Lucky! -exclamó, debatiéndose entre el ultraje y la desesperación-. ¿Por qué tengo que quedarme?

-Porque quiero que los hombres del Centro estén convencidos de que nos encontramos aquí. Te quedarás con el mapa v seguirás la ruta que habíamos trazado o alguna parecida. Comunícate a cada hora con Cook. Diles dónde estás, lo que ves, diles la verdad; no tienes que inventarte nada... a excepción de decir que yo estoy contigo.

Bigman reflexionó un momento. -Bueno, ¿y si quieren hablar contigo?

-Diles que estoy ocupado. Diles que nos ha parecido ver a un siriano. Diles que tienes que cortar. Inventa alguna cosa, pero que sigan creyéndome aquí. ¿De acuerdo?

-Muy bien, ¡Arenas de Marte!, tú te vas al lado solar a divertirte y yo tengo que quedarme aquí jugando con la radio.

-Anímate, Bigman, quizás haya algo en las minas. No siempre he de tener razón.

-Creo que esta vez la tienes. Aquí abajo no hay nada.

Lucky no pudo resistir la tentación de bromear.

-Hay el muerto por congelación del que nos habló Cook. Podrías investigarlo.

Bigman no se rió.

-Oh, vamos, cállate ya.

Hubo una corta pausa. Después Lucky apoyó una mano en el hombro del otro.

-De acuerdo, Bigman, no ha tenido ninguna gracia y lo siento. Ahora anímate, de verdad. Volveremos a estar juntos dentro de nada. Ya lo sabes.

Bigman apartó el brazo de Lucky.

-Muy bien. Déjate de palabras dulces. Has dicho que tengo que hacerlo, y lo haré. Sólo me preocupa que cojas una insolación sin tenerme a mí para vigilarte, viejo zorro.

Lucky se echó a reír.

-Tendré cuidado. -Giró por el túnel 7a abajo, pero no había dado ni dos pasos cuando Bigman le llamó.

-¡Lucky!

Lucky se detuvo. -¿Qué?

Bigman se aclaró la garganta.

-Escucha, no te arriesgues inútilmente, ¿de acuerdo? Lo que quiero decir es que yo no estaré contigo para sacarte del apuro.

Lucky dijo: -Ahora has hablado como tío Héctor. ¿Qué te parece si te aplicas los mismos consejos?

Esta era su forma de expresar el sincero afecto que se profesaban. Lucky agitó la mano y permaneció un momento dentro del campo de acción de la luz de Bigman. Después dio media vuelta y se puso en marcha.

Bigman le siguió con la mirada sin perder de vista la figura que se desdibujaba gradualmente en las sombras circundantes hasta que dobló una curva del túnel y desapareció.

El silencio y la soledad le pesaron doblemente. Si no hubiera sido John Bigman Jones, se habría sentido perdido, abrumado por encontrarse solo.

Pero era John Bigman Jones, así que apretó los dientes, y siguió avanzando por el pozo principal con paso firme.

Bigman hizo su primera llamada al Centro quince minutos después. Se sentía muy abatido.

¿Cómo podía haberse creído que Lucky esperaba seriamente correr una aventura en las minas? ¿Acaso Lucky se hubiera arriesgado a que los sirianos interceptaran sus llamadas radiofónicas?

Claro que era un circuito cerrado, pero los mensajes no estaban desmodulados, y ningún circuito cerrado era tan perfecto como para no poder ser intervenido, con paciencia.

Se preguntó la razón de que Cook hubiera permitido tal disposición, y entonces comprendió que Cook tampoco creía en los sirianos. Sólo Bigman lo había creído. ¡Cabezota!

En aquel momento, se hubiera dado de golpes contra el casco de una nave espacial. Conectó con Cook y empleó la señal previamente convenida de que todo estaba despejado.

La voz de Cook le respondió inmediatamente.

-¿Sin novedad?

-¡Arenas de Marte! Sí. Lucky se ha adelantado unos cien metros, pero no se ve nada. Mire, si le he dado la señal, haga el favor de creerme la próxima vez.

-Déjeme hablar con Lucky Starr.

-¿Para qué? -Bigman mantuvo el mismo tono de voz indiferente con esfuerzo-. Ya hablará con él la próxima vez.

Cook titubeó, y después dijo: -De acuerdo.

Bigman se felicitó a sí mismo: No habría próxima vez. Daría la señal de que no había novedades y eso sería todo. Sólo que, ¿cuánto tiempo debía merodear en la oscuridad antes de recibir noticias de Lucky? ¿Una hora? ¿Dos? ¿Seis? ¿Y si transcurrían seis horas y no recibía ningún mensaje? ¿Cuánto tiempo debía quedarse? ¿Cuánto tiempo podía quedarse?

¿Y si Cook reclamaba una información específica? Lucky le había dicho que fuera describiendo lo que viera, pero ¿y si Bigman fallaba en la representación de su papel? ¿Y si cometía una indiscreción y se le escapaba decir que Lucky estaba en el lado solar? ¡Lucky no volverla a confiar en él! ¡Nunca más!

Desechó la idea. No le serviría de nada pensar en ello.

¡Si, por lo menos, hubiera algo que le distrajera! Algo aparte de la oscuridad y el vacío, aparte de la débil vibración de sus propios pasos y el sonido de su propia respiración.

Se detuvo para comprobar su posición en el pozo. Los pasajes laterales tenían letras y números claramente grabados en la pared, y el tiempo no había logrado borrarlos. La comprobación no fue difícil.

Sin embargo, la baja temperatura hacía que el mapa estuviera quebradizo y fuera difícil de manejar, y esto no contribuyó a mejorar su humor. Ajustó los mandos de la luz para conectar el deshumificador. La superficie interna de su placa visora empezaba a empañarse con la humedad de su respiración, seguramente porque la temperatura aumentaba al mismo ritmo que su mal humor, se dijo.

Acababa de efectuar el arreglo cuando ladeó bruscamente la cabeza como si aguzara el oído para escuchar.

Era exactamente lo que hacía. Se esforzó para oír el ritmo de unas débiles vibraciones que ahora percibía porque sus propios pasos habían cesado.

Contuvo la respiración, permaneciendo tan inmóvil como la rocosa pared del túnel y susurró con la boca pegada al transmisor: -¿Lucky?, ¿Lucky?

Los dedos de su mano derecha habían ajustado los mandos. La onda transmisora estaba desmodulada. Nadie más descifraba aquel débil murmullo. Pero Lucky lo haría, y su voz no tardaría en responderle. Bigman tuvo que confesarse que esperaba con impaciencia oír esa voz.

-¿Lucky? -repitió.

La vibración continuó. No recibió contestación.

La respiración de Bigman se aceleró, primero por el nerviosismo, y después por la salvaje alegría nacida de la excitación que siempre le acometía cuando el peligro estaba cerca. Había alguien más en las minas de Mercurio. Alguien que no era Lucky.

¿Quién, entonces? ¿Un siriano? ¿Acaso Lucky estaba en lo cierto a pesar de creer que únicamente preparaba una cortina de humo?

Quizá.

Bigman sacó la pistola y apagó la luz de su traje.

¿Acaso sabían que él estaba allí? ¿Acaso pretendían atraparle?

Las vibraciones no eran el «sonido» confuso y arrítmico de muchas personas, ni siquiera dos o tres. Para el penetrante oído de Bigman, el claramente separado «zram-zram» de la vibración era el «sonido» de las piernas de un hombre, avanzando rítmicamente.

Y Bigman no era de los que retroceden ante un solo hombre, en ningún sitio y bajo ninguna circunstancia.

Alargó lentamente la mano y tocó la pared más cercana. Las vibraciones se agudizaron notablemente. Así pues, el otro iba en aquella dirección.

Siguió andando cautelosamente en la más completa oscuridad, rozando la pared con la mano. Las vibraciones causadas por el otro eran demasiado intensas, demasiado negligentes. O bien el otro se creía solo en las minas (igual que Bigman hasta unos momentos antes) o bien, si estaba siguiendo a Bigman, no estaba al tanto de las características del vacío.

Los pasos de Bigman se habían convertido en un murmullo a medida que avanzaba como un gato, pero las vibraciones del otro no experimentaron ningún cambio. Por lo tanto, si el otro estuviera siguiendo a Bigman por el sonido, el súbito cambio en la marcha de Bigman se hubiese reflejado en un cambio de la marcha del otro. No fue así. La misma conclusión que antes.

Giró a la derecha por la próxima entrada de un túnel adyacente y continuó. La mano que apoyó enseguida en la pared le permitió seguir la pista que conducía hacia el otro.

Y de pronto distinguió el penetrante destello de una luz en la lejanía cuando un movimiento del otro proyectó sus rayos hacia él. Bigman se pegó a la pared.

La luz desapareció. El otro había pasado de largo el túnel donde Bigman se hallaba. No avanzaba por él.

Bigman apresuró ligeramente el paso. Encontraría el túnel transversal y entonces estaría detrás del otro.

Se produciría el encuentro. El de Bigman, representante de la Tierra y del Consejo de la Ciencia, y el enemigo, representante... ¿de quién?

Librodot

8. EL ENEMIGO EN LAS MINAS

Bigman había calculado correctamente. La luz del otro oscilaba delante de él cuando encontró la abertura. Su propietario no tenia conocimiento de su presencia. No podía tenerlo. La pistola de Bigman estaba preparada. Podía disparar sin errar el tiro, pero con ello no lograría gran cosa. Los muertos no hablan y un enemigo muerto no puede aclarar ningún misterio.

Siguió avanzando con paciencia digna de mejor causa, acortando la distancia que los separaba, siguiendo la luz, y tratando de evaluar la naturaleza del enemigo.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, Bigman se dispuso a realizar el primer contacto. ¡Primero, la radio! Ajustó rápidamente los mandos para una transmisión local. Quizá el enemigo no tuviera un aparato para recibir un mensaje en la misma longitud de onda utilizada por Bigman. ¡Improbable, pero posible! ¡Muy improbable y casi imposible!

Sin embargo, no importaba. Siempre quedaba la alternativa de un disparo contra la pared. Esto aclararía sus intenciones. Una pistola implicaba autoridad y tenía una forma de hablar que era entendida en todas partes.

Con toda la potencia de su voz de tenor, dijo:

-¡Deténgase! ¡Deténgase donde está y no dé la vuelta! ¡Le tengo apuntado con una pistola!

Bigman encendió la luz de su traje, y el enemigo se inmovilizó bajo sus rayos. Tampoco hizo ademán de volverse, por lo que Bigman dedujo que había recibido su mensaje.

Bigman dijo:

-Ahora dé la vuelta. ¡Lentamente!

La figura se volvió. Bigman mantuvo la mano derecha en el camino de la luz de su traje. Su cubierta metálica apretaba fuertemente la pistola de gran calibre. A la luz de la lámpara, su contorno resultaba tranquilizadoramente claro.

Bigman dijo:

-La pistola está cargada. He matado a otros hombres con ella antes de ahora, y soy un magnífico tirador.

Era evidente que el enemigo tenía radio. Era evidente que recibía la transmisión, pues lanzó una mirada a la pistola e hizo ademán de alzar una mano para bloquear la fuerza del arma.

Bigman examinó lo que veía del traje de su enemigo. Parecía muy convencional (¿usaban los sirianos modelos tan familiares?). Bigman preguntó fríamente:

-¿Está su radio equipada para transmitir?

Un repentino sonido atacó sus oídos y dio un salto. La voz le resultó conocida, a pesar de las distorsiones a que la radio la sometía, dijo:

-¡Qué casualidad!

Nunca en su vida había necesitado Bigman tanta fuerza de voluntad para no disparar. El arma tembló convulsivamente en su mano, y la figura que había frente a él saltó con rapidez hacia un lado.

-¡Urteil! -exclamó Bigman.

Su sorpresa se convirtió en decepción. ¡Ningún siriano! ¡Sólo Urteil!

Después, se le ocurrió pensar: ¿Qué hacía Urteil allí?

Urteil dijo:

-Sí, soy Urteil, así que deje de apuntarme.

-Dejaré de apuntarle cuando a mí me parezca -repuso Bigman-. ¿Qué está haciendo aquí?

-Las minas de Mercurio no son propiedad suya, creo yo.

-Mientras tenga la pistola lo son, maldita alimaña sin entrañas. -Bigman pensaba con rapidez y, hasta cierto punto, infructuosamente. ¿Qué iba a hacer con aquella serpiente venenosa? Devolverlo al Centro significaría revelar que Lucky ya no se encontraba en las minas. Bigman podía decirles que Lucky se había rezagado, pero ellos sospecharían o se preocuparían al ver que Lucky no se comunicaba. ¿Y de qué crimen acusaría a Urteil? Las minas estaban abiertas a todos.

Por otra parte, no podía apuntarle indefinidamente con una pistola.

Si Lucky estuviera allí, él sabría...

Y como si una chispa de telepatía atravesara el vacío que había entre los dos hombres, Urteil preguntó bruscamente:

-¿Y dónde está Starr, si se puede saber?

-Esto -dijo Bigman- no es de su incumbencia. -Después con súbita convicción-: Estaba siguiéndonos, ¿verdad? -y adelantó ligeramente la pistola como para animarle a hablar.

Urteil bajó ligeramente su rostro, iluminado por la luz del traje de Bigman, como si siguiera la trayectoria de la pistola. Dijo:

-Y en ese caso, ¿qué?

Bigman volvió a encontrarse en un callejón sin salida. Dijo:

-Estaba en un pasadizo lateral. Pensaba sorprendernos por la espalda, ¿verdad?

-Repito... Y en ese caso, ¿qué? -La voz de Urteil tenía un deje de pereza, como si su poseedor se hallara plenamente relajado, como si disfrutara siendo el blanco de una pistola. Urteil prosiguió: -Pero ¿dónde está su amigo? ¿Cerca de aquí?

-Yo sé muy bien dónde está. Usted no se preocupe.

-Insisto en preocuparme. Llámele. Su radio está en una frecuencia de transmisión local o, de lo contrario, no le oiría tan bien... ¿Le importa que conecte el chorro de líquido? Estoy sediento. -Movió lentamente la mano.

-Con cuidado -dijo Bigman.

-Sólo un trago.

Bigman le observó atentamente. No esperaba que activara un arma por los mandos del pecho, pero podía encender repentinamente la luz del traje hasta una intensidad cegadora, o... o... Bueno, cualquier cosa.

Pero los dedos de Urteil dejaron de moverse cuando aún Bigman permanecía irresoluto, y únicamente se oyó el ruido de tragar.

-¿Asustado? -preguntó tranquilamente Urteil.

Bigman no supo qué contestar.

La voz de Urteil se hizo apremiante. -Bueno, llámelo. ¡Llame a Starr!

Bajo el impacto de la orden, la mano de Bigman había iniciado un movimiento que interrumpió enseguida.

Librodot

Urteil se echó a reír.

-Iba a ajustar los mandos de la radio, ¿verdad? Necesitaba transmisión a distancia. No está cerca de aquí, ¿eh?

-Nada de eso -exclamó acaloradamente Bigman. Ardía de humillación. El venenoso Urteil era listo. Allí estaba, siendo el blanco de una pistola, y ganando la batalla, erigiéndose en dueño de la situación, mientras que a cada segundo que pasaba la posición de Bigman, que no podía disparar ni bajar el arma, irse ni quedarse, se hacía más insostenible.

De repente, se le ocurrió una idea ¿Por qué no disparar?

Pero sabía que no podía. No tendría ninguna razón que aducir. Y aunque la tuviera, la muerte violenta de uno de los hombres del senador Swenson causaría grandes dificultades al Consejo de la Ciencia. ¡Y a Lucky!

Si, por lo menos, Lucky estuviera allí... En parte porque lo deseaba tan ardientemente, su corazón dio un vuelco cuando la luz de Urteil se elevó un poco y enfocó el espacio detrás de él y le oyó decir:

-No, veo que estaba equivocado y usted decía la verdad. Aquí viene.

Bigman dio media vuelta. -Lucky...

En pleno uso de sus facultades, Bigman habría esperado con toda tranquilidad a que Lucky se acercara, a que el brazo de Lucky se posara sobre su hombro, pero Bigman no estaba en pleno uso de sus facultades. Su posición era imposible y deseaba con todas sus fuerzas encontrar una solución a su dilema.

Sólo tuvo tiempo de lanzar este único grito de «Lucky» antes de desplomarse bajo el impacto de un cuerpo dos veces más voluminoso que el suyo.

Siguió apretando la pistola unos momentos, pero otro brazo tiraba de su mano, y otros dedos retorcían los suyos. Bigman estaba sin aliento, su cerebro giraba ante la rapidez del ataque, y su pistola salió volando por los aires. Dejó de sentir aquel peso sobre su cuerpo, y cuando quiso ponerse en pie, Urteil se hallaba frente a él y Bigman estaba ante el cañón de su propia pistola.

-Tengo la mía -dijo sombríamente Urteil-, pero creo que utilizaré la suya. No se mueva. Quédese así. A cuatro patas. Eso es.

Nunca en su vida había experimentado Bigman tal odio hacia sí mismo ¡Dejarse engañar de aquel modo! Casi se merecía la muerte. Casi prefería morir antes que tener que enfrentarse con Lucky y decirle: «Miró a mi espalda y me dijo que venías, así que me volví...»

Con voz sofocada, dijo:

-Dispare, si se atreve. Dispare, y Lucky se encargará de perseguirle y confinarle durante el resto de su vida al asteroide más pequeño y más frío que jamás haya sido usado como prisión.

-¿Lucky hará eso? ¿Dónde está?

-Encuéntrele.

-Lo haré, porque usted me dirá dónde está. Y lo primero que va a decirme es por qué ha bajado a las minas. ¿Qué está haciendo aquí?

-Buscar sirianos. Usted mismo lo oyó.

-¡Qué sirianos ni qué ocho cuartos! -exclamó Urteil-. Ese estúpido viejo de Peverale puede hablar de sirianos, pero su amigo no le ha creído ni

un momento. Ni siquiera lo hubiera hecho si tuviese el poco cerebro que tiene usted. Bajó por otra razón. Usted me dirá cuál.

-¿Por qué iba a hacerlo?

-Para salvar su miserable vida.

-Esta no es una razón suficiente para mí -dijo Bigman, levantándose y dando un paso adelante.

Urteil retrocedió hasta apoyarse contra la pared del túnel.

-Un movimiento más y dispararé con el mayor placer. No necesito su información hasta ese punto. Me ahorraría tiempo, pero no mucho. Si paso más de cinco minutos con usted, será un gasto inútil.

»Ahora déjeme decirle exactamente lo que creo. Quizá eso le convenza de que usted y su falso héroe, Starr, no engañan a nadie. Ninguno de los dos es bueno para otra cosa más que para atacar con cuchillos energéticos a hombres desarmados.

Bigman pensó tristemente: «Eso es lo que le molesta. Le hice aparecer como un imbécil delante de los muchachos, y espera que me arrastre»

-Déjese de palabrería inútil -dijo, poniendo en su voz todo el desprecio que pudo-, y dispare de una vez. Prefiero morirme de un tiro que oír sus tonterías.

-No tenga prisa, amiguito, no tenga prisa. En primer lugar, el senador Swenson está eliminando al Consejo de la Ciencia. Usted sólo es una partícula, y muy pequeña por cierto. Su amigo Starr sólo es otra partícula, y no mucho mayor. Yo soy el que va a llevar a cabo la eliminación. Tenemos al Consejo donde queríamos. Los habitantes de la Tierra saben que está corrompido, que sus funcionarios malgastan el dinero de los contribuyentes y se llenan los bolsillos...

-Esto es una sucia mentira -interrumpió Bigman.

-Dejaremos que sean ellos los que decidan. Una vez deshagamos la falsa propaganda del Consejo, veremos lo que cree la gente.

-Inténtelo. ¡Adelante, inténtelo!

-Es lo que vamos a hacer, y tendremos éxito. Y ésta será la prueba número uno: ustedes dos en las minas. Yo sé por qué están aquí. ¡Los sirianos! ¡Ja! O bien Starr animó a Peverale a que hablara de ellos, o se aprovechó de ello. Le diré lo que ustedes dos están haciendo aquí abajo. Tender una trampa. Están levantando un campamento siriano para mostrar a la gente.

-«Los expulsé yo solo», dirá Starr. «Yo, Lucky Starr, el gran héroe» Los subetéreos sacan gran provecho de ello y el Consejo suspende su Proyecto Luz sin que nadie se entere. Han extraído de él todo lo que han podido, y salvan la piel... Pero no lo conseguirán, porque yo sorprenderé a Starr con las manos en la masa y nada logrará salvarle ni a él ni al Consejo.

Bigman estaba furioso. Anhelaba lanzarse sobre el otro con sus manos desnudas, pero consiguió dominarse. Sabía la razón de que Urteil hablara tal como lo estaba haciendo.

Era que no sabía tanto como pretendía. Trataba de obtener más detalles exasperando a Bigman.

En voz baja, Bigman intentó volver la tortilla.

-¿Sabe una cosa, pútrida alimaña? Si alguna vez le pincharan y dejaran que saliera lo que tiene dentro, se vería su alma del tamaño de un cacahuete. Una vez se hubiera podrido, no quedaría nada más que un saco vacío de sucia piel.

Urteil gritó:

-Ya es suficiente...

Pero Bigman gritó más que él y su potente vozarrón tronó

-Dispara, pirata amarillo. Te pusiste amarillo durante el banquete. Enfréntate conmigo, de hombre a hombre, con los puños desnudos y volverás a ponerte amarillo, porque eres un cobarde.

Bigman estaba ahora en tensión. Que Urteil actuara con precipitación, se dejara llevar por el impulso y Bigman saltaría. Era probable que encontrara la muerte, pero tendría una oportunidad...

Pero Urteil sólo pareció obstinarse y serenarse repentinamente.

-Si no habla, le mataré. Y a mí no me pasará nada. Alegaré legítima defensa y lo mantendré.

-No podrá hacerlo con Lucky.

-Él tendrá sus propios problemas. Cuando haya terminado con él, sus opiniones no significarán nada. -Urteil aguantaba la pistola con firmeza-. ¿No va a tratar de escaparse?

-¿De usted? -repuso Bigman.

-Eso es asunto suyo -dijo fríamente Urteil.

Bigman esperó, esperó sin decir una palabra mientras el brazo de Urteil se ponía rígido y su casco bajaba ligeramente como si estuviera apuntando, aunque a aquella distancia no podía fallar.

Bigman contó los momentos, con la intención de escoger el más apropiado para dar el salto que le salvara la vida, tal como hiciera Lucky cuando Mindes le había apuntado de igual manera. Pero en su caso no había nadie para inmovilizar a Urteil como Bigman había inmovilizado a Mindes en aquella ocasión. Y Urteil no era el asustadizo y desequilibrado Mindes. Se echaría a reír y apuntaría de nuevo.

Los músculos de Bigman se aprestaron para aquel salto decisivo. No esperaba vivir más de cinco segundos, quizá.

9. OSCURIDAD Y LUZ

Pero, mientras tenía el cuerpo en tensión y los músculos de las piernas casi vibrantes en el primer instante de la contracción, un grito ahogado de máxima sorpresa sonó repentinamente en los oídos de Bigman.

Los dos se encontraban allí, en un mundo gris y oscuro en el cual sus respectivas luces hacían resaltar el oponente. Fuera del campo de acción de las luces, nada, así que el súbito movimiento que tuvo lugar más allá de la línea de visión pasó desapercibido al principio.

Su primera reacción, su primer pensamiento fue: ¡Lucky! ¿Había vuelto Lucky? ¿Había logrado adueñarse de algún modo de la situación, cambiar los papeles?

Pero hubo un nuevo movimiento, y el pensamiento de Lucky se desvaneció.

Era como si un fragmento de la rocosa pared del pozo se hubiera desprendido por sí solo y estuviera descendiendo en la lenta caída que era característica de la baja gravedad de Mercurio.

Una cuerda de roca que parecía flexible, que tocó el hombro de Urteil y... se adhirió a él. Otra parecida ya le rodeaba la cintura. Otra se movió lentamente, a su alrededor, como si formara parte de un mundo irreal hecho de movimientos retardados. Pero cuando el borde rodeó el brazo de Urteil y tocó el metal que cubría su pecho, el brazo y el pecho se juntaron. Fue como si la lenta y aparentemente frágil cuerda poseyera la irresistible fuerza de una boa constrictora.

Si la primera reacción de Urteil fue de sorpresa, ahora no había en su voz otra cosa que el terror más absoluto.

-Frías -dijo con voz ronca-. Están frías.

La trastornada mente de Bigman no conseguía hacerse cargo de la nueva situación. Un trozo de aquella roca había rodeado el antebrazo y la muñeca de Urteil. La culata de la pistola se mantuvo en su lugar.

Una última cuerda descendía lentamente. Su aspecto era tan rocoso que resultaban invisibles hasta que una de ellas se apartaba de la pared.

Las cuerdas estaban conectadas unas con otras como un solo organismo, pero no había núcleo, no había «cuerpo» Era como un pulpo de piedra que únicamente constara de tentáculos.

Bigman tuvo una idea inesperada.

Pensó que la roca había desarrollado una forma de vida a lo largo de las prolongadas edades de la evolución mercuriana. Una forma de vida completamente distinta a las conocidas por la Tierra. Una vida que se alimentaba de los restos de calor.

¿Por qué no? Los tentáculos debían arrastrarse de un lado a otro, buscando hasta la menor partícula de calor que pudiera existir.

Bigman se los imaginó trasladándose al Polo Norte de Mercurio cuando la humanidad fue a establecerse allí. Primero las mujeres y después el Observatorio les proporcionaron interminables chispas de calor.

Era posible que los hombres también fueran su presa. ¿Por qué no? Los seres humanos eran una fuente de calor. Algún minero aislado debió haber sido ocasionalmente atrapado. Paralizado por el terror y un frío repentino, no habría podido gritar reclamando ayuda. Minutos más tarde, su unidad

energética estaba demasiado baja para hacer una llamada radiofónica. Algo más tarde, estaría muerto, convertido en una estatua de hielo.

La absurda historia de las muertes ocurridas en las minas que Cook les relatara tenia sentido.

Todo esto pasó por la mente de Bigman en un segundo mientras permanecía inmóvil, luchando todavía con una sensación de atolondrada sorpresa ante el súbito giro de los acontecimientos.

La voz de Urteil gimió:

-No puedo... Ayúdeme... ayúdeme... Tengo frío... frío...

Bigman exclamó: -Resista. Ya voy.

Había olvidado que aquel hombre era un enemigo, que momentos antes había estado a punto de matar a Bigman a sangre fría. El pequeño marciano sólo vio una cosa: era un hombre, desvalido en las garras de algo inhumano.

Desde que los hombres dejaron por primera vez la Tierra y se aventuraron en los peligros y misterios del espacio exterior, había prevalecido una estricta ley no escrita. Debía olvidarse toda enemistad cuando el hombre se enfrentaba con el enemigo común, las fuerzas inhumanas de los otros mundos.

Era posible que no todo el mundo se adhiriera a esa ley, pero Bigman lo hizo.

Estuvo junto a Urteil de un salto, tirando de su brazo.

Urteil murmuró: -Ayúdeme...

Bigman asió la pistola que Urteil seguía sosteniendo, tratando de evitar el tentáculo que rodeaba la mano cerrada de Urteil. Bigman vio que el tentáculo no se curvaba suavemente como hubiera hecho una serpiente. Estaba doblado en secciones, como si constara de numerosos segmentos rígidos unidos entre sí.

La otra mano de Bigman, que buscaba un apoyo en el traje de Urteil, hizo momentáneamente contacto con uno de los tentáculos y se apartó a toda velocidad. El frío era un dardo helado, que le atravesó y quemó la mano. Cualquiera que fuese el método de aquellas criaturas para extraer el calor, no se parecía a nada de lo que él sabía.

Bigman tiró desesperadamente de la pistola, forcejeando sin descanso. Al principio no reparó en la extraña presión de su espalda, después... una sensación helada le envolvió y no se desvaneció. Cuando trató de escaparse no pudo. Un tentáculo había descendido sobre él y le había abrazado.

Los dos hombres podrían haber crecido juntos, tan firmemente unidos estaban.

El dolor físico causado por el frío aumentó, y Bigman tiró de la pistola como un loco. ¿Estaba cediendo?

La voz de Urteil le sobresaltó al murmurar:

-Es inútil...

Urteil se tambaleó y entonces, lentamente, bajo la débil atracción de la gravedad de Mercurio, se cayó hacia un lado, arrastrando consigo a Bigman.

El cuerpo de Bigman estaba entumecido; empezaba a perder la sensación. Apenas se daba cuenta de si aún sostenía la pistola o no. En caso afirmativo, ¿estaba cediendo a sus bruscos tirones o no era más que una última y vana esperanza?

La luz de su traje se amortiguaba a medida que su unidad motriz traspasaba su energía a las voraces cuerdas consumidoras de energía.

La muerte por congelación no podía estar muy lejos.

Lucky, después de dejar a Bigman en las minas, de Mercurio, deponerse un traje aislante en la quietud del Shooting Starr, salió a la superficie y volvió su rostro hacia el «fantasma blanco del Sol»

Permaneció inmóvil durante unos minutos, para acostumbrarse una vez más a la turbia luminiscencia de la corona solar.

Distraídamente, mientras la contemplaba, flexionaba sus extremidades una a una. El traje aislante funcionaba con mayor suavidad que un traje espacial ordinario. Esto, junto con su ligereza, le prestaba la insólita sensación de no tener todos sus miembros. En un medio ambiente sin aire, era algo desconcertante, pero Lucky desechó cualquier sensación de incomodidad que pudiera tener y examinó el firmamento.

Las estrellas eran tan numerosas y brillantes como en el espacio abierto, y les prestó escasa atención. Lo que quería ver era otra cosa. Ahora hacia dos días, según el patrón temporal de la Tierra, desde que había visto aquel cielo por última vez. En dos días, Mercurio había avanzado una cuadragésima cuarta parte de su camino en la órbita que describía alrededor del Sol. Eso significaba que más de ocho grados de cielo habían aparecido por el este y más de ocho grados habían desaparecido por el oeste. Eso significaba que podían verse nuevas estrellas.

Y también nuevos planetas. En ese intervalo de tiempo, Venus y la Tierra debían haberse alzado por encima del horizonte.

Y allí estaban. Venus era el más alto de los dos, constituía una mancha de luz blanca tan reluciente como un diamante, mucho más luminosa que vista desde la Tierra. Desde la Tierra, Venus se veía en inferioridad de condiciones. Estaba entre la Tierra y el Sol, de forma que cuando Venus estaba más cerca de ella, la Tierra sólo podía ver su parte oscura. En Mercurio, Venus se veía en su plenitud.

En aquel momento, Venus estaba a cincuenta y tres millones de kilómetros de Mercurio. Sin embargo, en su punto más cercano, podía acercarse hasta casi treinta y dos millones de kilómetros, y entonces unos ojos penetrantes podían verlo como un disco minúsculo.

Incluso a esta distancia, su luz casi rivalizaba con la de la corona y, mirando al suelo, Lucky creyó distinguir una doble sombra que se extendía desde sus pies, una proyectada por la corona (bastante borrosa) y otra por Venus (bastante nítida) Se preguntó si, en circunstancias ideales, no podría haber una triple sombra, la tercera de las cuales estaría proyectada por la misma Tierra.

Encontró asimismo la Tierra, sin ninguna dificultad. Estaba muy cerca del horizonte y, aunque brillaba más que cualquier estrella o planeta de su propio firmamento; era pálida en comparación al glorioso Venus. Estaba menos iluminada por su Sol más distante; era menos nubosa y por lo tanto reflejaba menos luz. Además, estaba de Mercurio a doble distancia que Venus.

Pero, en cierto aspecto, era incomparablemente más interesante. Mientras que la luz de Venus era de un blanco purísimo, la luz de la Tierra tenía un matiz azul verdoso.

Y además de eso, muy cerca de ella, justo al borde del horizonte, se veía la luz amarilla de la Luna. Juntas, la Tierra y la Luna constituían un panorama único en el cielo de los otros planetas dentro de la órbita de Júpiter. Un planeta doble, que viajaba majestuosamente por el cielo en mutua compañía, en el cual el más pequeño rodeaba al mayor en un movimiento que, sobre el cielo, parecía un lento tambaleo de un lado a otro.

Lucky contempló el panorama más tiempo del que seguramente hubiera debido, pero no pudo evitarlo. Las circunstancias de su vida le alejaban a menudo de su planeta natal, y eso lo hacía aún más querido para él. Los trillones de seres humanos esparcidos por la Galaxia habían tenido su origen en la Tierra. En realidad, a lo largo de casi toda la historia del hombre, la Tierra había sido su único hogar.

¿Qué hombre podía contemplar la partícula de luz que era la Tierra sin emocionarse?

Lucky apartó la mirada con esfuerzo, meneando la cabeza. Había mucho que hacer. Se encaminó con firmes zancadas hacia el resplandor de la corona, rozando la superficie tal como debía hacerse en un mundo de baja gravedad, con la luz del traje encendida y los ojos fijos en el suelo para resguardarse de las ásperas desigualdades del terreno.

Tenía cierta idea de lo que podía encontrar, pero era únicamente una idea, no respaldada aún por ningún hecho definido. Lucky tenía horror a hablar de tales ideas, que a veces no eran otra cosa que intuiciones. Incluso le disgustaba pensar largamente sobre ellas. Existía el gran peligro de acostumbrarse a la idea, de empezar a depender de ella como si fuera cierta, de cerrar inintencionadamente la razón a otras posibilidades.

Había visto suceder esto muchas veces al exaltado e impulsivo Bigman. Había presenciado cómo, más de una vez, vagas posibilidades se convertían en firmes convicciones en la mente de Bigman…

Sonrió cariñosamente al pensar en el pequeño Bigman. Podía ser imprudente, nunca sensato, pero era leal y no sabía lo que era el miedo. Lucky prefería tener junto a sí a Bigman que tener a una flota de naves espaciales blindadas y tripuladas por gigantes.

Le fue imposible recordar la cara del marciano, mientras saltaba limpiamente sobre el terreno mercuriano, y fue para borrar esta desagradable sensación que Lucky concentró sus pensamientos en el problema que le había llevado allí.

Lo malo era que hubiese tantas tendencias encontradas.

En primer lugar, estaba el propio Mindes, nervioso, inestable, inseguro de sí mismo. En realidad, no había llegado a determinarse hasta qué punto su ataque contra Lucky había sido locura momentánea y hasta qué punto frío cálculo. Estaba Gardoma, que era amigo de Mindes. ¿Era un idealista atrapado en el sueño del Proyecto Luz, o bien estaba con Mindes por razones puramente prácticas? Y en este caso, ¿cuáles eran?

El propio Urteil constituía un foco de desorden. Tenía la intención de arruinar al Consejo, y el objeto de su principal ataque había sido

Librodot

Mindes. Sin embargo, su arrogancia hacía que todo el mundo le odiara. Naturalmente, Mindes lo odiaba, y también Gardoma. El doctor Peverale le odiaba de forma mucho más comedida. Ni siquiera había querido hablar de él con Lucky.

Durante el banquete, Cook había parecido rehuir una charla con Urteil, no permitiendo en ningún momento que sus ojos miraran en aquella dirección. ¿Se debía simplemente a que Cook estaba ansioso por evitar los afilados comentarios de Urteil o había razones más específicas?

Además, Cook no tenía una gran opinión de Peverale. Le avergonzaban las preocupaciones del anciano acerca de Sirio.

Y había una cuestión que debía resolverse aparte de todas esas cosas. ¿Quién había rasgado el traje aislante de Lucky?

Había demasiados factores. Lucky tenía una línea de pensamiento que los ensartaba, pero esa línea aún era débil. Trató nuevamente de no concentrarse en esa línea. Debía conservar una mente abierta..

El terreno hacía subida y Lucky había ajustado automáticamente sus pasos a él. Tan preocupado estaba con sus pensamientos que el panorama que se ofreció a sus ojos al terminar el ascenso le encontró desprevenido y le impresionó.

El borde superior del Sol estaba encima del quebrado horizonte, aunque no el Sol propiamente dicho. Sólo se veían las protuberancias que bordeaban el Sol, un pequeño segmento de ellas.

Las protuberancias eran de color rojo vivo, y una de ellas, la que se encontraba en el centro, estaba formada por resplandecientes franjas de luz que se movían hacia arriba y hacia fuera con gran lentitud.

Recortado claramente contra la roca de Mercurio, sin atmósfera que lo amortiguara ni polvo que lo oscureciera, había un panorama de increíble belleza. Las lenguas de fuego parecían surgir de la oscura corteza de Mercurio como si el horizonte del planeta estuviera en llamas o un volcán de gigantesco tamaño hubiese hecho erupción súbitamente.

Sin embargo, esas protuberancias eran incomparablemente más bellas que cualquier cosa que pudiera haber aparecido sobre Mercurio. Lucky sabía que la que él estaba mirando era tan grande como para engullir a un centenar de Tierras, o cinco mil Mercurios. Y allí ardía con fuego atómico, iluminando a Lucky y todo lo que le rodeaba.

Apagó la luz de su traje para verlo mejor. Las superficies de las rocas que miraban directamente hacia las protuberancias estaban inundadas por una luz rojiza, mientras que todas las demás superficies se veían negras como el carbón. Era como si alguien hubiese pintado un pozo sin fondo con líneas rojas. Verdaderamente era el «fantasma rojo del Sol»

La sombra de la mano de Lucky sobre su pecho formaba una mancha negra. El terreno que se extendía ante él era más traicionero, puesto que las manchas de luz que cubrían las desigualdades engañaban la vista sobre la naturaleza de la superficie.

Lucky volvió a encender la luz de su traje y siguió avanzando hacia las protuberancias a lo largo de la curva de Mercurio, mientras el Sol se elevaba seis minutos de arco a cada kilómetro que andaba.

Eso significaba que al cabo de menos de un kilómetro, el cuerpo del Sol sería visible y él estaría en el lado solar de Mercurio.

Entonces Lucky no tenía forma de saber que en aquel momento Bigman se estaba enfrentando a la muerte por congelación. Su único pensamiento al llegar al lado solar fue éste: «Allí está el peligro y el quid de la cuestión, y allí está también la solución»

Librodot

10. EL LADO SOLAR

Más protuberancias eran ahora visibles. Su color rojo aumentó de intensidad. La corona no se desvaneció (no había atmósfera que dispersara la luz de las protuberancias y borrara resplandores más débiles), pero ahora parecía menos importante. Las estrellas seguían allí y Lucky sabía que allí seguirían, incluso cuando el sol de Mercurio hubiera aparecido totalmente en el cielo, pero ¿quién iba a prestarles atención en aquel momento?

Lucky echó a correr ansiosamente con las regulares zancadas que podía mantener durante horas sin cansarse. En las actuales circunstancias, estaba seguro de poder mantener el mismo paso incluso bajo la gravedad terrestre.

Y entonces, sin un resplandor premonitorio en el cielo, sin el indicio de alguna atmósfera, sin aviso de ninguna clase, ¡apareció el Sol!

Mejor dicho, apareció una línea delgada que era el Sol. Era una irresistible línea de luz que bordeaba una muesca del quebrado horizonte, como si algún pintor celestial hubiera perfilado la piedra gris con blanco brillante. Lucky miró hacia atrás. Sobre el terreno desigual que se extendía tras él había manchas de protuberancias rojas. Pero ahora, justamente a sus pies, se veía una delgada capa de color blanco formada por cristales que despedían refulgentes destellos.

Siguió adelante, y la línea de luz se convirtió en una pequeña mancha que fue aumentando de tamaño.

El contorno del Sol se veía claramente, un poco levantado sobre el horizonte en el centro y describiendo una suave curva hacia abajo en ambos lados. La curva era extrañamente plana para alguien cuyos ojos estaban acostumbrados a la curvatura del Sol desde la Tierra.

Ni siquiera el esplendor del Sol borraba las protuberancias que se arrastraban a lo largo del borde como llameantes serpientes rojas.

Naturalmente, las protuberancias estaban sobre todo el Sol, pero sólo podían verse en el borde. En la cara del Sol, se perdían entre sus rayos.

Y por encima de todo estaba la corona. Mientras contemplaba el panorama, Lucky se maravilló de la forma en que el traje aislante había sido adaptado a su propósito. Una sola mirada al contorno del Sol de Mercurio habría sido cegadora, eternamente cegadora, para ojos sin protección. La luz visible ya era bastante dañina en su intensidad, pero eran los rayos ultravioletas, no filtrados por la atmósfera, los que habrían significado la muerte para la visión… e incluso para la vida, eventualmente.

Sin embargo, el vidrio de la placa visora del traje aislante estaba molecularmente dispuesto para hacerse menos transparente en proporción directa a la brillantez de la luz que caía sobre él. Sólo una pequeña fracción de un porcentaje del reflejo solar atravesaba la placa, y él podía contemplar el Sol sin peligro, e incluso sin molestias. Pero al mismo tiempo, la luz de la corona y las estrellas podía verse en toda su intensidad.

El traje aislante le protegía también de otras formas. Estaba impregnado con plomo y bismuto, no tanto como para incrementar excesivamente su peso, pero sí lo suficiente como para obstruir el paso de los ultravioletas y rayos X procedentes del Sol. El traje llevaba una carga positiva para desviar hacia un lado la mayor parte de los rayos

Librodot

cósmicos. El campo magnético de Mercurio era débil, pero Mercurio estaba cerca del Sol y la densidad de rayos cósmicos resultaba considerable. Sin embargo, los rayos cósmicos están compuestos de protones con carga positiva, y las cargas iguales se repelen.

Y, naturalmente, el traje le protegía contra el calor, no sólo gracias a su composición aislante sino también a su superficie reflectora, una capa molecular seudo líquida que podía ser activada por medio de los controles.

En realidad, pensó Lucky, cuando se consideraban las ventajas del traje aislante, parecía una lástima que no brindara la misma protección en todas las circunstancias. Desgraciadamente, su debilidad estructural, como resultado de la falta de metal en cantidad, lo hacía muy poco práctico excepto cuando la protección contra el calor y la radiación eran consideraciones de suma importancia.

Lucky ya se había adentrado más de un kilómetro en el lado solar y no sentía un calor excesivo.

Esto no le sorprendió. Para las personas hogareñas que limitaban su conocimiento del espacio a los emocionantes programas subetéreos, el lado solar de cualquier planeta sin aire no era más que una masa sólida de calor constante.

Esto resultaba una simplificación exagerada. Dependía de lo alto que estuviera el Sol en el cielo. En este punto de Mercurio, por ejemplo, sólo una porción del Sol encima del horizonte, comparativamente poco calor llegaba a la superficie, y esta pequeña cantidad se diseminaba por una gran extensión de terreno, ya que la radiación caía casi horizontalmente.

El «clima» cambiaba a medida que uno se adentraba en el lado solar, y finalmente, cuando se llegaba a aquella porción donde el Sol estaba a gran altura, era tal como sostenían los subetéreos.

Y, por otra parte, siempre había las sombras. En la ausencia de aire, la luz y el calor viajaban en línea recta. Ni una ni otro podía introducirse en la sombra excepto en pequeñas fracciones que eran reflejadas o radiadas por las porciones cercanas iluminadas por el Sol. Así pues, las sombras eran horriblemente frías y negras como el carbón a pesar del calor y del esplendor del Sol.

Lucky se iba percatando más y más de la existencia de estas sombras. Al principio, cuando la línea superior del Sol hubo aparecido, el terreno no había sido más que una gran sombra con ocasionales manchas de luz. Ahora, a medida que el Sol se elevaba, la luz se esparcía y unía hasta que las sombras se convertían en cosas claramente delimitadas que flotaban por detrás de las rocas y las colinas. En una ocasión, Lucky se internó deliberadamente en la sombra de un promontorio rocoso que debía tener unos cien metros de anchura, y fue como si por un largo minuto hubiera regresado al lado oscuro. El calor del Sol, que apenas había sentido mientras caía sobre él, se hizo evidente por su disminución en la sombra. Alrededor de la sombra, el suelo relucía bajo la luz del sol, pero dentro de la sombra necesitaba la luz del traje para guiar sus pasos.

No pudo dejar de fijarse en la diferencia entre las superficies que estaban en la sombra y las que estaban en la luz, pues en el lado solar, por lo menos, Mercurio tenía cierta clase de atmósfera. No era una

Librodot

atmósfera igual a la de la Tierra, pues carecía de nitrógeno, oxígeno, dióxido de carbono, vapor de agua y otros gases. No obstante, en el lado solar el mercurio hervía en ciertas partes. El azufre se volvía liquido y lo mismo ocurría con numerosos compuestos volátiles. Restos del vapor de tales sustancias se adherían a la superrecalentada superficie de Mercurio. Estos vapores se deshacían en las sombras.

Lucky se acordó forzosamente de ello cuando sus dedos frotaron la oscura superficie de un afloramiento y se mojaron de mercurio. Éste degeneró rápidamente en pegadizas gotitas al salir al Sol, que después, más lentamente, se evaporaron.

Gradualmente, el Sol pareció hacerse más ardiente. Esto no preocupó a Lucky. Aunque llegara a tener demasiado calor siempre podía resguardarse en una sombra para refrescarse cuando fuera necesario.

La radiación de onda corta era una cuestión más importante. Lucky incluso dudaba que eso fuera serio en esta exposición tan corta. Los trabajadores de Mercurio tenían horror a la radiación, porque estaban continuamente expuestos a pequeñas cantidades. Lucky recordó el énfasis de Mindes al recalcar el hecho de que el saboteador que había visto estaba inmóvil al Sol. Era natural que Mindes se mostrara trastornado por ello. Cuando la exposición era crónica, cualquier prolongación del tiempo de exposición era una imprudencia. Sin embargo, en el caso concreto de Lucky, la exposición sería a corto plazo…, al menos él lo esperaba así.

Atravesó espacios de terreno negruzco que se destacaban sombríamente contra el gris rojizo más generalizado en Mercurio. El gris rojizo era bastante familiar. Se parecía al suelo de Marte, una mezcla de silicatos con la adición de óxido de hierro, que le confería aquella tonalidad rojiza.

El negro era más misterioso. Dondequiera que estuviese el suelo se hallaba mucho más caliente, pues el negro absorbía gran parte del calor del Sol.

Se agachó mientras corría y descubrió que las zonas negras estaban cubiertas de minúsculas piedrecillas en lugar de arena. Algunas de ellas se adhirieron a la palma de su guante. Las miró. Podía ser grafito, o bien sulfuro de hierro o de cobre. Podía ser muchísimas cosas, pero él se hubiera atrevido a apostar que era alguna variedad de sulfuro de hierro impuro.

Hizo una pausa en la sombra de una roca y calculó que, en una hora y media, había recorrido unos veinte kilómetros, a juzgar por el hecho de que el Sol estaba ahora completamente encima del horizonte. (Sin embargo, en aquel momento estaba más interesado por sorber parcamente la mezcla de nutritivo líquido contenida en el traje que por calcular la distancia.)

A su izquierda se veían algunos cables del Proyecto Luz de Mindes. A su derecha había otros. Su localización exacta no tenía importancia. Se extendían a lo largo de centenares de kilómetros cuadrados, y pasearse al azar entre ellos para buscar al saboteador habría sido inútil.

Mindes lo había intentado y había fracasado. Si el objeto u objetos que viera eran realmente el saboteador, debía haber recibido aviso desde el Centro. Mindes no había mantenido en secreto el hecho de que se dirigía hacia el lado solar.

Librodot

Sin embargo, Lucky lo había hecho. Confiaba en que esta vez no hubiera habido aviso. Y poseía una forma de ayuda que Mindes no había tenido. Extrajo el pequeño ergómetro de la bolsa donde lo había guardado. Lo sostuvo frente a él en la palma de la mano, iluminándolo con la luz de su traje.

Una vez activado, el botón cíe señales relució con increíble fuerza al ser expuesto a la luz solar Lucky sonrió ligeramente y lo ajustó. Había radiación de onda corta procedente del Sol.

La llama se extinguió.

Entonces, Lucky salió a la luz del sol y escudriñó pacientemente el horizonte en todas direcciones. ¿Dónde podía haber una fuente de energía atómica que no fuera el Sol? Naturalmente, recibió una indicación del Observatorio, pero la luz correspondiente a esa región aumentó de intensidad al bajar el ergómetro. La planta motriz del Observatorio estaba a casi dos kilómetros bajo tierra, y donde él estaba se requería una inclinación de veinte grados de profundidad para recibir la máxima energía.

Se volvió lentamente, sosteniendo con cuidado el ergómetro entre los dos índices a fin de que el poco material del traje no bloqueara el paso de la radiación delatora. Dio la vuelta una segunda y una tercera vez.

Le pareció que en una dirección particular había habido un brevísimo destello... en realidad, demasiado breve para verlo a contraluz. Quizá no hubiera sido más que el producto de su imaginación.

Volvió a intentarlo.

¡No había equivocación posible!

Lucky miró en la dirección donde había aparecido, el destello y avanzó hacia allí. No se engañó a sí mismo respecto al hecho de que, posiblemente, sólo estaba siguiendo la pista a una mancha de mineral radioactivo.

Dio la primera ojeada a uno de los cables de Mindes cerca de dos kilómetros después. No era en absoluto un solo cable, sino una red de cables, que yacían medio enterrados en el suelo. Los siguió a lo largo de unos cien metros y llegó hasta una placa cuadrada de metal, aproximadamente de un metro veinte de lado y tan limpia que despedía reflejos. Reflejaba las estrellas como si fuera un claro estanque de agua.

Sin duda alguna, pensé Lucky, que si se colocaba en la posición adecuada podría ver el reflejo del Sol. Se dio cuenta de que la placa estaba cambiando su ángulo de elevación, poniéndose menos horizontal, más vertical. Apartó la vista para comprobar si estaba cambiando para reflejar el Sol.

Cuando volvió a mirar se sobresaltó. El claro cuadrado había dejado de ser claro. Al contrario, era de un negro opaco, tan opaco que ni siquiera la luz del Sol de Mercurio parecía capaz de hacerlo brillar.

Entonces, mientras miraba, la opacidad tembló, se resquebrajó, y se fragmentó. Volvía a brillar.

La contempló a lo largo de tres ciclos más y notó que el ángulo de elevación se hacía más y más vertical. Primero, una reflexión increíble; después, opacidad completa. Durante la opacidad, supuso Lucky, la luz debía ser absorbida; durante la brillantez, debía ser reflejada. La alternancia podía ser perfectamente regular, o responder a una pauta

Librodot

deliberadamente irregular. No podía detenerse a averiguarlo y, aunque lo hiciera, dudaba que sus conocimientos de hiperóptica bastaran para hacerle comprender la finalidad de todo aquello.

Probablemente, cientos o incluso miles de tales cuadrados, todos ellos conectados por una red de cables y dotados de energía gracias a la micropila atómica del Centro, absorbían y reflejaban luz de una forma determinada en diferentes ángulos con respecto al Sol. Probablemente, en cierto modo, ésta pudiera enviar energía a través del hiperespacio en forma controlada.

Y, probablemente, los cables rotos y las placas destrozadas evitaban que el conjunto estuviera completo.

Lucky utilizó nuevamente el ergómetro. Ahora brillaba mucho más, y volvió a seguir la dirección indicada.

¡Más brillante, más brillante! Fuera lo que fuese aquello que estaba siguiendo, era algo que cambiaba de posición. La fuente de rayos gamma no era un punto fijo en la superficie de Mercurio.

Y eso significaba que no era un afloramiento de mineral radioactivo. Tenía que ser algo portátil, y Lucky pensó que era un hombre o algo perteneciente al hombre.

Lucky vio primeramente a la figura como una partícula moviente, negra sobre el rojizo terreno. Esto ocurrió al cabo de largo rato de caminata a sol abierto, en un momento en que se disponía a buscar una sombra donde eliminar el calor que había ido acumulando lentamente.

En lugar de eso, aceleró el paso. Estimó que la temperatura externa del traje no debía haber alcanzado todavía el punto de ebullición del agua. Afortunadamente, dentro era mucho menor.

Pensó sombríamente si el Sol estuviera alto y no en el horizonte, incluso aquellos trajes serían inútiles.

La figura no le prestó atención. Continuó su camino, con un paso que no le denunciaba precisamente como a un experto en baja gravedad al igual que Lucky. En realidad, su forma de andar casi podía ser descrita como pesada. Sin embargo, lograba devorar espacio. Avanzaba rápidamente.

No llevaba traje aislante. Incluso a larga distancia, la superficie expuesta a la mirada de Lucky era, sin lugar a dudas, de metal.

Lucky se detuvo un momento a la sombra de una roca, pero salió nuevamente al sol antes de que hubiera tenido tiempo de enfriarse.

La figura parecía ajena al calor. Por lo menos, en el tiempo que Lucky llevaba vigilándole no había hecho ademán de entrar en ninguna sombra, a pesar de haber pasado a pocos metros de algunas.

Lucky asintió pensativamente. Todo encajaba.

Apresuró el paso. El calor estaba empezando a ser agobiante. Pero ahora sólo era cuestión de minutos.

Ya había abandonado sus largas zancadas. Toda su energía muscular estaba empleada en correr a grandes saltos de hasta cinco metros cada uno.

Gritó

-¡Oye, tú! ¡Oye! ¡Date la vuelta!

Lo dijo imperativamente, con toda la autoridad de que fue capaz, confiando en que el otro recibiera su señal radiofónica y no tuviesen que limitarse a hablar por signos.

La figura se volvió lentamente, y Lucky lanzó un profundo suspiro de satisfacción. Por lo menos hasta el momento era tal como él había pensado, pues la figura no correspondía a un hombre... ¡ni era nada humano!

Librodot

11. ¡SABOTEADOR!

La figura era alta, incluso más alta que Lucky. Debía medir más de dos metros, y era ancha en proporción. Todo lo que se veía era reluciente metal, brillante donde reflejaba los rayos del Sol, y negro donde no ocurría así. Pero debajo del metal no había carne ni sangre, sólo más metal, maquinaria, tubos y una micropila que dotaba a la figura de energía nuclear y producía los rayos gamma que Lucky había detectado con su ergómetro de bolso.

Las extremidades de la criatura eran monstruosas y sus piernas se mantuvieron considerablemente separadas en el estado de inmovilidad en que se encontraba frente a Lucky. A modo de ojos tenía dos células fotoeléctricas que despedían brillantes rayos rojos. Su boca no era más que un corte sobre el metal en la parte baja de su cara.

Era un hombre mecánico, un robot, y a Lucky le bastó una mirada para saber que no era un robot de manufactura terrestre. La Tierra había inventado el robot positrónico, pero nunca había construido un modelo como aquél.

La boca del robot se abrió y cerró con movimientos irregulares como si hablara.

Lucky habló severamente, pues sabía que era esencial afirmarse como un hombre y, por lo tanto, como amo desde el primer momento.

-No puedo oír ningún sonido en el vacío, robot. Conecta la radio.

Y entonces la boca del robot permaneció inmóvil, pero en el receptor de Lucky sonó una voz, áspera y desigual, con las palabras extrañamente espaciadas. Dijo:

-¿Quién es usted, señor? ¿Qué hace aquí?

-No me hagas preguntas -dijo Lucky-. ¿Qué haces tú aquí?

Un robot no podía decir más que la verdad. Contestó

-He sido instruido para destruir ciertos objetos a intervalos.

-¿Por quién?

-He sido instruido para no responder a esta pregunta.

-¿Eres de fabricación siriana?

-Fui construido en uno de los planetas de la Confederación Siriana.

Lucky frunció el ceño. La voz de la criatura era verdaderamente desagradable. Los pocos robots de fabricación terrestre que Lucky había tenido ocasión de ver en laboratorios experimentales disponían de cajas vocales que, por sonido directo o por radio, parecían tan agradables y naturales como una voz humana bien cultivada. Era indudable que los sirianos tenían que perfeccionarse en este sentido.

Lucky pasó a concentrarse en un problema más inmediato. Dijo:

-Tengo que encontrar una zona sombreada. Ven conmigo.

El robot se apresuró a responder:

-Le conduciré a la sombra más próxima. -Partió a un cierto trote, moviendo las piernas de metal con bastante irregularidad. Lucky siguió a la criatura. No necesitaba guía para llegar a la sombra, pero se rezagó tras el robot para observar su paso.

Lo que, desde lejos, pareciera a Lucky un paso lento o pesado, resultó ser una pronunciada cojera. Cojera y voz áspera. Dos imperfecciones en un robot cuya apariencia externa era la de una magnífica maravilla

mecánica. Llegó a la forzosa conclusión de que el robot no debía de estar adaptado al calor y a la radiación de Mercurio. Probablemente, la exposición lo había dañado. Lucky era lo bastante científico como para sentir lástima por ello. Era demasiado hermoso para que sufriera tales desperfectos.

Contempló la máquina con admiración. Debajo de aquel macizo cráneo de acero cromado había un delicado ovoide de esponjoso platino iridio de un tamaño aproximado a un cerebro humano. En su interior, trillones y trillones de positrones surgían y se desvanecían en millonésimas de segundo. A medida que surgían y se desvanecían, trazaban caminos calculados con anterioridad que duplicaban, en forma simplificada, las células pensantes del cerebro humano.

Los ingenieros habían calculado estas sendas positrónicas a conveniencia de la humanidad, y habían trazado en ellas las Tres Leyes de la Robótica.

La Primera Ley era que un robot no podía hacer daño a ningún ser humano ni dejar que se lo hicieran. No había nada más importante que eso. Nada podía desbancarla.

La Segunda Ley era que un robot debía obedecer órdenes a excepción de aquellas que contravinieran la Primera Ley.

La Tercera Ley permitía al robot protegerse a sí mismo, siempre que la Primera y Segunda Ley no fueran quebrantadas.

Lucky volvió a la realidad al ver que el robot tropezaba y estaba a punto de caerse. No había ninguna desigualdad en el terreno, ningún escollo con el que hubiera podido topar. De haberlo habido, una línea de sombra negra lo habría denunciado.

El-terreno era completamente liso en aquel punto. El paso del robot se había quebrado sin una razón concreta y le había hecho tambalear. El robot se recuperó tras balancearse violentamente. Una vez hecho esto, reemprendió su marcha hacia la sombra como si nada hubiera pasado.

Lucky pensó: «Es indudable que funciona mal»

Entraron juntos en la sombra, y Lucky encendió la luz de su traje.

Dijo:

-Haces mal en destruir una instalación necesaria. Estás perjudicando a los hombres.

No se reflejó ninguna emoción en el rostro del robot; no era posible. Tampoco se reflejó en su voz. Dijo:

-Estoy obedeciendo órdenes.

-Esta es la Segunda Ley -repuso severamente Lucky-. Sin embargo, no puedes obedecer órdenes que dañen a los seres humanos. Esto sería violar la Primera Ley.

-No he visto a ningún hombre. No he dañado a nadie.

-Has dañado a hombres que no veías. Te lo digo yo.

-No he dañado a ningún hombre -repitió obstinadamente el robot, y Lucky se extrañó de esta repetición. A pesar de su magnífico aspecto, quizá no fuera un modelo muy avanzado.

El robot prosiguió:

-He sido instruido para evitar a los hombres. He sido advertido de la proximidad de los hombres, pero no he sido advertido de la suya.

Librodot

Lucky clavó la mirada en un punto del paisaje mercuriano, más allá de la sombra, rojizo y gris en su mayor parte pero salpicado de grandes manchas formadas por el material negro que parecía tan común en aquella parte de Mercurio. Pensó en el relato de Mindes acerca de haber divisado al robot dos veces (ahora tenía sentido) y haberlo perdido al tratar de acercarse. Su propia invasión secreta del lado solar, combinada con el uso del ergómetro, afortunadamente había tenido éxito.

Con súbita energía preguntó:

-¿Quién te dijo que evitaras á los hombres?

La verdad era que Lucky no esperaba sorprender al robot. La mente de un robot es maquinaria, pensó. No puede ser engañada o inducida, del mismo modo que no se puede obligar a una luz de traje a encenderse dando al interruptor y simulando cerrar el contacto. El robot dijo:

-He sido instruido para no responder a esta pregunta. -Entonces lentamente, como si pronunciara las palabras contra su voluntad, dijo-: No deseo que siga haciéndome este tipo de preguntas; son molestas.

Lucky pensó: «Quebrantar la Primera Ley sería más molesto»

Salió deliberadamente de la sombra. Preguntó al robot que le siguió: -¿Cuál es tu número de serie?

-RL-726.

-Muy bien, RL-726, ¿te das plena cuenta de que soy un hombre?

-Sí.

-No estoy equipado para resistir el calor del Sol de Mercurio.

-Yo tampoco -repuso el robot.

-Ya lo he notado -dijo Lucky pensando en el tropezón que diera el robot unos minutos antes-. No obstante, un hombre está mucho menos equipado para ello que un robot. ¿Lo comprendes?

-Sí.

-En este caso, escucha. Quiero que interrumpas tus actividades destructivas, y quiero que me digas quién te ordenó destruir las instalaciones.

-He sido instruido para...

-Si no me obedeces -dijo Lucky, alzando la voz-, permaneceré al Sol hasta caer muerto y tú habrás violado la Primera Ley, puesto que me habrás dejado morir pudiendo evitarlo.

Lucky aguardó sombríamente. Naturalmente, la declaración de un robot no podía ser aceptada como evidencia en ningún tribunal, pero serviría para asegurarle que estaba en la buena pista si le decía lo que quería.

Pero el robot no dijo nada. Se balanceaba. Uno de los ojos se extinguió repentinamente (¡otra imperfección!) y volvió a brillar casi enseguida. Su voz esbozó una especie de graznido, y después dijo en un murmullo:

-Le pondré a salvo.

-Me resistiré -dijo Lucky-, y tendrás que hacerme daño. Si respondes a mi pregunta, volveré a la sombra por mi propio pie, y me habrás salvado la vida sin causarme absolutamente ningún daño.

Silencio. Lucky dijo:

-¿Me dirás quién te ordenó destruir las instalaciones?

Librodot

Y entonces el robot avanzó repentinamente, y no se detuvo hasta encontrarse a medio metro de Lucky.

-Le he dicho que no me hiciera esta pregunta.

Adelantó las manos como si fuese a agarrar a Lucky, pero no completó el movimiento. Lucky lo observó sombríamente, pero con tranquilidad. Un robot no podía atacar a ningún ser humano.

Pero entonces el robot alzó una de sus enormes manos y se la llevó a la cabeza, exactamente igual que si fuera un hombre con dolor de cabeza.

¡Dolor de cabeza!

Una súbita idea asaltó a Lucky. ¡Gran Galaxia! ¡Había estado ciego, estúpida y criminalmente ciego!

No eran las piernas del robot las que funcionaban mal, ni la voz, ni los ojos. ¿Cómo iba a afectarles el calor? Era -tenía que serlo- el mismo cerebro positrónico lo que estaba afectado; el delicado cerebro positrónico, que había estado expuesto al calor y la radiación del Sol de Mercurio, ¿durante cuánto tiempo? ¿Meses?

Aquel cerebro ya debía estar parcialmente estropeado.

Si el robot hubiera sido humano, habría podido decirse que se hallaba en una de las fases de una depresión mental. Habría podido decirse que estaba en camino de volverse loco. ¡Un robot loco! ¡Enloquecido por el calor y la radiación!

¿Hasta qué punto se mantendrían las Tres Leyes en un cerebro positrónico estropeado? Y allí estaba Lucky Starr, amenazando a un robot con su propia muerte, mientras aquel mismo robot, casi loco, avanzaba hacia él con los brazos extendidos.

El dilema en que Lucky había colocado al robot podía contribuir a su locura. Cautelosamente, Lucky retrocedió. Dijo: -¿Te encuentras bien?

El robot no contestó. Sus pasos se apresuraron.

Lucky pensó: «Está a punto de romper la Primera Ley; debe estar al borde de la disolución completa. Un cerebro positrónico tiene que estar hecho pedazos para ser capaz de una cosa así. Sin embargo, por otra parte, el robot había resistido durante meses. Podía resistir muchos meses más.

Habló en un desesperado intento de retrasar los acontecimientos y disponer de tiempo para pensar.

Preguntó

-¿Tienes dolor de cabeza?

-¿Dolor? -repitió el robot-. No sé el significado de esa palabra.

Lucky dijo:

-Me estoy acalorando. Será mejor que nos retiremos a la sombra.

Nada de hablar de dejarse morir de calor. Se alejó casi corriendo.

La voz del robot resonó con estruendo: -Me han dicho que evitara cualquier interferencia en las órdenes recibidas.

Lucky sacó la pistola y suspiró. Sería una lástima verse obligado a destruir el robot. Constituía un trabajo magnífico, y el Consejo podría investigar sus funciones con provecho. Y destruirlo sin haber obtenido siquiera la información deseada le repugnaba.

Lucky dijo:

-Detente donde estás.

Los brazos del robot se movieron espasmódicamente al tiempo que echaba a correr, y Lucky se escapó por los pelos gracias a un salto muy oportuno, en el que aprovechó al máximo la ventaja proporcionada por la gravedad de Mercurio.

Si lograra adentrarse en la sombra; si el robot le siguiera hasta allí...

El frío podría calmar aquellas sendas positrónicas desequilibradas. Quizá se volviera más dócil, más razonable, y Lucky pudiera evitar su destrucción.

Lucky volvió a saltar a un lado, y el robot pasó corriendo nuevamente junto a él, levantando con sus piernas metálicas una nube de piedrecillas negras que cayó rápida y limpiamente sobre la superficie de Mercurio, ya que no había atmósfera que la mantuviera en suspenso. Era una extraña persecución, la caza del hombre y el robot acallada y silenciada por el vacío.

La confianza de Lucky aumentó. Los movimientos del robot eran cada vez más espasmódicos. Su control de los mecanismos y relés que manipulaban sus extremidades era imperfecto y cada vez lo era más.

Sin embargo, el robot estaba intentando alejarse de la sombra. Estaba, definitiva e indudablemente, tratando de matarle.

Y Lucky seguía sin decidirse a utilizar la pistola.

Se detuvo en seco. El robot también se detuvo. Se encontraban cara a cara, a un metro y medio de distancia, inmóviles sobre la mancha negra de sulfuro de hierro. La negrura no hacía más que acrecentar el calor y Lucky sintió una creciente debilidad. El robot se interponía sombríamente entre Lucky y la sombra.

Lucky dijo:

-Apártate de mi camino. -Hablar le resultaba difícil.

El robot contestó:

-Me han dicho que evitara cualquier interferencia en las órdenes recibidas. Usted ha interferido.

Lucky ya no tenia alternativa. Había calculado mal. Nunca se le había ocurrido dudar de la validez de las Tres Leyes bajo cualquier circunstancia. La verdad se le había revelado demasiado tarde, y su error le había llevado a esto: el peligro de su propia vida y la necesidad de destruir un robot.

Alzó la pistola tristemente.

Y casi enseguida se dio cuenta de que había cometido otro error. Había esperado demasiado, y la acumulación de calor y cansancio había convertido su cuerpo en una máquina tan imperfecta como la del robot. Su brazo se elevó lentamente, y el robot pareció crecer en tamaño ante su mente y visión exhaustas.

El robot hizo un rápido movimiento, y esta vez el cansado cuerpo de Lucky no pudo aventajarle en rapidez. La pistola fue arrebatada de la mano de Lucky y salió por los aires. El brazo de Lucky se encontró fuertemente apretado por una mano de metal, y su cintura fue rodeada por un brazo de metal.

Ni aun en las mejores circunstancias, Lucky hubiera podido luchar con los músculos de acero del hombre mecánico. Ningún ser humano hubiera podido hacerlo. Ahora sintió que toda capacidad de resistencia se desvanecía. Únicamente sintió el calor.

El robot aumentó la presión, doblando a Lucky hacia atrás como si fuera un muñeco de trapo. Lucky pensó aturdidamente en la debilidad estructural del traje aislante. Un traje espacial ordinario le habría protegido incluso contra la fuerza de un robot. Un traje aislante, no. En cualquier momento, una parte de él podía doblarse y ceder.

Lucky agitó desesperadamente el brazo libre, arañando con los dedos las negras piedrecillas del suelo.

Le asaltó una repentina idea. Intentó con todas sus fuerzas aprestarse para evitar lo que parecía una muerte inevitable a manos de un robot loco.

Librodot

12. PRELUDIO DE UN DUELO

El apuro en que Lucky se encontraba era análogo, pero a la inversa, de aquel que Bigman tuvo que afrontar unas horas antes. Bigman había sido amenazado no por el calor, sino por un frío creciente. Estaba apresado en las garras de las pétreas «cuerdas» tan firmemente como Lucky en las del robot metálico. Sin embargo, en cierto modo, la situación de Bigman permitía conservar alguna esperanza. Su mano aterida se asía desesperadamente a la pistola encerrada en el puño de Urteil.

Y la pistola se desprendía. De hecho, se soltó tan repentinamente que los dedos ateridos de Bigman estuvieron a punto de dejarla caer.

-¡Arenas de Marte! -murmuró, agarrándola.

Si hubiera sabido cuál era el punto vulnerable de los tentáculos, si hubiera podido destrozar cualquier parte de esos tentáculos sin matar a Urteil ni matarse él mismo, el problema habría sido muy sencillo. En su caso, sólo había una carta a la que apostar, y no muy buena por cierto.

Tocó con el pulgar el control de intensidad, apretándolo más y más. Estaba adormeciéndose, lo cual era mala señal. Ya hacía varios minutos que Urteil no daba ningún signo de vida.

Ahora tenía la intensidad en el mínimo. Una cosa más; debía llegar al activador con el índice sin soltar la pistola.

¡Cielos! No podía soltarla.

El índice rozó el lugar debido y lo apretó. La pistola se calentó. Se dio cuenta de ello por el opaco resplandor rojo de la rejilla que cubría el cañón. Aquello no era conveniente para la rejilla, puesto que una pistola no estaba destinada para servir de rayo calorífico, pero no importaba.

Con toda la fuerza que le quedaba, Bigman lanzó la pistola lo más lejos que pudo. Entonces le pareció como si la realidad se tambaleara un momento, y él se encontrara al borde de la inconsciencia.

Después sintió la primera oleada de calor, una pequeña filtración de calor que entraba en su cuerpo procedente de la unidad motriz, y lanzó un débil grito de alegría. El calor era suficiente prueba de que la energía había dejado de alimentar los voraces cuerpos de aquellos tentáculos consumidores de calor.

Movió los brazos. Levantó una pierna. Estaban libres. Los tentáculos se habían ido.

La intensidad de la luz de su traje había aumentado, y pudo ver claramente el lugar donde cayera la pistola. El lugar, sí, pero la pistola no. En el sitio donde ésta debía hallarse sólo había una masa moviente de tentáculos grises entrelazados.

Con temblorosos movimientos, Bigman cogió la pistola de Urteil y, poniéndola al mínimo, la tiró más allá de la primera. Eso distraería a la criatura si la energía de la primera se agotaba.

Bigman exclamó impacientemente: -¡Eh, Urteil! ¿Me oye?

No recibió contestación.

Con toda la fuerza que pudo reunir, arrastró a la figura cubierta con el traje espacial lejos de aquel lugar. La luz del traje de Urteil brillaba débilmente, y el indicador de la unidad motriz revelaba que no estaba

completamente vacía. La temperatura dentro del traje se normalizaría enseguida.

Bigman llamó al Centro. Ahora ya no era posible otra decisión. En su estado de debilidad, con el suministro de energía a un nivel tan bajo, otro encuentro con vida mercuriana les remataría. Y ya se las arreglaría para proteger a Lucky como pudiera.

Fue notable la rapidez con que acudieron a rescatarlos.

Con dos tazas de café y una comida caliente en el estómago, rodeado por la luz y el calor del Centro, la flexible mente de Bigman consideró el reciente horror con la debida perspectiva. Ya no era más que un desagradable recuerdo.

El doctor Peverale revoloteaba a su alrededor con un aire parcialmente similar a una madre ansiosa y a un anciano nervioso. Su cabello gris acerado estaba en desorden.

-¿Está seguro de que se encuentra bien, Bigman? ¿No le duele nada?

-Estoy perfectamente. Nunca me había sentido mejor -insistió Bigman-. La cuestión es, ¿cómo está Urteil?

-Al parecer, se recuperará. -La voz del astrónomo se enfrió-. El doctor Gardoma le ha examinado y afirma que no hay ningún motivo de preocupación.

-Estupendo -dijo Bigman casi con alegría.

El doctor Peverale preguntó con cierta sorpresa:

-¿Acaso le inquieta su estado?

-Claro que sí, doctor. Tengo planes para él.

El doctor Hanley Cook entró en aquel momento, casi temblando de excitación.

-Hemos enviado algunos hombres a las minas para tratar de coger alguna de esas criaturas. Se han llevado unidades térmicas; son el cebo para los peces, ¿saben? -Se volvió a Bigman-. Fue una suerte que pudieran escapar.

La voz de Bigman se hizo estridente y pareció ofendido.

-No fue suerte, fue cerebro. Me imaginé que lo que buscaban era calor. Supuso que era su fuente de energía preferida, así que se la proporcioné.

El doctor Peverale se fue entonces, pero Cook permaneció allí, hablando de las criaturas, yendo y viniendo de un lado a otro, y tejiendo una suposición tras otra.

-¡Imagínese! Las viejas historias de muerte por congelación en las minas eran ciertas. ¡Realmente ciertas! ¡Piénselo! No son más que tentáculos rocosos que actúan como esponjas caloríficas, absorbiendo energía donde quiera que hagan contacto. ¿Está seguro de la descripción, Bigman?

-Claro que lo estoy. Cuando atrapen una, lo verá por sí mismo.

-¡Vaya descubrimiento!

-¿Cómo se explica que no hayan sido descubiertas hasta ahora? -preguntó Bigman.

-Por lo que me cuenta, adquieren el aspecto de aquello que les rodea. Mimetismo protector. Además, sólo atacan a hombres aislados. Quizá -dijo con creciente excitación y sin dejar de entrelazar y doblar los dedos- tengan alguna clase de instinto, alguna inteligencia rudimentaria que les

mantenga ocultas. Estoy seguro de ello. Es una clase de inteligencia que les mantenía fuera de nuestro camino. Sabían que su única seguridad estaba en la oscuridad, así que sólo atacaban a hombres aislados. Después, durante treinta años o más no aparece ningún hombre en las minas. Su preciosa fuente de calor desapareció, pero no sucumbieron a la tentación de invadir el Centro. Pero cuando el hombre volvió a bajar a las minas, la tentación fue demasiado grande y una dé las criaturas atacó, aun cuando había dos hombres y no uno. Para ellas, fue fatal. Han sido descubiertas.

-¿Por qué no van al lado solar, si quieren energía y son tan inteligentes? -inquirió Bigman.

-Quizá sea demasiado caluroso -se apresuró a responder Cook.

-Se lanzaron sobre la pistola y estaba al rojo vivo.

-El lado solar puede tener demasiada radiación. Es posible que no estén adaptadas a ella. O quizá haya otra especie de criaturas parecidas en el lado solar. ¿Cómo vamos a saberlo? Quizá las del lado oscuro vivan de minerales radioactivos y del resplandor coronario.

Bigman se encogió de hombros. Opinaba que tales especulaciones eran inútiles.

Y la línea de pensamiento de Cook pareció cambiar también. Miró especulativamente a Bigman, rascándose la barbilla con un dedo.

-Así que ha salvado la vida de Urteil.

-Exacto.

-Bueno, quizá haya hecho bien. Si Urteil hubiera muerto, le habrían culpado a usted. El senador Swenson habría podido hacerles las cosas muy difíciles, a usted, a Starr y al Consejo. No importa la explicación que usted hubiera dado, la cuestión es que habría estado allá cuando Urteil muriera, y eso habría sido suficiente para Swenson.

-Escuche -dijo Bigman, con impaciencia-, ¿cuándo podré ver a Urteil?

-Cuando el doctor Gardoma lo diga.

-En este caso, póngase en comunicación con él y dígale que me dé permiso.

Cook clavó pensativamente la mirada en el pequeño marciano.

-¿Qué se propone?

Y como Bigman tenía que hacer algunos arreglos relativos a la gravedad, explicó parte de su plan a Cook.

El doctor Gardoma abrió la puerta y franqueó la entrada a Bigman.

-Es todo suyo, Bigman -susurró-. Yo no lo resisto.

Salió de la habitación, y Bigman y Urteil se encontraron nuevamente solos.

Jonathan Urteil estaba ligeramente pálido donde la barba ocultaba su cara, pero éste era el único signo de la pasada experiencia. Separó los labios en una desagradable sonrisa.

-Sigo estando de una pieza, si esto es lo que ha venido a ver.

-Esto es lo que he venido a ver. Además, quiero hacerle una pregunta. ¿Sigue creyendo todavía esa estupidez de que Lucky Starr se dispone a preparar una base siriana falsa en las minas?

-Me propongo demostrarlo.

-Mire, compañero, usted sabe que es una mentira, y no vacilará en falsear las pruebas si puede. ¡Falsearlas! No es que espere verlo de rodillas para agradecerme que le haya salvado la vida.

-¡Espere! -El rostro de Urteil se congestionó lentamente-. Lo único que recuerdo es que aquella cosa me atacó por sorpresa. Eso fue un accidente. Después no sé lo que ocurrió. Lo que usted dice no significa nada para mí.

Bigman lanzó un grito de indignación. -Usted, asquerosa alimaña del espacio, chilló pidiendo socorro.

-¿Tiene algún testigo? No me acuerdo de nada.

-¿Cómo cree que se escapó?

-No creo nada. Es posible que el bicho se fuera. Quizá ni siquiera existiese el tal bicho. Es posible que se desprendiera una roca y me golpeara. Si ha venido a verme con la esperanza de que me eche en sus brazos y le prometa olvidarme de su oportunista amigo, voy a decepcionarle. Si no tiene nada más gire decir, ya puede largarse.

Bigman repuso.

-Se ha olvidado de una cosa; intentó matarme.

-¿Tiene algún testigo? Si no se larga inmediatamente, me levanto y le saco por la fuerza, enanito.

Bigman se mantuvo heroicamente tranquilo. -Haré un trato con usted, Urteil. No ha vacilado en amenazarme siempre que ha querido porque mide unos centímetros más que yo y pesa unos cuantos kilos más, pero la única vez que le ataqué se puso pálido como un cobarde.

-Me atacó con un cuchillo energético y estando yo desarmado, no lo olvide.

-Mantengo que se puso pálido. Atrévase conmigo, ahora. Sin armas. ¿O está demasiado débil?

-¿Débil para enfrentarme con usted? ¡Dos años en el hospital y aún no estaría demasiado débil!

-¡Pues pelee! ¡Ante testigos! Usaremos la planta de energía. Ya he hablado de ello con Cook.

-Cook debe odiarle. ¿Qué hay de Peverale?

-No se lo hemos dicho. Y Cook no me odia.

-Parece impaciente por verle muerto, pero no le daré esa satisfacción. ¿Por qué iba a pelearme yo con alguien como usted?

-¿Asustado?

-Repito: ¿por qué? Usted ha hablado de un trato.

-De acuerdo. Si usted gana, no diré una palabra de lo que sucedió en las minas, lo que sucedió en realidad. Si gano yo, deja en paz al Consejo.

-Vaya un trato. ¿Por qué iba a inquietarme lo que dijera de mí?

-No tendrá miedo de perder, ¿verdad?

-¡Cielos! -La exclamación fue suficiente.

Bigman dijo:

-Pues, ¿entonces? .

-Usted debe creer que soy tonto. Si peleo con usted ante testigos, seré acusado de asesinato. En cuanto le empuje con un dedo, caerá en redondo. Busque otro medio de suicidarse.

-Muy bien. ¿Cuántos kilos más que yo cree usted que pesa?

-Cincuenta -dijo despreciativamente Urteil.

-Cincuenta kilos de grasa -gruñó Bigman, con el rostro contraído en una mueca amenazadora-. Le diré lo que vamos a hacer; pelearemos bajo la gravedad mercuriana. Esto reduce su ventaja a veinte kilos, y mantiene su ventaja de inercia. ¿Le parece justo?

Urteil repuso.

-¡Cielos, me gustaría darle un puñetazo y cerrarle la boca de un solo golpe!

-Tiene la oportunidad de hacerlo. ¿Cerramos el trato?

-Por la Tierra que lo cerramos. Intentaré no matarle, pero esto es todo lo que le prometo. Usted mismo me lo ha pedido, me lo ha rogado incluso.

-De acuerdo. Ahora en marcha; en marcha.

Y Bigman estaba tan ansioso que salió dando saltitos y puñetazos en el aire. De hecho, su impaciencia por comenzar el duelo era tal que no dedicó un solo pensamiento a Lucky ni tuvo ningún presentimiento de desastre. No tenía forma de saber que, sólo unas horas antes, Lucky había librado un duelo mucho más peligroso que el que Bigman acababa de proponer.

El nivel de energía tenía sus tremendos generadores y equipo pesado, pero también disponía de un amplio espacio para las reuniones del personal. Era la parte más antigua del Centro. En los primeros tiempos, incluso antes de que el primer pozo minero hubiera sido abierto en el suelo de Mercurio, los ingenieros encargados de su construcción habían dormido en aquel espacio entre los generadores. Incluso ahora se empleaba ocasionalmente para alguna sesión cinematográfica.

Ahora servía de ring, y Cook, junto con una media docena de técnicos, permanecía no lejos de él.

-¿Eso es todo? -inquirió Bigman. Cook dijo:

-Mindes y sus hombres están en el lado solar. Hay diez hombres en las minas a la busca y captura de sus «cuerdas», y el resto está de servicio. Miró con aprensión a Urteil y preguntó-: ¿Está seguro de que sabe lo que hace, Bigman?

Urteil iba desnudo hasta la cintura. Tenía el pecho y los hombros cubiertos por abundante pelo, y movía los músculos con atlética satisfacción.

Bigman miró indiferentemente en dirección a Urteil.

-¿Todo dispuesto con la gravedad?

-La desconectaremos a la señal convenida. He arreglado los mandos para que el resto del Centro no se vea afectado. ¿Ha estado Urteil de acuerdo?

-Claro que sí -sonrió Bigman-. No hay razón para inquietarse, amigo.

-Así lo espero -dijo fervientemente Cook. Urteil gritó:

-¿Cuándo empezamos? -Después, mirando al pequeño grupo de espectadores, preguntó-: ¿Quién se arriesga a apostar por el mono?

Uno de los técnicos miró a Bigman con una sonrisa de inseguridad. Bigman, ahora desnudo hasta la cintura, parecía sorprendentemente fuerte, pero la diferencia de tamaño confería al encuentro una apariencia grotesca.

-Nada de apuestas -dijo el técnico.

-¿Todos listos? -inquirió Cook.

-Yo, sí -repuso Urteil.

Cook se pasó la lengua por los descoloridos labios y bajó el interruptor principal. Se produjo un cambio en la intensidad de sonido de los generadores.

Bigman se tambaleó con la súbita pérdida de peso. Lo mismo sucedió a todos los demás. Urteil tropezó, pero se recobró rápidamente y avanzó hacia el centro del espacio. No se molestó en levantar los brazos, sino que permaneció en actitud de espera y postura de completo descanso.

-Empieza de una vez, microbio -dijo.

Librodot

13. RESULTADOS DE UN DUELO

Por su parte, Bigman avanzó con suaves movimientos de sus piernas, que se tradujeron en lentos gráciles pasos, como si estuviera sobre muelles.

En cierto modo, así era. La gravedad de la superficie de Mercurio era casi exactamente igual a la gravedad de la superficie de Marte, a la que estaba muy acostumbrado. Sus fríos ojos grises, de escrutadora mirada, observaron todos los balanceos del cuerpo de Urteil y todos los movimientos de sus músculos al tratar de mantenerse en pie.

Los pequeños errores de juicio, incluso en algo tan simple como mantener el equilibrio, eran inevitables al desenvolverse en una gravedad a la que no estaba acostumbrado.

Bigman se puso rápidamente en movimiento, saltando de un pie a otro y de un lado a otro en algo similar a un baile, que si bien era divertido resultaba altamente desconcertante.

-¿Qué es esto? -gruñó Urteil con exasperación-. ¿Un vals marciano?

-Algo así -repuso Bigman. Disparó un brazo, y sus nudillos desnudos golpearon a Urteil en el costado con un ruido sordo, haciendo tambalear a su contrincante.

Un murmullo recorrió a los espectadores y se oyó un grito de «¡Bien, muchacho!» Bigman permaneció inmóvil, con los brazos en jarras, esperando que Urteil recobrara el equilibrio.

Urteil lo hizo así en cuestión de cinco segundos, pero ahora tenía una contusión en el costado y una mancha roja en las mejillas.

Disparó fuertemente el brazo, con la palma de la mano derecha medio abierta como si una bofetada fuera suficiente para poner fuera de combate a aquel repugnante insecto.

Pero el golpe no dio en el blanco y Urteil se fue detrás del puño. Bigman se había agachado, esquivando el puñetazo por sólo unos centímetros y con la seguridad de un cuerpo perfectamente coordinado. Los esfuerzos de Urteil para detenerse le hicieron tambalear peligrosamente, de espaldas a Bigman.

Bigman apoyó un pie en el trasero de Urteil y le dio un ligero empujón. Esto le hizo retroceder saltando sobre el otro pie, pero Urteil se cayó lentamente de bruces.

Hubo una explosión de risas entre las filas de espectadores.

Uno de los técnicos gritó:

-He cambiado de opinión, Urteil; voy a apostar.

Urteil no dio muestras de haberlo oído. Se hallaba nuevamente frente a Bigman, y de la comisura de sus gruesos labios se escapaba una viscosa gota de salivar

-¡Aumenten la gravedad! -chilló con voz ronca-. ¡Pongan la gravedad normal!

-¿Qué pasa, gordinflón? -se burló Bigman-. ¿No tiene bastante con veinte kilos a su favor?

-Le mataré; le mataré -gritó Urteil.

-¡Adelante! -Bigman extendió los brazos en burlona invitación.

Pero Urteil no había perdido totalmente la razón. Rodeó a Bigman, saltando con torpeza. Dijo:

Librodot

-En cuanto me acostumbre a la gravedad, te agarraré por cualquier sitio y te retorceré la parte que sea.

-Retuerce.

Pero un ansioso silencio reinaba ahora entre los hombres que contemplaban la pelea. Urteil era un barril inclinado, con los brazos extendidos y las piernas separadas. Iba recobrando el equilibrio, a medida que se acostumbraba a la gravedad reducida.

En comparación, Bigman era un delgado tallo. Podía ser tan ágil y rápido como un bailarín, pero parecía lastimosamente pequeño.

Bigman no tenía aspecto de estar preocupado. Salió hacia delante con un súbito movimiento de, pies que le hizo volar por los aires, y cuando Urteil se abalanzó hacia la elevada figura, Bigman levantó los pies y se encontró detrás de su adversario antes de que el otro tuviera tiempo de volverse.

Hubo un fuerte aplauso, y Bigman esbozó una sonrisa.

Realizó algo semejante a una pirueta al escurrirse por debajo de uno de los grandes brazos que le amenazaban, alargando un brazo y dejando caer el canto de la mano sobre el bíceps.

Urteil ahogó una exclamación de dolor y giró de nuevo.

Urteil recibía ahora todas estas provocaciones destinadas a impresionar a los asistentes con una calma que no presagiaba nada bueno. Bigman, por su parte, intentaba conseguir por todos los medios que Urteil hiciera un movimiento brusco y perdiese el equilibrio.

Adelante y atrás; golpes rápidos y fuertes, que por todas sus características representaban una provocación.

Pero, en el interior del pequeño marciano, nacía un nuevo respeto hacia Urteil. El hombre le hacía frente. Se mantenía firme como un oso que rechaza el ataque de un perro de presa. Y Bigman era el perro de presa, que sólo podía rondar por los alrededores, gruñir, ladrar y permanecer fuera del alcance de las garras del oso.

Urteil parecía incluso un oso con su cuerpo peludo y voluminoso, sus pequeños ojos inyectados en sangre y su rostro oculto por una incipiente barba.

-Pelea, hombre -incitó Bigman-. Soy el único en proporcionar distracción a los espectadores.

Urteil meneó lentamente la cabeza y dijo: -Acércate.

-Desde luego -repuso jovialmente Bigman, precipitándose sobre él. Con veloces movimientos, pegó a Urteil en el lado de la mandíbula, y pasó por debajo de su brazo y se apartó casi al mismo tiempo.

Urteil movió ligeramente el brazo, pero era demasiado tarde y no completó el movimiento. Se balanceó un poco.

-Vuelve a intentarlo -dijo.

Bigman volvió a intentarlo, retorciéndose y agachándose esta vez por debajo del otro brazo y concluyendo con una pequeña reverencia con la que agradeció las exclamaciones de aprobación.

-Vuelve a intentarlo -dijo pesadamente Urteil..

-Desde luego -repuso Bigman. Y le embistió.

Esta vez Urteil estaba preparado. No movió ni la cabeza ni los brazos, pero lanzó el pie derecho hacia adelante.

Bigman se dobló en dos en el aire, o trató de hacerlo, pero no lo consiguió totalmente. Uno de sus tobillos recibió el brutal puntapié de Urteil. Bigman lanzó un aullido de dolor. El rápido movimiento de Urteil le impulsó hacia adelante, y Bigman, con un rápido y desesperado empujón en la espalda del otro, aceleró dicho movimiento.

Esta vez Urteil, más acostumbrado a la gravedad, no cayó de bruces como antes y se recuperó con mayor rapidez, mientras Bigman, con el tobillo dolorido, se movía a su alrededor con alarmante torpeza.

Con un estridente grito Urteil cargó sobre él y Bigman, que se apoyaba en el pie sano, no fue bastante rápido. Recibió uno de los puñetazos en pleno hombro derecho. El otro le golpeó en el codo derecho. Ambos se desplomaron al mismo tiempo.

Un grito se escapó de las bocas de los espectadores y Cook, que estaba pálido, exclamó: «¡Detengan la pelea!» con una voz ronca que fue completamente desoída.

Urteil se puso en pie, sin soltar a Bigman, levantando al marciano como si fuera una pluma. Bigman, con el rostro contraído por el dolor, se retorció para poner un pie en el suelo.

Urteil susurró al oído de su pequeño compañero:

-Te creíste muy listo al convencerme para luchar en un ambiente de baja gravedad. ¿Sigues pensando lo mismo?

Bigman no perdió el tiempo en reflexionar. Tenía que apoyar, por lo menos, un pie en el suelo. O en la rótula de Urteil, pues su pie derecho se posó momentáneamente en la rodilla de Urteil y tuvo que conformarse con eso. Bigman apretó con todas sus fuerzas y se dio impulso hacia atrás.

Urteil se balanceó hacia adelante. Esto no representaba ningún peligro para Urteil, pero sus músculos en equilibrio se excedieron en la baja gravedad, y al enderezarse se tambaleó hacia atrás. Y al hacerlo, Bigman, que lo esperaba, cambió su peso y empujó con todas sus fuerzas hacia adelante.

Urteil se desplomó tan repentinamente que los espectadores no pudieron ver la causa de su caída. Bigman luchó por desasirse sin conseguirlo del todo.

Se puso de pie como un gato, con el brazo derecho aún apresado. Bigman descargó el brazo izquierdo sobre la muñeca de Urteil y dio un fuerte rodillazo en el codo del otro.

Urteil lanzó un gemido y aflojó la presión sobre el brazo de Bigman al verse obligado a cambiar de posición para evitar la fractura de su propio brazo.

Bigman aprovechó la oportunidad con la rapidez de un motor a reacción. Liberó completamente su mano sin soltar la muñeca de Urteil. Su mano derecha cavó sobre el brazo de Urteil por encima del codo. Con ella logró inmovilizar totalmente el brazo de Urteil.

Urteil estaba poniéndose trabajosamente en pie, y mientras lo hacía, el cuerpo de Bigman se encorvó y los músculos de su espalda se contrajeron con esfuerzo. Se levantó al mismo tiempo que Urteil luchaba por hacerlo.

Los músculos de Bigman, junto con la acción de levantarse de Urteil, alzaron ese enorme cuerpo del suelo en un lento movimiento,

impresionante demostración de lo que podía hacerse en un campo de baja gravedad.

Con los músculos a punto de estallar, Bigman levantó aún más el torso de Urteil, y después lo soltó, mirando cómo describía un arco parabólico que parecía grotescamente lento según las normas de la Tierra.

Todos los espectadores fueron sorprendidos por el súbito cambio de gravedad. La plena gravedad de la Tierra se impuso con la fuerza y velocidad de un disparo de lanzarrayos, y Bigman cayó de rodillas con una dolorosa torcedura de su tobillo contusionado. Los que miraban también se desplomaron con un coro de confusas exclamaciones de dolor y asombro.

Bigman no pudo ver claramente lo que le sucedía a Urteil. El cambio de gravedad le sorprendió en el punto más alto de la parábola, haciéndole caer con brusca aceleración. Su cabeza chocó contra el montante de protección de uno de los generadores dándose un fuerte golpe.

Bigman, una vez hubo logrado ponerse en pie, trató de aclarar sus confusos pensamientos. Se tambaleó y vio a Urteil tendido en el suelo, y a Cook arrodillado a su lado.

-¿Qué ha pasado? -exclamó Bigman-. ¿Qué ha pasado con la gravedad?

Los demás repitieron la pregunta. Por lo que Bigman había podido observar, Cook era el único que parecía estar pensando.

Cook decía:

-No se preocupe de la gravedad. Se trata de Urteil.

-¿Está herido? -inquirió alguien.

-Ya no -dijo Cook, levantándose de su posición arrodillada-. Estoy casi seguro de que ha muerto.

Rodearon el cuerpo. Bigman dijo:

-Lo mejor es llamar al doctor Gardoma. -Apenas logró oír sus propias palabras. Se le acababa de ocurrir algo muy importante.

-Habrá problemas -dijo Cook-. Usted le ha matado Bigman.

-Ha sido el cambio de gravedad -replicó Bigman.

-Será difícil de explicar.

Bigman dijo:

-Afrontaré cualquier problema; no se preocupe.

Cook se humedeció los labios y apartó la mirada.

-Llamaré a Gardoma.

Gardoma llegó cinco minutos después; y la brevedad de su examen demostró que Cook estaba en lo cierto.

El médico se levantó, enjugándose las manos en un pañuelo. Dijo gravemente:

-Está muerto. Tiene el cráneo fracturado. ¿Cómo ha sucedido?

Se oyeron varias contestaciones a la vez, pero Cook las acalló con un gesto. Dijo:

-Una pelea entre Bigman y Urteil.

-¡Entre Bigman y Urteil! -explotó el doctor Gardoma-. ¿Quién ha dado su autorización para eso? Usted está loco, si espera que Bigman resista...

-Tranquilo -dijo Bigman-. Yo estoy de una sola pieza.

Cook se defendió diciendo:

-Es cierto, Gardoma, es Urteil el que ha muerto. Y fue Bigman el que insistió para que se celebrara el combate. Lo admite así, ¿verdad?

-Claro que lo admito -contestó Bigman-. También dije que debía tener lugar bajo gravedad mercuriana.

El doctor Gardoma abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Gravedad mercuriana? ¿Aquí? -Se miró los pies como preguntándose si sus sentidos le estarían engañando y realmente fuera más ligero de lo que él se sentía.

-Ya no hay gravedad mercuriana -dijo Bigman-, porque el campo de seudo gravedad cambió a gravedad terrestre en un momento crucial. ¡Bam! ¡Exactamente así! Eso es lo que ha matado a Urteil, y no otra cosa.

-¿Por qué causa pasó la seudo gravedad a los niveles terrestres? -preguntó Gardoma. Hubo un silencio.

Cook dijo débilmente:

-Es posible que haya sido un corto...

-Tonterías -dijo Bigman-, la palanca está arriba. No ha podido subir sola.

Hubo un nuevo silenció, bastante incómodo esta vez.

Uno de los técnicos se aclaró la garganta y dijo:

-Quizá, en la excitación de la pelea, alguien estuviera por allí y la subiera con el hombro sin darse cuenta siquiera.

Los otros se apresuraron a asentir. Uno de ellos dijo: .

-¡Espacio! ¡Ha ocurrido y basta!

Cook dijo:

-Tendré que denunciar todo el incidente. Bigman...

-Bueno -dijo el pequeño marciano tranquilamente-, ¿estoy bajo arresto por homicidio impremeditado?

-No -dijo Cook con inseguridad-. No voy a arrestarle, pero tendré que dar parte de lo ocurrido, y es posible que acaben por arrestarle.

-Uh, uh. Bueno, gracias por la advertencia. -Por primera vez, desde que regresara de las minas, Bigman se encontró pensando en Lucky.

«Esto -pensó- sí que es un gran problema para Lucky, cuando vuelva»

Y, sin embargo, el pequeño marciano estaba extrañamente agitado, pues no dudaba que podría salirse del problema... y enseñar a Lucky dos o tres cosas a lo largo del proceso.

Una nueva voz exclamó: -¡Bigman!

Todo el mundo alzó la mirada. Era Peverale quien bajaba por la rampa procedente de los niveles superiores.

-Gran Espacio, Bigman, ¿está ahí abajo? ¿Y Cook? -Después, casi displicentemente-: ¿Qué sucede?

Nadie fue capaz de pronunciar una sola palabra. Los ojos del anciano astrónomo, se posaron en el cuerpo inanimado de Urteil, y preguntó con suave asombro:

-¿Está muerto?

Para estupefacción de Bigman, Peverale pareció no tener mucho interés en ello. Ni siquiera esperó que respondieran a su pregunta antes de volverse una vez más hacia Bigman. Dijo:

-¿Dónde está Lucky Starr?

Librodot

Bigman abrió la boca pero no articuló ningún sonido. Finalmente, consiguió decir: -¿Por qué lo pregunta?

-¿Sigue todavía en las minas?

-Bueno...

-¿O está en el lado solar?

-Bueno...

-Gran Espacio, hombre, ¿está en el lado solar?

Bigman dijo:

-Quiero saber por qué lo pregunta.

-Mindes -repuso Peverale con impaciencia- ha salido en su nave a patrullar la zona cubierta por sus cables. Lo hace a menudo.

-¿Y qué?

-Que no sé si está loco o cuerdo al decir que ha visto allí a Lucky Starr.

-¿Dónde? -preguntó Bigman.

El doctor Peverale frunció los labios con una mueca de desaprobación.

-Así que está allí. Eso parece evidente. Bueno, su amigo Lucky Starr al parecer tenia problemas con un hombre mecánico, un robot.

-¡Un robot!

-Y según Mindes, que no ha aterrizado pero espera el envío de un grupo de socorro, ¡Lucky Starr está muerto!

14. PRELUDIO DE UN JUICIO

Durante el momento en que Lucky permaneció doblado en las inexorables garras del robot, esperó una muerte instantánea, y al ver que ésta no se producía enseguida una débil esperanza se abrió paso en su interior. ¿Podía ser que el robot, en cuya mente torturada estaba impresa la imposibilidad de dar muerte a un ser humano, se encontrara incapaz de realizar esta acción ahora que estaba cara a cara con ella?

Y después pensó que eso no era posible, pues le pareció que la presión del robot aumentaba a etapas graduales.

Con toda la fuerza que logró reunir, exclamó: -¡Suéltame! -y alzó el brazo que tenía libre en el suelo, sobre las piedrecillas negras.

Había una última oportunidad, una última y debilísima oportunidad.

Levantó la mano hasta la cabeza del robot. No pudo volver la cabeza, apretada como la tenía sobre el pecho del robot. Deslizó la mano a lo largo de la superficie metálica del cráneo del robot por dos, tres, cuatro veces consecutivas. Apartó la mano.

No podía hacer ninguna otra cosa. Entonces... ¿Eran imaginaciones suyas, o el robot había aflojado realmente la presión?

¿Estaba el gran Sol de Mercurio en su lado por fin?

-¡Robot! -exclamó.

El robot articuló un sonido, como de varios mecanismos oxidados que se rozan.

Estaba aflojando la presión. Ahora era el momento de acelerar los acontecimientos haciendo entrar en juego todo lo que pudiera quedar de las Leyes de la Robótica.

Lucky jadeó:

-No puedes dañar a un ser humano.

El robot dijo:

-No puedo... -y cayó al suelo de repente. La presión que ejercía era constante, como si se debiera á la rigidez de la muerte. Lucky dijo:

-¡Robot! ¡Suéltame!

Bruscamente, el robot aflojó la presión. No del todo, pero dejando libres las piernas de Lucky y permitiendo que moviera la cabeza. Preguntó:

-¿Quién te ordenó destruir las instalaciones?

Ya no temía la violenta reacción del robot a esa pregunta. Sabía que él mismo había contribuido a la completa desintegración de aquella mente positrónica. Pero quizá aún quedara algún resto de la Segunda Ley, en las últimas etapas precedentes a la disolución final. Repitió

-¿Quién te ordenó destruir las instalaciones?

El robot hizo un ruido indistinto. «Ter... Ter...» Entonces el contacto se interrumpió súbitamente, y la boca del robot se abrió y cerró dos veces como si, en último extremo, tratara de hablar por medio del sonido ordinario.

Después de eso, nada.

El robot estaba muerto.

La propia mente de Lucky, ahora que el inmediato peligro de muerte había pasado, estaba confusa y vacilante. Carecía de fuerza para desenroscar de su cuerpo las extremidades del robot. Los mandos de su radio habían sido destrozados por el brazo del robot.

Librodot

Sabía que lo primero era recuperar fuerzas. Para ello debía apartarse de la radiación directa del gran Sol de Mercurio y, además, rápidamente. Debía alcanzar la sombra de la loma cercana, la sombra que no había logrado alcanzar durante el duelo con el robot.

Dobló trabajosamente los pies. Adelantó pesadamente el cuerpo hacia la sombra de la loma, arrastrando el peso del robot consigo. Una y otra vez. El proceso parecía durar eternamente y el universo brillaba a su alrededor. Una y otra vez.

Parecía no tener fuerzas ni sensación en las piernas, y era como si el robot pesara una tonelada.

Incluso con la baja gravedad de Mercurio, la tarea parecía estar más allá de sus debilitadas fuerzas, y sólo gracias a un enorme esfuerzo de volumen siguió adelante.

La cabeza fue la primera parte de su cuerpo en entrar en la sombra. La luz se desvaneció. Aguardó, jadeando, y entonces, con un esfuerzo que pareció romper los músculos de sus muslos, se dio impulso hacia adelante una y otra vez.

Estaba en la sombra. Una de las piernas del robot se encontraba aún en el sol, despidiendo reflejos en todas direcciones. Lucky miró por encima del hombro y se dio cuenta de ello. Después, casi alegremente, se sumió en la inconsciencia.

Más tarde, pareció recobrar la percepción de los sentidos a intervalos.

Después, mucho más tarde, permaneció inmóvil, consciente de estar tendido sobre una cama, tratando de recordar esos intervalos. En su memoria había fragmentarias escenas de gente que se aproximaba, de una vaga impresión de movimiento en un vehículo a reacción, de la voz de Bigman, estridente y ansiosa. Después, con algo más de claridad, los socorros de un médico.

Después, un nuevo espacio en blanco, seguido por el claro recuerdo de la voz del doctor Peverale haciéndole amables preguntas.

Lucky recordaba haberle contestado de forma coherente, así que su estado debió empeorar a continuación. Abrió los ojos.

El doctor Gardoma le estaba mirando sombríamente, con una hipodérmica en la mano. -¿Cómo se encuentra? -preguntó.

Lucky sonrió.

-¿Cómo debería encontrarme?

-Yo diría que muerto, después de lo que ha pasado. Pero su constitución es admirable, y por eso está aún con vida.

Bigman, que no había dejado de pasear ansiosamente fuera del campo visual de Lucky, entró de lleno en él.

-No será gracias a Mindes. ¿Por qué no bajó esa cabeza de chorlito y sacó a Lucky de allí una vez divisó la pierna del robot? ¿Qué esperaba? ¿Acaso pretendía dejar morir a Lucky?

El doctor Gardoma dejó la hipodérmica y se lavó las manos. De espaldas a Bigman, dijo:

-Scott Mindes estaba convencido de que Lucky había muerto. Su única preocupación fue mantenerse alejado para que nadie le acusara de ser el

asesino. Sabía que había intentado matar a Lucky en una ocasión y que los demás se acordaban de ello.

-¿Cómo iba a pensar tal cosa esta vez? El robot...

-El propio Mindes está muy nervioso estos días. Llamó pidiendo ayuda; era lo mejor que podía hacer.

Lucky dijo:

-Tómatelo con calma, Bigman. Yo no corría peligro. Estaba descansando en la sombra, y ahora ya me encuentro bien. ¿Qué hay del robot, Gardoma? ¿Fue recuperado?

-Lo tenemos en el Centro. Sin embargo, el cerebro está destruido y resulta imposible de estudiar.

-¡Qué lástima! -comentó Lucky. El médico alzó la voz.

-Muy bien, Bigman, vámonos. Tiene que dormir.

-Oiga... -empezó Bigman, indignado. Lucky se apresuró a añadir:

-No se preocupe, Gardoma. En realidad, me gustaría hablar a solas con él.

El doctor Gardoma titubeó, y después se encogió de hombros.

-Necesita dormir, pero le concedo media hora. Luego debe irse.

-Se irá.

En cuanto se hallaron solos, Bigman agarró a Lucky por el hombro y le sacudió violentamente. Con voz extrañamente sofocada, dijo:

-¡Qué tonto has sido! Si el calor no afecta al robot tan a tiempo, como en las películas subetéreas...

Lucky sonrió tristemente.

-No fue una coincidencia, Bigman -dijo-. Si llego a esperar un desenlace subetéreo ahora estaría muerto. Tuve que emplear una artimaña con el robot.

-¿Cuál?

-Su caja craneal estaba muy pulida. Reflejaba una amplia parte de la radiación solar. Eso significaba que la temperatura del cerebro positrónico era bastante alta para arruinar su sentido común, pero no lo bastante para detenerlo completamente. Por suerte, una buena parte del suelo mercuriano que nos rodea está hecho de una sustancia negra muy suelta. Logré ponerle un poco en la cabeza.

-¿Qué conseguiste con eso?

-El color negro absorbe el calor, Bigman; no lo refleja. La temperatura del cerebro del robot aumentó rápidamente y murió casi enseguida. Sin embargo, estuvo muy cerca de... No nos acordemos de eso. ¿Qué ha sucedido aquí mientras yo estaba fuera? ¿Alguna cosa?

-¿Alguna cosa? ¡Caramba! ¡Escucha! -Y mientras Bigman hablaba, Lucky escuchó atentamente, con una expresión que se fue haciendo más grave a medida que el relato avanzaba. Cuando llegó a la conclusión, tenia el ceño fruncido.

-¿Puedes decirme por qué luchaste con Urteil? Fue una tontería.

-Lucky -repuso Bigman, ofendido-, ¡fue cuestión de estrategia! Tú siempre dices que yo sólo ataco de frente y no se puede confiar en mí para una astucia. Esto fue una astucia. Sabía que podía vencerle en baja gravedad...

Librodot

-Parece que te costó mucho. Tienes el tobillo hinchado.

-Resbalé. Un accidente. Además, le vencí. Habíamos hecho un trato. Él podía hacer mucho daño al Consejo con sus mentiras, pero si yo ganaba él nos dejaría en paz.

-¿Acaso confiabas en que cumpliría su palabra?

-Bueno... -dijo Bigman, agitado. Lucky prosiguió.

-Has dicho que le salvaste la vida. Él debía saberlo y, sin embargo, eso no le hizo abandonar su propósito. ¿Crees que iba a hacerlo a resultas de un combate de boxeo?

-Bueno... -dijo Bigman otra vez.

-Especialmente si perdía, ya que la humillación de una derrota en público le habría enfurecido... te diré lo que creo, Bigman. Lo hiciste porque querías darle una paliza y vengarte de él por sus burlas. Lo que me cuentas que hicisteis un trato no fue más que una excusa para tener la oportunidad de pegarle. ¿No es verdad?

-¡Vamos, Lucky, vamos!

-Bueno, ¿estoy equivocado?

-Quería hacer el trato...

-Pero lo que realmente perseguías era luchar con él, y mira lo que has conseguido.

Bigman bajó los ojos.

-Lo siento.

Lucky se aplacó enseguida.

-Oh, Gran Galaxia, Bigman, no estoy enfadado contigo. En realidad, estoy enfadado conmigo mismo. Juzgué mal a aquel robot y casi me dejo matar por falta de reflexión. Veía que estaba estropeado y no se me ocurrió pensar que era debido al efecto del calor en su cerebro positrónico hasta que casi fue demasiado tarde. Bueno, el pasado encierra una lección para el futuro pero, de todos modos, olvidémoslo. Ahora hay que decidir el camino a seguir en el caso de Urteil.

Bigman recobró inmediatamente su buen humor.

-Sea como fuere -dijo-, esa alimaña ya nos ha dejado en paz.

-Él sí -repuso Lucky-, pero ¿qué hay del Senador Swenson?

-Hum.

-¿Cómo explicaremos lo ocurrido? El Consejo de la Ciencia está sometido a una investigación y el investigador muere como resultado de una pelea instigada por alguien próximo al Consejo, alguien que es casi un miembro de él. Eso tendrá muy mal aspecto.

-Fue un accidente. El campo de seudo gravedad...

-Esto no nos sirve de nada. Tendré que hablar con Peverale y...

Bigman enrojeció y contestó apresuradamente:

-Peverale es sólo un viejo. No presta ninguna atención a todo esto.

Lucky se apoyó sobre un codo.

-¿Qué quieres decir con eso de que no presta ninguna atención?

-Es la verdad -dijo Bigman con vehemencia-. Entró cuando Urteil yacía muerto en el suelo y no se inmutó. Preguntó: «¿Está muerto?», y eso fue todo.

-¿Eso fue todo?

-Eso fue todo. Después quiso saber dónde estabas y dijo que Mindes había llamado diciendo que un robot te había matado.

Lucky siguió mirando fijamente a Bigman. -¿Eso fue todo?

-Eso fue todo -dijo Bigman con desasosiego.

-¿Qué ha ocurrido desde entonces? Vamos, Bigman. Tú no quieres que nadie hable con Peverale; ¿por qué no?

Bigman apartó la mirada.

-Vamos, Bigman.

-Bueno, voy a ser juzgado o algo parecido.

-¡Juzgado!

-Peverale sostiene que ha sido un asesinato y que levantará una gran polvareda en la Tierra. Dice que debemos averiguar de quién ha sido la culpa.

-Muy bien. ¿Cuándo es el juicio?

-Oye, Lucky, no quería decírtelo. El doctor Gardoma ha recomendado que no te excites.

-No te portes como una gallina clueca, Bigman. ¿Cuándo es el juicio?

-Mañana a las dos, hora de la Tierra. Pero no hay de qué preocuparse, Lucky.

Lucky dijo:

-Que entre Gardoma.

-¿Por qué?

-Haz lo que te digo.

Bigman se dirigió a la puerta, y cuando volvió, el doctor Gardoma estaba con él. Lucky dijo:

-No hay razón para que no pueda abandonar la cama mañana a las dos, ¿verdad?

El doctor Gardoma titubeó. -Preferiría que no lo hiciera.

-No me importa lo que usted prefiera. No me moriré por eso, ¿verdad?

-No se moriría aunque decidiera levantarse ahora mismo, señor Starr -contestó el doctor Gardoma, ofendido-, pera no es aconsejable.

-De acuerdo. Haga el favor de decir al doctor Peverale que estaré en el juicio de Bigman. Supongo que ya está enterado, ¿no es así?

-Sí.

-Todo el mundo lo sabía excepto yo, ¿no es verdad?

-Su estado...

-Dígale al doctor Peverale que estaré en el juicio y que no deben empezar sin mí.

-Se lo diré -repuso Gardoma-, y ahora será mejor que duerma. Venga conmigo, Bigman.

Bigman protestó:

-Espere un momento. -Se acercó rápidamente a la cama de Lucky y le dijo-: Mira, Lucky, no te preocupes. Tengo toda la situación bajo control.

Lucky alzó las cejas.

Bigman, consciente de su propia importancia, dijo:

-Quería darte una sorpresa, maldita sea. Puedo demostrar que no tuve nada que ver con que Urteil se rompiera el cuello. He resuelto el caso. -Se

Librodot

dio un golpe en el pecho–. Yo lo he resuelto. ¡Yo! ¡Bigman! Sé quién es el responsable de todo.

Lucky preguntó: -¿Quién?

Pero Bigman se apresuró a exclamar: -¡No! No te lo diré. Quiero demostrarte que sirvo para algo más que para pelear. Esta vez seré yo el que lleve las riendas y tú el que me observes, eso es todo. Ya lo averiguarás en el juicio.

El pequeño marciano arrugó la cara con una sonrisa de satisfacción, ejecutó un paso de baile, y siguió al doctor Gardoma fuera de la habitación, con una mirada de alegre triunfo.

Librodot

15. EL JUICIO

Lucky penetró en el despacho del doctor Peverale poco antes de las dos del día siguiente.

Los demás ya estaban allí. El doctor Peverale, sentado tras una abarrotada mesa antigua, le hizo una cortés inclinación de cabeza, y Lucky le respondió con un grave:

-Buenas tardes, señor.

El panorama era muy parecido al de la noche del banquete. Naturalmente, Cook estaba allí, tan nervioso como siempre y, en esta ocasión, también demacrado. Estaba sentado en un gran sillón a la derecha del doctor Peverale, y el pequeño cuerpo de Bigman se perdía en un sillón igualmente grande a la izquierda.

Mindes estaba allí, con el rostro displicentemente contraído, y los dedos separados para tabalear ocasionalmente encima de su pierna. El doctor Gardoma se hallaba junto a él, impasible, aunque sus párpados se alzaron un momento para mirar desaprobadoramente a Lucky cuando éste entró. Los jefes del departamento de astronomía también estaban allí. De hecho, el único hombre que había estado presente en el banquete y ahora se hallaba ausente era Urteil.

El doctor Peverale empezó enseguida con su amabilidad acostumbrada.

-Ya podemos empezar. En primer lugar, unas cuantas palabras para el señor Starr. Tengo entendido que Bigman le ha puesto en antecedentes de este acto llamándolo juicio. Puede usted estar seguro de que no lo es. Si debe haber un juicio, y espero que no, tendrá lugar en la Tierra con jueces calificados y asesores legales. Lo que aquí tratamos de hacer no es más que elaborar un informe para transmitir al Consejo de la Ciencia.

El doctor Peverale arregló algunos de los objetos que se extendían sin orden ni concierto por su mesa y dijo:

-Permítame que le explique por qué es necesario elaborar dicho informe. En primer lugar, gracias a la osada penetración del señor Starr en el lado solar, el saboteador que ha estado oponiéndose al proyecto del doctor Mindes ha sido detenido. Resultó ser un robot de manufactura siriana, que ya no está en condiciones de volver a funcionar. Señor Starr…

-¿Sí? -dijo Lucky.

-La importancia de la cuestión era tal que me tomé la libertad de interrogarle en cuanto le trajeron y cuando su estado bordeaba los límites de la inconsciencia.

-Lo recuerdo -dijo Lucky- perfectamente.

-¿Será tan amable de confirmar algunas de sus respuestas, para el informe?

-Desde luego.

-En primer lugar, ¿hay algún otro robot implicado en el asunto?

-El robot no me lo dijo, pero yo no creo que los haya.

-Sin embargo, ¿no especificó que fuera el único robot de Mercurio?

-No.

-Entonces puede haber otros.

-No lo creo.

-Esto no es más que su opinión. El robot no dijo que no hubiera otros.

-No.

-Muy bien. ¿Cuántos sirianos están implicados?

-El robot no quiso decírmelo. Ha recibido instrucciones de no hacerlo.

-¿Precisó el enclavamiento de los invasores sirianos?

-No dijo nada a este respecto. Yo no mencioné a los sirianos en absoluto.

-Pero el robot era de fabricación siriana, ¿verdad?

-El mismo lo admitió.

-Ah. -El doctor Peverale sonrió forzadamente-. Entonces me parece evidente que hay sirianos en Mercurio y que están en contra nuestra. El Consejo de la Ciencia debe enterarse de eso. Tiene que organizarse una búsqueda a fondo de todo el planeta y, si los sirianos se nos escapan y abandonan Mercurio, por lo menos debe haber una conciencia del peligro siriano.

Cook intervino:

-También está la cuestión de las formas de vida nativas de Mercurio, doctor Peverale. El Consejo debe ser informado sobre eso también. -Se volvió para dirigirse a todos los presentes-. Ayer fue capturada una de las criaturas y...

El anciano astrónomo le interrumpió con impaciencia.

-Sí, doctor Cook, el Consejo será informado sin falta. No obstante, la cuestión siriana reclama toda nuestra atención. Los demás asuntos deben ser sacrificados al peligro inmediato. Por ejemplo, sugiero que el doctor Mindes abandone su proyecto hasta que Mercurio sea un lugar seguro para los terrícolas.

-No estará hablando en serio -exclamó precipitadamente Mindes-. Hay una gran cantidad de dinero, tiempo y esfuerzo invertidos aquí...

-He dicho hasta que Mercurio sea seguro, lo cual no implica un abandono permanente del Proyecto Luz. Y como es necesario dar una atención preponderante al peligro que amenaza a Mercurio, es necesario asegurarse que el protector de Urteil, el senador Swenson, no obstruya nuestra labor.

Lucky dijo:

-Y quiere presentar al senador una cabeza de turco en la persona de Bigman, debidamente acusado y atado de pies y manos. Así, mientras él está ocupado ensañándose con Bigman, la caza de los sirianos podrá llevarse a cabo sin problemas.

El astrónomo alzó sus blancas cejas. -¿Una cabeza de turco, señor Starr? Nosotros sólo queremos aclarar los hechos.

-Bueno, pues siga adelante -dijo Bigman, moviéndose con desasosiego en su asiento-. Aclararemos los hechos.

-De acuerdo -repuso el doctor Peverale-. Como figura central, ¿le importa comenzar? Díganos todo lo ocurrido entre usted y Urteil. Díganoslo con sus propias palabras, aunque le agradeceré que sea breve. Y recuerde, todo lo que aquí se declare será grabado en un microfilme sonoro.

Bigman inquirió:

-¿Desea que preste juramento?

Peverale meneó la cabeza. -Esto no es un juicio formal.

-Como usted quiera. -Y con sorprendente desapasionamiento, Bigman comenzó su relato. Partiendo de las burlas de Urteil sobre su estatura y continuando por el encuentro en las minas, finalizó con el duelo. Sólo omitió las amenazas de Urteil contra Lucky Starr y el Consejo.

Siguió el doctor Gardoma, verificando lo que había sucedido con ocasión de la primera entrevista entre Urteil y Bigman y describiendo asimismo, para el informe, la escena que tuvo lugar durante el banquete. Prosiguió con la narración del tratamiento a que sometió a Urteil tras el regreso de las minas de éste.

Dijo:

-Se recuperó rápidamente de la hipotermia. No le pedí ninguna explicación, y él tampoco me la dio. Sin embargo, preguntó por Bigman, y, por su expresión cuando le dije que Bigman estaba completamente bien, deduje que su antipatía hacia Bigman era tan grande como antes. No se comportó como si Bigman le hubiera salvado la vida. No obstante, debo decir que Urteil no era muy susceptible a los ataques de gratitud.

-Eso es sólo una opinión -intervino el doctor Peverale con apresuramiento-, recomiendo que no restemos claridad al informe con tales declaraciones.

El doctor Cook fue el siguiente. El se centró en el duelo. Dijo:

-Bigman fue el que insistió por que se celebrara la pelea. Ésta es la pura verdad. Me pareció que si arreglaba una bajo escasa gravedad tal como Bigman había sugerido, con testigos, no podría ocurrir nada malo. Nosotros intervendríamos en caso de apuro. Tenía miedo de que, si me negaba, se pelearan sin testigos y eso diera lugar a Graves consecuencias. Naturalmente, las consecuencias no podrían haber sido más graves de lo que han sido, pero yo no lo sabía. Tendría que haberle consultado, doctor Peverale, lo admito.

El doctor Peverale asintió.

-Claro que tendría que haberlo hecho. Pero ahora la cuestión es que Bigman insistió en que se celebrara el duelo y la gravedad fuera baja, ¿verdad?

-Eso es.

-Y le aseguró que mataría a Urteil en esas condiciones.

-Sus palabras exactas fueron que aplastaría a aquella alimaña. Creo que sólo hablaba en sentido figurado. Estoy seguro de que no planeaba darle muerte.

El doctor Peverale se volvió a Bigman. -¿Tiene algún comentario que hacer respecto a eso?

-Sí. Y puesto que el doctor Cook está declarando, quiero interrogarle.

El doctor Peverale pareció sorprendido. -Esto no es un juicio.

-Escuche -dijo Bigman con calor-, la muerte de Urteil no fue un accidente. Fue un asesinato, y quiero que se me dé la oportunidad de demostrarlo.

El silencio que acogió esta declaración no duró más que un momento. Fue seguido por un verdadero alboroto.

Bigman alzó la voz hasta un penetrante grito.

Librodot

-Deseo interrogar al doctor Hanley Cook.

Lucky Starr dijo fríamente:

-Sugiero que permita a Bigman llevar esto a su manera, doctor Peverale.

El anciano astrónomo era la imagen de la confusión.

-En realidad, yo no... Bigman no puede... -Después, guardó silencio.

Bigman dijo:

-En primer lugar, doctor Cook, ¿cómo pudo Urteil llegar a enterarse de la ruta que Lucky y yo íbamos a seguir en las minas?

Cook enrojeció.

-No sabía que él conociera la ruta.

-No nos siguió directamente. Tomó una ruta paralela como si se propusiera sorprendernos por la espalda ya bien adentrados en las minas, tras hacernos creer que estábamos solos y nadie nos seguía. Para hacer tal cosa, tenía que saber con toda exactitud la ruta que pensábamos seguir. Ahora bien, Lucky y yo planeamos esa ruta con usted y con nadie más. Lucky no se la dijo a Urteil y yo tampoco. ¿Quién fue?

Cook miró desesperadamente en torno a él como en demanda de ayuda.

-No lo sé.

-¿No está claro que fue usted?

-No. Es posible que nos oyera.

-No pudo oír las marcas en el mapa, doctor Cook... Pasemos a otra cosa. Peleé con Urteil, y si la gravedad se hubiera mantenido en el nivel normal de Mercurio, aún estaría vivo. Pero no se mantuvo ahí. Fue súbitamente elevada al nivel terrestre en un momento tan oportuno que fue suficiente para matarle. ¿Quién hizo eso?

-No lo sé.

-Usted fue el primero en llegar junto a Urteil. ¿Qué estaba haciendo? ¿Asegurarse de su muerte?

-Me está usted ofendiendo. Doctor Peverale... -Cook volvió su llameante rostro hacia su jefe.

El doctor Peverale dijo con agitación: -¿Está acusando al doctor Cook de haber asesinado a Urteil?

Bigman repuso:

-Mire, el repentino cambio de gravedad me tiró al suelo. Cuando me puse en pie, todos los demás estaban levantándose o seguían tendidos en el suelo. Cuando de 40 a 75 kilos te caen sobre la espalda sin previo aviso, no puedes levantarte a toda prisa. Pero Cook lo hizo. No sólo estaba en pie, sino que había acudido al lado de Urteil y se hallaba inclinado sobre él.

-¿Qué quiere demostrar con eso? -inquirió Cook.

-Únicamente que no se cayó cuando aumentó la gravedad, o de lo contrario no habría podido llegar a tiempo junto a Urteil. ¿Y por qué no se cayó cuando la gravedad aumentó? Porque esperaba que aumentara y estaba preparado. ¿Y por qué esperaba que aumentara? Porque usted accionó la palanca.

Cook se volvió hacia el doctor Peverale. -Esto es persecución; es una locura.

Pero el doctor Peverale miró a su segundo con verdadero horror.

Bigman dijo:

-Permítame reconstruir el hecho. Cook trabajaba con Urteil. Sólo de esta manera pudo saber Urteil nuestra ruta en las minas. Pero trabajaba con Urteil impulsado por el miedo. Es posible que Urteil le hiciera chantaje. Sea como fuere, la única escapatoria de Cook era matar a Urteil. Cuando le dije que aplastaría a aquella alimaña si nos peleábamos en un ambiente de baja gravedad, debí darle una idea, y cuando la pelea tuvo lugar permaneció esperando junto a la palanca. Eso es todo.

-Aguarde -exclamó Cook apresuradamente, a punto de asfixiarse-, eso es todo... eso es todo...

-No tienen que fiarse de mí -dijo Bigman-. Si mi teoría es cierta, y estoy seguro de que lo es, Urteil debe tener algún papel, grabación, o película que acuse a Cook. De otro modo, Cook no se hubiera sentido atrapado hasta el punto de asesinarle. Sólo tienen que buscar entre los efectos personales de Urteil. Encontrarán alguna cosa y estará todo solucionado.

-Estoy de acuerdo con Bigman -dijo Lucky.

El doctor Peverale, tras recobrarse penosamente de su asombro, dijo:

-Supongo que es el único medio de aclarar las cosas, aunque...

Y entonces el doctor Hanley Cook se derrumbó, quedando pálido, tembloroso, e indefenso.

-Esperen -dijo débilmente-. Lo explicaré todo.

Y todos los rostros se volvieron hacia él. Las enjutas mejillas de Hanley Cook estaban bañadas en sudor. Sus manos, que se alzaron en un gesto de súplica, temblaron violentamente. Dijo:

-Urteil acudió a mi poco después de llegar a Mercurio. Dijo que tenía que realizar una investigación del Observatorio. Dijo que el senador Swenson tenia pruebas de su ineficacia y exagerado gasto. Dijo que era evidente que el doctor Peverale debía ser destituido; que era un viejo incapaz de afrontar la responsabilidad. Dijo que yo podría contribuir a hacer una sustitución lógica.

El doctor Peverale, que le había escuchado con un aire de extrema sorpresa, exclamó: -¡Cook!

-Yo estaba de acuerdo con él -prosiguió Cook con una voz sin inflexiones-. Usted es demasiado viejo. De todos modos, yo soy el que se encarga de todo mientras usted se distrae con su odio hacia los sirianos. -Se volvió nuevamente a Lucky-. Urteil me dijo que si le ayudaba en su investigación se encargaría de que yo fuera el próximo director. Le creí; todo el mundo sabe que el senador Swenson es un hombre influyente.

»Le proporcioné gran cantidad de informes. Algunos se los di escritos y firmados. Dijo que lo necesitaba así para el proceso legal que tendría lugar después.

»Y entonces... entonces comenzó a amenazarme con este escrito. Resultó que estaba mucho más interesado por el Proyecto Luz y el Consejo de la Ciencia. Quería que utilizara mi posición para convertirme en una especie de espía personal suyo. Me hizo entender claramente que iría al doctor Peverale con la evidencia de lo que yo había hecho, si me negaba. Eso habría significado el término de mi carrera, de todo.

Librodot

»Tuve que servirle de espía. Tuve que informarle acerca de la ruta que Starr y Bigman iban a seguir en las minas. Le mantuve informado de todo lo que Mindes hacía. Cuantos más favores le hacía más dominado me tenía. Y al cabo de un tiempo me di cuenta de que algún día me perdería, sin tener en cuenta lo mucho que yo le ayudara. Era esta clase de hombre. Empecé a pensar que la única manera de escapar era matarle. Pero no se me ocurría cómo...

»Entonces fue cuando Bigman vino a comunicarme su plan de pelearse con Urteil en un campo de baja gravedad. Pensé que podría... Las posibilidades eran de una contra ciento, quizá de una contra mil, pero pensé que no había nada que perder. Así que me quedé junto a los mandos de seudo gravedad y esperé mi oportunidad. Esta llegó y Urteil murió. Todo fue a la perfección. Me imaginé que se consideraría un accidente. Incluso si Bigman resultaba perjudicado, el Consejo no tenía más que intervenir y solucionarlo. Nadie saldría malparado excepto Urteil, y él se lo merecía más de cien veces. Bueno, eso es todo.

En el estupefacto silencio que siguió, el doctor Peverale dijo con voz ronca:

-En vista de las circunstancias, Cook, puede usted considerarse relevado de su puesto y bajo ar...

-Espere, espere -exclamó Bigman-. La confesión aún no está completa. Oiga, Cook, ésta fue la segunda vez que trataba de matar a Urteil, ¿verdad?

-¿La segunda vez? -Cook alzó trágicamente los ojos.

-¿Qué me dice del traje aislante rasgado? Urteil nos advirtió del peligro, así que él debió pasar por un trance semejante. Acusó a Mindes, pero ese Urteil era un mentiroso y no-se podía creer nada de lo que decía. Lo que yo digo es que usted intentó matar a Urteil de esa manera, pero él se dio cuenta a tiempo y le obligó a trasladar el traje a nuestra habitación cuando llegamos. Después nos advirtió para que creyéramos que estaba de nuestro lado y sospecháramos de Mindes. ¿No es así?

-No -gritó Cook-. ¡No! No tuve nada que ver con ese traje aislante. Nada.

-Oh, vamos -empezó Bigman-. No vamos a creer que...

Pero en este momento Lucky Starr se levantó.

-Está bien, Bigman. Cook no tuvo nada que ver con el traje aislante. Puedes creerle. El responsable del traje aislante rasgado es el responsable del robot.

Bigman contempló incrédulamente a su amigo.

-¿Te refieres a los sirianos, Lucky?

-Nada de sirianos -repuso Lucky-. No hay sirianos en Mercurio. Nunca los ha habido.

16. RESULTAdOS DE UN JUICIO

La profunda voz del doctor Peverale sonó ronca de decepción:

-¿Nada de sirianos? ¿Sabe lo que está diciendo, Starr?

-Desde luego. -Lucky Starr se acercó a la mesa del doctor Peverale, se sentó en una esquina, y se encaró con los espectadores-. El doctor Peverale confirmará lo que he dicho cuando les haya explicado todo el razonamiento.

-¿Que yo confirmaré todo eso? Ni lo piense -replicó el anciano astrónomo, cuyo rostro expresaba la más amarga desaprobación-. Si ni siquiera vale la pena comentarlo... Por cierto, tenemos que arrestar a Cook. -Hizo ademán de levantarse.

Lucky le obligó amablemente a sentarse de nuevo.

-No se preocupe, señor. Bigman se asegurará que Cook no se escape.

-No pienso moverme de aquí -dijo el desesperado Cook con voz ahogada. Sin embargo, Bigman acercó su silla a la de Cook. Lucky, dijo:

-Remóntese a la noche del banquete, doctor Peverale, y recuerde sus propias palabras respecto a los robots sirianos... Por cierto, doctor Peverale, usted sabía desde hacía tiempo que había un robot en el planeta, ¿verdad?

El astrónomo respondió con desasosiego. -¿Qué quiere decir?

-El doctor Mindes acudió a usted con el relato de que había visto unas figuras que parecían humanas, revestidas con algo similar a un traje espacial metálico, que también parecían resistir la radiación solar mucho mejor que cualquier humano.

-Claro que lo hice -intervino Mindes-, y tendría que haberme dado cuenta de que era un robot.

-Usted no tiene la misma experiencia que el doctor Peverale en cuanto a robots se refiere -dijo. Lucky. Se volvió de nuevo hacia el anciano astrónomo-. Estoy seguro de que usted sospechó la existencia de robots sirianos en el planeta en cuanto Mindes le informó de lo que había visto. Su descripción no deja lugar a dudas.

El astrónomo asintió lentamente.

-Yo mismo -prosiguió Lucky- no pensé que fuera un robot cuando Mines me contó su historia, del mismo modo que él no lo hizo. Sin embargo, después del banquete, cuando, doctor Peverale, usted empezó a hablar de Sirio y sus robots comprendí que ésta era la única explicación posible. Usted también debió comprenderlo así.

El doctor Peverale asintió lentamente de nuevo. Dijo:

-Sabía que nosotros solos no podríamos hacer nada contra una incursión siriana. Por eso desanimé a Mindes.

(En este punto, Mindes se puso pálido y murmuró rabiosamente entre dientes)

Lucky dijo:

-¿No se le ocurrió informar de ello al Consejo de la Ciencia?

El doctor Peverale titubeó.

-Tenía miedo de que no me creyeran y con ello sólo habría logrado que me sustituyeran. Francamente, no sabía qué hacer. Era evidente que no podía recurrir a Urteil; él no estaba interesado en otra cosa que no fueran sus planes. Cuando usted llegó, Starr -su voz se hizo más grave, más fluida-,

me pareció que podría contar con un aliado, y por vez primera me decidí a hablar de Sirio, sus peligros y sus robots.

-Sí -dijo Lucky-, ¿y recuerda cómo describió el afecto de los sirianos hacia sus robots? Empleó la palabra «amar» Dijo que los sirianos mimaban a sus robots; los amaban; nada era demasiado bueno para ellos. Dijo que consideraban que un robot valía tanto como cien hombres de la Tierra.

-Naturalmente -dijo el doctor Peverale-. Eso es cierto.

-Y, queriendo tanto a sus robots, ¿iban a enviar uno de ellos a Mercurio, sin aislarlo ni adaptarlo a la radiación solar? ¿Iban a condenar a uno de sus robots a una muerte lenta y dolorosa bajo la acción del Sol?

El doctor Peverale guardó silencio, mientras el labio inferior le temblaba.

Lucky dijo:

-Ni yo mismo pude decidirme a eliminar al robot de un disparo, a pesar de hallarme en peligro de muerte y no ser un siriano. ¿Acaso un siriano podría haber sido tan cruel?

-La importancia de la misión... -empezó el doctor Peverale.

-Concedido -dijo Lucky-: No estoy afirmando que un siriano no fuera capaz de enviar un robot a Mercurio con propósitos de sabotaje, pero, Gran Galaxia, primero habría aislado su cerebro. Incluso prescindiendo de su amor por los robots, es cuestión de sentido común; le habrían extraído más rendimiento.

Un murmullo de aprobación y conformidad recorrió a los asistentes.

-Pero -tartamudeó el doctor Peverale-, si no son los sirianos, ¿quién...?

-Bueno -dijo Lucky-, revisemos las pistas que están en nuestro poder. Pista número uno: Mindes divisó al robot dos veces, y éste se desvaneció las dos veces que Mindes trató de acercarse. El robot me informó después que había recibido instrucciones de evitar a la gente. Evidentemente, había sido avisado que Mindes estaba buscando al saboteador. También es evidente que el aviso procedía del Centro. No fue avisado de mi presencia porque yo anuncié que bajaba a las minas.

»Pista número dos: cuando el robot se hallaba moribundo, volví a preguntarle quién le había dado sus instrucciones. Sólo pudo decir: "Ter... ter..." Después su radio enmudeció, pero los movimientos de su boca me dieron a entender que pronunciaba dos sílabas.

Bigman, con el cabello rojizo despeinado, lanzó un grito repentino:

-¡Urteil! ¡El robot trataba de decir Urteil! Esa asquerosa alimaña era el saboteador. ¡No me extraña! No me...

-Quizá -dijo Lucky-, ¡quizá! Ya veremos. A mí me dio la impresión de que el robot intentaba decir «terrícola»

-También es posible -dijo secamente el doctor Peverale- que sólo fuera un sonido vago proferido por un robot moribundo y que no significara absolutamente nada.

-Es posible -convino Lucky-. Pero ahora llegamos a la pista número tres y ésta sí que es concluyente. Es ésta: el robot era de fabricación siriana y, ¿qué miembro del Centro podría haber tenido la oportunidad de hacerse con un robot siriano? ¿Ha estado alguno de nosotros en los planetas sirianos?

El doctor Peverale entornó los ojos. -Yo.

-Exactamente -dijo Lucky Starr-, usted y nadie más. Usted mismo lo ha dicho.

Se produjo una verdadera confusión y Lucky pidió silencio. Su voz era autoritaria y su rostro severo.

-Como consejero de la ciencia -dijo- declaro que este Observatorio pasa a mi cargo desde este momento. El doctor Peverale es reemplazado como director. Me he puesto en comunicación con el cuartel general del Consejo en la Tierra, y ya hay una nave en camino. Se tomarán las medidas pertinentes.

-Exijo que se me escuche -exclamó el doctor Peverale.

-Así será -dijo Lucky-, pero primero escuche usted el cargo que se le hace. Usted es el único de todos nosotros que tuvo la oportunidad de robar un robot siriano. El doctor Cook nos contó que le proporcionaron un robot para su servicio personal durante su estancia en Sirio. ¿Es eso cierto?

-Sí, pero...

-Le ordenó que fuera a su nave cuando estuvo harto de él. Se las arregló para que los sirianos no sospecharan nada. Probablemente ni siquiera se les ocurrió pensar que alguien fuera capaz de cometer un crimen tan horrible, para su manera de ser, como la sustracción de un robot. Es posible que por esa razón no tomaran las debidas precauciones.

»Lo que es más, resulta lógico suponer que el robot estuviera intentando decir "terrícola" cuando le pregunté de quién recibía instrucciones. Usted era el único terrícola que había en Sirio. Probablemente se referían a usted como al «terrícola» cuando el robot fue destinado a su servicio. Él le llamaba también "terrícola".

»Finalmente, ¿quién mejor que usted iba a saber cuándo se dirigía alguien hacia el lado solar? ¿Quién mejor iba a informar al robot por radio cuándo estaba a salvo y cuándo debía esconderse?

-Lo niego todo -dijo el doctor Peverale con expresión hermética.

-Es inútil negarlo -repuso Lucky-. Si insiste en declararse inocente, el Consejo tendrá que pedir informes a Sirio. El robot me dijo que si número de serie era RL-726. Si las autoridades sirianas confirman que el robot asignado a su servicio durante su estancia en Sirio era el RL-726 y que desapareció en la misma época que usted abandonó Sirio, será suficiente para condenarle.

»Además, el delito que supone el robo del robot fue cometido en Sirio, y como existe un tratado de extradición entre la Tierra y los planetas sirianos podemos vernos obligados a ponerle bajo su custodia. Le aconsejo, doctor Peverale, que confiese y deje que la justicia de la Tierra siga su curso antes que mantener su inocencia y correr el riesgo de que Sirio le juzgue por robar uno de sus amados robots y torturarlo hasta la muerte.

El doctor Peverale contempló lastimosamente a los allí reunidos con mirada inexpresiva. Después perdió el conocimiento y cayó al suelo.

El doctor Gardoma corrió a su lado y le puso una mano sobre el corazón.

-Está vivo -dijo-, pero creo que es conveniente trasladarlo a la cama.

Dos horas más tarde, con el doctor Gardoma y Lucky Starr a la

cabecera de su cama, y en contacto permanente con el cuartel general del Consejo, el doctor Lance Peverale dictó su confesión.

Mientras se alejaban rápidamente de Mercurio y a pesar de su seguridad en que los emisarios del Consejo dominaban ahora la situación, relevándole de toda responsabilidad, Lucky seguía estando inquieto. Su expresión era pensativa y reconcentrada.

Bigman, con el rostro fruncido de ansiedad, dijo:

-¿Qué pasa, Lucky?

-Siento lástima hacia el viejo Peverale -repuso Lucky-. A su manera, tenia razón. Los sirianos son un peligro, aunque no tan inmediato como él cree.

-El Consejo no le hubiera entregado a Sirio, ¿verdad?

-Probablemente no, pero el temor a Sirio fue suficiente para arrancarle la confesión. Fue un truco cruel, pero necesario. Por muy patrióticos que fueran sus motivos, éstos le hicieron cometer una tentativa de asesinato. Cook también llegó hasta el crimen, aunque éste no pueda considerarse como tal, por poco que pensemos en Urteil.

Bigman preguntó:

-¿Qué era lo que tenía en contra del Proyecto Luz, Lucky?

-Peverale lo dijo claramente en el banquete -contestó Lucky con aspecto sombrío-. Todo quedó muy claro aquella noche. ¿No recuerdas que se quejó de que la Tierra se estaba debilitando con su dependencia de los alimentos importados y las fuentes de energía? Dijo que el Proyecto Luz haría que la Tierra dependiera de las estaciones espaciales en cuanto a la forma en que recibiese la luz del sol. Quería que la Tierra fuera autosuficiente para resistir mejor el peligro siriano.

»En su mente ligeramente desequilibrada, debía abrigar el pensamiento de que contribuiría a esta autosuficiencia tratando de sabotear el Proyecto Luz. Es posible que originariamente trajera el robot como una dramática demostración del poder siriano. Al encontrar el Proyecto Luz tan adelantado a su regreso, se decidió a utilizarlo como saboteador.

»Cuando Urteil llegó debió temer que investigara el asunto del Proyecto Luz y le desenmascarase. Así que puso un traje aislante rasgado en la habitación de Urteil, pero Urteil lo descubrió a tiempo. Quizá Urteil creyera realmente que Mindes había sido el responsable.

Bigman dijo:

-Es posible, ahora que lo pienso. La primera vez que hablamos con el viejo no quiso decir una sola palabra de Urteil, de tan exaltado que estaba.

-Exacto -repuso Lucky-, y no existía ninguna razón para ello, como en el caso de Mindes, por ejemplo. Entonces pensé que había alguna razón que yo ignoraba.

-¿Fue esto lo que te hizo sospechar de él, Lucky?

-No, fue otra cosa; ni más ni menos que el traje aislante rasgado que encontramos en nuestra habitación. El que tenía más oportunidades para hacerlo era el mismo Peverale. Él era también el que estaba en mejor disposición para hacer desaparecer el traje una vez que éste hubiera cumplido su objetivo. Era el que mejor sabía la habitación que nos habían asignado, y por lo tanto podía asignarnos también un traje aislante. Sin

Librodot

embargo, lo que me preocupaba era el motivo. ¿Por qué iba a querer matarme?

-Aparentemente, mi nombre no le decía nada. En nuestro primer encuentro, me preguntó si era un ingeniero subtemporal como Mindes.

»Ahora bien, Mindes había reconocido mi nombre y tratado de convencerme para que le ayudara. El doctor Gardoma había oído hablar de mí con relación a los envenenamientos de Marte. Urteil, como es natural, lo sabía todo acerca de mí. Me extrañó que el doctor Peverale no hubiera oído hablar de mí también.

»Está Ceres, por ejemplo, donde tú y yo estuvimos a raíz de la batalla contra los piratas. El mayor observatorio del Sistema está allí. ¿Podía ser que el doctor Peverale no estuviera allí entonces? Se lo pregunté, y él negó haberse encontrado conmigo en aquella ocasión. Admitió haber estado en Ceres, y Cook nos dijo que iba frecuentemente a Ceres. Peverale se apresuró a explicarme, sin que yo le preguntara nada, que había estado enfermo en la cama durante el ataque pirata, y Cook no tardó en confirmarlo. Este fue un fallo. En su ansiedad, Peverale había hablado demasiado.

El pequeño marciano se le quedó mirando. -No entiendo lo que quieres decir.

-Es muy sencillo. Si Peverale había estado en Ceres numerosas veces, ¿por qué creyó necesario inventarse una excusa para esta ocasión concreta en que atacaron los piratas? ¿Por qué esta vez y no otra? Evidentemente, sabía cuándo había estado yo en Ceres y quería cubrirse las espaldas. Por lo tanto, es evidente que sabía quién era yo.

»Si me conocía, ¿por qué iba a tratar de matarme, y a Urteil también? A los dos nos adjudicó un traje aislante rasgado. Los dos éramos investigadores. ¿Qué era lo que Peverale temía?

»Después empezó a hablar de sirianos y robots durante el banquete, y las piezas empezaron a encajar. El relato de Mindes tuvo bruscamente sentido, y comprendí que los únicos que habían podido llevar un robot a Mercurio eran los sirianos o el doctor Peverale. Me pareció que había sido Peverale, y que hablaba de los sirianos para protegerse. Si se encontraba el robot y se interrumpía el sabotaje, le serviría de pantalla de humo para ocultar su propia parte y, además, constituiría una magnífica propaganda antisiriana.

»Necesitaba pruebas. De otra forma, el senador Swenson gritaría a los cuatro vientos que nosotros estábamos levantando una cortina de humo para esconder la propia incompetencia y extravagancia del Consejo. Necesitaba pruebas concluyentes. Con Urteil por los alrededores, no me atreví a hablar de la cuestión con nadie, Bigman, ni siquiera contigo.

Bigman soltó un gruñido de desagrado. -¿Cuándo te decidirás a confiar en mí, Lucky?

-Cuando esté seguro de que no te liarás a puñetazos con un hombre mucho más alto que tú -dijo Lucky con una sonrisa que suavizó en gran manera su afirmación-. Sea como fuere, resolví ir al lado solar para captura al robot y emplearlo como evidencia. Mi plan fracasó y no tuve más remedio que obligar a Peverale a confesar.

Lucky meneó la cabeza. Bigman preguntó:

Librodot

-¿Qué hará Swenson ahora?

-Creo qué nada -dijo Lucky-. No puede utilizar la muerte de Urteil, ya que usaremos al doctor Cook como testigo para revelar algunas de las sucias tácticas de Urteil. Nosotros tampoco podemos hacer mucho contra él, ya que los dos hombres más importantes del Observatorio de Mercurio tienen que ser relevados de su cargo por felonía. Estamos empatados.

-¡Arenas de Marte! -gimió Bigman-. Nunca lograremos librarnos de él.

Pero Lucky meneó la cabeza.

-No, el senador Swenson no debe preocuparnos. Es cruel y peligroso, pero por esta misma razón tiene al Consejo sobre sus pasos y evita que nos durmamos sobre nuestros laureles.

»Además, el Consejero de la Ciencia necesita sus críticas, igual que el Congreso y el gobierno. Si el Consejo llegara a considerarse algún día por encima de toda crítica, establecería una dictadura sobre la Tierra, y no me gustaría que eso sucediera.

-Bueno, quizá tengas razón -contestó Bigman, nada satisfecho-, pero a mí no me gusta ese Swenson.

Lucky se echó a reír y alargó el brazo para despeinar el cabello del marciano.

-A mí tampoco, pero no debemos preocuparnos de eso ahora. Ahí fuera están las estrellas y, ¿quién sabe dónde estaremos la semana próxima, y por qué?